

# SI TÚ ME MIRAS

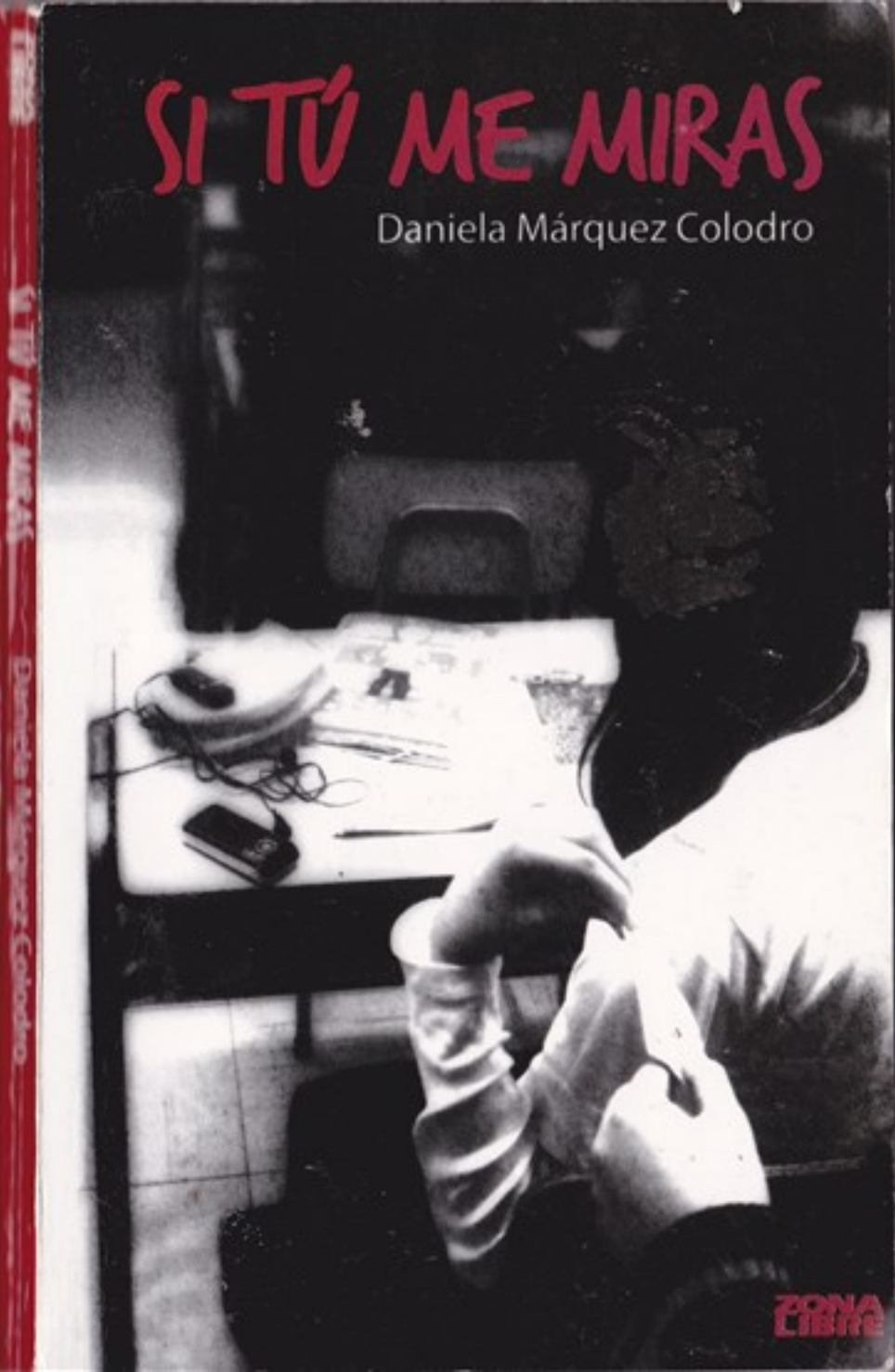
Daniela Márquez Colodro

**E**sta es una novela configurada en dos relatos paralelos. Por un lado, está la historia de Catalina, una adolescente medio torpe que comienza a manifestar los cambios propios de crecer, rasgos de carácter, las amigas que comienzan a cambiar aceleradamente, y el amor que llega con Gabriel, un compañero de curso, que también está lleno de cambios que no entiende. Por el otro lado, está la narración de Gabriel, que presentando todos los cambios desde la perspectiva masculina, va rellenando las elipsis del relato de Catalina y viceversa.

Contáctate con la autora a: [situmemiras.novelas@gmail.com](mailto:situmemiras.novelas@gmail.com)

GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**  
[www.norma.com](http://www.norma.com)

ISBN 978-950-300-173-0  
e-9789501110



© Daniela Márquez Colodro  
© Editorial Norma. Derechos en español para América Latina  
Monjitas 527 piso 17  
Santiago de Chile

ISBN 978-956-300-173-0

3ª edición, Noviembre 2010  
4ª reimpresión, Mayo 2012

Reservados todos los derechos.  
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso  
por escrito de la Editorial.

Impreso por Salesianos Impresores S.A.  
Impreso en Chile / Printed in Chile

[www.librerianorma.com](http://www.librerianorma.com)

C.C. 28001110  
EAN. 9789563001730

---

**ZONA  
LIBRE**

*Si tú me miras*  
Daniela Márquez Colodro

**GRUPO  
EDITORIAL  
norma**

Bogotá, Barcelona, Buenos Aires,  
Caracas, Guatemala, Lima, México,  
Miami, Panamá, Quito, San José,  
San Juan, San Salvador, Santiago de Chile.

Lo que me atraía no era la belleza externa  
cuantificable e impersonal, sino algo más  
absoluto que se hallaba en el interior.

Haruki Murakami, Al sur de la frontera, al oeste del sol

## 1

**E**sa mañana de marzo me sorprendí con la mirada de Gabriel sobre la mía, observándome mucho más intensa y detenidamente que antes. Que nunca. Diría que Gabriel no podía sacarme los ojos de encima, pero confesar algo así podría sonar un poco creído. El caso es que ahí estaba, viéndome, siguiéndome con esos ojos que esta vez me parecían distintos. Incluso lindos. Desde que entré a la sala esa mañana y durante toda la primera hora pude sentir que algo le estaba pasando conmigo cada vez que coincidíamos con la mirada. Y lo

más gracioso de todo es que no me molestó. Por el contrario. ¿Acaso esto que sentía era el comienzo de mi primera historia de amor? Y aunque algo en mi interior me decía que esa intuición estaba correcta y reconocerlo me llenaba de emoción, no me sirvió para anticipar el desastre que esta nueva experiencia provocaría en mi vida algunos meses después.

La primera clase de ese primer día del año escolar empezó con Lenguaje y Comunicación. Y mientras el profesor daba las instrucciones para la clásica composición sobre las vacaciones, yo no podía dejar de mirar hacia la puerta. Y es que Javiera no había llegado y eso me tenía impaciente. No podía concentrarme para comenzar a escribir nuestras aventuras por el Parque Nacional Laguna del Laja, en la Octava Región del Biobío, donde mi familia y yo acampamos este verano. Javiera Urzúa era mi mejor amiga y nos sentábamos juntas desde primero básico. No podía entender su ausencia en un día tan importante como éste. ¡Era el primer día de clases!

Traté de calmarme pensando que tal vez en su casa se habían quedado dormidos y que seguramente vendría mañana. En eso, la sala comenzó a silenciarse y mis compañeros, a redactar el trabajo. Entonces, me puse a escribir.

Durante el recreo traté de conversar con mis amigas y de escuchar cada una de las aventuras que traían consigo de las largas vacaciones de verano. Pero la presencia de Gabriel en el patio me desconcentraba. De tanto en tanto, me descolgaba de la conversación

de mis compañeras para buscarlo con los ojos, como si por alguna extraña razón no debiera perderlo de vista. Y no me tranquilizaba hasta encontrarlo. Las más de las veces, coincidíamos en la búsqueda y al darnos cuenta, cada uno se ruborizaba y desviaba la mirada. Qué me estaba pasando.

Mientras Paty, Carola y Pancha interrogaban a Ximena, una compañera nueva, sobre su familia, antiguo colegio y destino de sus vacaciones, yo me sentía inquieta. Algo me tenía intranquila y ya empezaba a entender que tenía que ver con Gabriel. Mi guata temblaba con su presencia, como esas jaleas de los comerciales de la tele.

Gabriel era de esos compañeros invisibles, que no se percibían en clases, que no destacaban por sus notas ni por su personalidad. Creo que nunca me había fijado en él. Tal vez por eso ahora me llamaban tanto la atención sus ojos. Nunca había mirado sus ojos. Ni su pelo, que me parecía tan lindo rizado en la nuca. Sólo sabía su apellido y nada más. Si tenía hermanos, si vivía cerca o lejos del colegio, si era bueno para el fútbol o si era de un grupo o de otro, no tenía la menor idea. Sólo sabía que se llama Gabriel Maturana, que era compañero de colegio desde prekindergarten y que habíamos llegado a quinto básico sin saber nada el uno del otro. Ni siquiera podía recordar el timbre de su voz.

**J**aviera llegó finalmente a clases unos días después. La perla andaba con su mamá y unos tíos recorriendo el sur, y los pilló no sé qué mal tiempo en un pueblo chico. Quedaron aislados e incluso hubo días en los que se alimentaron sólo de galletas y Coca-Cola.

Javiera era mi mejor amiga. Al menos lo había sido desde que entramos al colegio. Muchas veces, cuando se quedaba a dormir en mi casa, mis papás nos llevaban al Blockbuster a arrendar alguna película y nos dejaban apagar la luz tarde. Hacíamos

gimnasia rítmica juntas todos los miércoles en la tarde en el colegio. Y aunque ella tenía mucha más gracia que yo, igual le hacía empeño y practicaba con ella. Éramos una gran dupla y nos contábamos todo. Incluso, muchas veces me comentó llorando lo mucho que extrañaba a su papá, que vivía en Ecuador. Lo veía una vez al año con suerte y, según ella, prácticamente era un desconocido en su vida. Se había vuelto a casar con una colombiana y tenía otros cuatro hijos más, con los que compartía cada vez que viajaba a Guayaquil a visitarlos. Su mamá no había vuelto a casarse y cambiaba de pololo como de vestido; trabajaba como enfermera de turno en una prestigiosa clínica de cirugías estéticas, por lo que finalmente mi amiga pasaba la mayor parte del tiempo con su abuela, una mujer muy estricta que la había criado desde chica.

Javiera era una niña muy linda, de facciones muy simples. Tenía el pelo castaño, ni liso ni crespo. Y lo usaba corto y desordenado, lo que la hacía ver muy interesante. Y aunque muchos compañeros la pelaban por su mal genio, conmigo era muy dulce y buena amiga. Siempre imaginábamos situaciones de grandes, como casarnos el mismo día, viajar de luna de miel con nuestros maridos al mismo lugar, ir juntas al supermercado, ser vecinas, embarazarnos al mismo tiempo y esas cosas.

Ese jueves, Javiera llegó casi a las ocho, y mi alegría fue tan inmensa que me lancé sobre ella para abrazarla y decirle que estaba tan preocupada

y que me alegraba tanto volver a verla. Pero su actitud fue muy fría. Casi distante. De su cuerpo no se movió ningún músculo para responder a mi abrazo, y yo me descolgué inmediatamente al sentir su frialdad. Esperaba que se ahogara contándome una tras otra las aventuras de su viaje, pero en vez de eso, me encontré con una Javiera distinta, como clonada. Igualita a la amiga que dejé de ver en enero, pero indiferente y desconocida. Parecía un envase humano, vacía por dentro. Tal vez sí estaba clonada y mi misión era descubrirlo. Quizá éramos parte de algún experimento del FBI o de la NASA para notar la diferencia entre humanos y clonados, o simplemente era una broma de esas que hacen en la tele para hacer caer a la gente y luego compensarla con alguna bicicleta o un play station. Pero los días pasaron y nada de eso ocurrió. Javiera no se sentó conmigo como todos estos años, y prefirió a Mariana, en la última fila, porque según ella, sentarse adelante era de pernos. Esos días que faltó a clases, Pancha se estaba sentando conmigo, pero sabiendo que cuando llegara Javiera se tendría que cambiar. Y como eso no pasó, decidimos quedarnos juntas el resto del año.

Pancha Gutiérrez era una niña muy corriente, de esas que no se sienten. No tenía ningún atractivo físico y era más bien rellenita, pero dueña de un cerebro matemático que ya se lo hubiera querido cualquiera. Sacaba el mejor promedio del curso en ese ramo, y además, tenía una gran voluntad para

explicar los ejercicios cuando alguno de nosotros no entendía. Era muy concentrada, casi matea. Y desde el momento en que nos sentamos juntas, me empezó a ir mucho mejor en las pruebas. Hacíamos los trabajos grupales juntas, en todos los ramos, y como vivíamos cerca, nos turnábamos la casa para realizarlos.

No puedo negar que el proceso de separación con Javiera me costó y que sufrí mucho, pero las cosas lentamente se calmaron y Pancha me ayudó mucho a superarlo. Era una buena amiga y yo me sentía muy cómoda con ella.

Las semanas comenzaron a correr y podía notar que Gabriel me estaba descubriendo, y esa sensación me emocionaba como nunca antes algo lo había hecho. Nadie me había mirado de esa manera jamás. Y me gustó, aunque no sabía bien qué podía significar. A esas alturas, la actitud de Javiera ya no me dolía, aunque debo reconocer que me dejaba con muchas preguntas en el aire: ¿Acaso sin darme cuenta le había hecho algo malo a ella, que justificara su cambio conmigo? ¿Quizás había dejado de quererme de un día para otro, después de haber sido prácticamente hermanas? ¿Los hermanos se dejan de querer? ¿Dije o hice algo que estuviera mal? No tenía las respuestas. Lo único que sí tenía claro era que ella nos había empezado a tratar de manera distinta a todas, no sólo a mí. Si estábamos en algún grupo en el recreo, hacía notar que ella poseía más experiencia con los hombres que nosotras, ya que tenía pololo desde el

verano; que su mamá le había tenido que comprar varios sostenes, que durante las vacaciones le había llegado la regla y se había desarrollado rápidamente; que nosotras no sabíamos nada de esas cosas porque éramos unas niñas todavía y que ya nos tocaría "algún día", nos decía con un tono burlón que no me gustaba nada.

Cada día se dedicaba a mostrar los tirantes de sus diferentes sostenes a las demás compañeras a través de la abotonadura de su blusa y a contarnos sobre sus cambios físicos. Que su mamá la había llevado a El Faro de Apoquindo a depilarse por primera vez, que ya no soportaba usar esos calzones con los días de la semana como las niñas chicas, que su vecino le había pedido pololeo y que lo estaba pensando, ya que igual tenía pololo oficial, y tantas otras cosas. Estaba claro que ella se sentía mayor, más grande y más mujer. Y lo hacía notar sin vergüenza. Seguro que en silencio rogaba por ser la única desarrollada del curso. Tal vez nos tenía a todas hechizadas para impedirlo. Quién sabe, no cuesta mucho conseguir un pelo de cada una de nosotras para hacer un maleficio. ¿Y si practicaba vudú? Qué horror. Sólo pensarlo me erizaba los pelos.

Comenzó mayo y el frío empezó a notarse por las mañanas. No habíamos pasado la primera quincena cuando Paty lanzó su noticia en el recreo. Le había llegado la regla a ella también y sus padres se lo iban a celebrar con una fiesta en su casa, un sábado por la noche. Al menos Javiera ya no era la protagonista. Le



había salido competencia. Igual respiré al escucharlo. Al parecer nos habíamos librado de sus brujerías.

Y aunque pensar en una fiesta hasta tarde era algo muy novedoso y emocionante para nosotros, me entristecía mi aspecto aún infantil. Estaba segura de que sería la última en desarrollarme. Yo era un palo de flaca y no tenía para cuándo menstruar ni menos usar sostén. Obvio.

Por esos días Gabriel empezó a rondarme y a tratar de conversar conmigo. Aunque llegado el momento del recreo, con ese tiempo suficiente y maravilloso para intercambiar palabras, frases o simplemente sonrisas, al final partía con sus amigos a la cancha a jugar fútbol.

Mi mamá fue la más feliz con aquello de la fiesta. Tanto, que prácticamente me obligó a comprarme ropa para ese día. Y aunque a mí no me emocionó mucho la idea, partimos a Falabella. En una de esas encontraba algo que me hiciera parecer menos niña, como decía Javiera... si es que había algo en el infinito mundo de la moda que pudiera hacerme parecer menos infantil, claro.

Como Javiera vivía a tres cuadras de mi casa, mi mamá se ofreció a llevarla, porque pobre alma solitaria, sin un padre que la proteja y con una madre entregada al trabajo, bla, bla. La pasamos a buscar como a las nueve, y para mi sorpresa y especialmente la de mi mamá, venía con una mini de jeans cortísima, bien maquillada y perfumada, con cartera y unas botas negras con taco. Mi mamá casi

se desmayó, y yo, que iba con mis zapatos de siempre, esos zuecos azules de reno que nos compramos juntas en el Apumanque el año pasado cuando aún éramos inseparables, mis jeans gastados y la polera nueva, no sabía adónde meterme. Cuando llegamos a la casa de Paty me dio vergüenza bajarme del auto con ella. Se veía como diez años mayor que yo. Más alta, como más mujer. Igual no puedo negar que se veía muy bien, pero como que no tenía nada que ver conmigo. Era como meter un personaje de Harry Potter en la Guerra de las Galaxias. Raro. Por suerte nos encontramos en la puerta con Ximena y Emilia que venían llegando. Entramos las cuatro juntas al living. Javiera entró al final, como lo hacen las divas, y todos los hombres del curso se quedaron mirándola con la boca abierta. Por supuesto a mí nadie me miró. Ni siquiera Gabriel, que se quedó hipnotizado igual que los demás cuando ella apareció detrás de mí.

La fiesta finalmente tuvo poco de fiesta. Todas nosotras terminamos a un lado del living, esperando sin fortuna que alguno de los compañeros se nos acercara, aunque solo fuera para contar el resumen del libro de Lenguaje. En cambio, ella, la diva, se quedó al otro lado, rodeada de moscardones que le preguntaban cosas y la miraban con la baba colgando. Era para deprimirse. Lo más triste de todo fue que ese día yo me había soltado el pelo y andaba sin mi pinche de siempre. Y eso era todo un avance en mi look de pelo largo y parejo. Mi mamá me

lo había lavado con un champú especial con aceite de almendras y me puso una espuma en las puntas para darle más volumen. Se veía tan lindo. Ya no estaba liso y lacio como de costumbre. Pero nadie me dijo nada y, al parecer, Gabriel no lo notó.

Cuando sentíamos que nada peor podía pasarnos esa noche, Javiera nos ofreció su actuación final, y como si lo que iba a hacer fuera de lo más natural y cotidiano del mundo, tomó su cartera, la abrió y sacó una cajetilla de cigarrillos como las que fuma la abuela Toña. Lentamente y como si fuera un mago que mueve las manos con exagerada delicadeza para que nadie sospeche que hace trampa, sacó uno de los cigarrillos y se lo llevó a la boca toda pintarrajeada, y lo encendió delante de todos, como si nada, como si fuera parte de su vida. Después de vaciar ese humo repugnante desde su boca, sonrió y le ofreció una piteada a la tropa de babosos, los que por supuesto aceptaron. Así, terminaron todos fumando la pipa de la paz, en medio de un festival de toses y ahogados. Daban pena.

Paty, Caro y Xime se sentaron en el suelo a contar chistes para nosotras, mientras Pancha dormía profundamente en uno de los sillones, y en el fondo se sentían las risas de los compañeros rodeando a Javi. El CD *Lo que te conté mientras te hacías la dormida de La Oreja de Van Gogh*, empezaba una y otra vez, ya que ninguna de nosotras tenía ganas de hacer de DJ, y los hombres estaban demasiado ocupados para recordar que estábamos en una fiesta.

Por suerte mi mamá fue de las primeras en llegar a buscarme. Nos llevamos a Pancha que ya lloraba por una cama y dejamos a Javiera en la fiesta, pues se iba a dormir a la casa de Mariana.

La noche terminó con el interrogatorio de mi mamá cuando nos bajamos del auto en la casa y me sintió pasada a cigarrillo. Me hizo jurarle por Santiaguito, mi hermano de un año, que no había fumado. Finalmente, me creyó que el lugar entero estaba hediondo. Además, mi cara de decepción absoluta ayudó a mi credibilidad.

**E**n Santiago llegó el invierno de un día para otro, aun cuando todavía estábamos en junio. Hacía un frío terrible en las mañanas y costaba un mundo calentar la silla de la sala. En clases, la cosa andaba igual que siempre. Gabriel llevaba unos días mirándome de nuevo, aunque no puedo negar que Javiera seguía siendo la reina del curso.

Esa semana, Pancha y yo descubrimos que el Pelao Ramírez, ese mateo con cara de ratón, le estaba haciendo a Javiera los resúmenes de los libros que teníamos que leer para Lenguaje cada mes. Su popularidad había

llegado a tal punto, que incluso Rodrigo Moncada le iba a enseñar matemáticas a su casa, siendo que la perla se depilaba las cejas en clases, escondida en la última fila, mientras los demás prestábamos atención. Estaban todos locos por ella y no entendía bien por qué, así que una mañana decidí observarla bien para descubrirlo, y para mi fatalidad, comprobé que su busto estaba mucho más desarrollado que en marzo, y que andaba muy derechita para que se le notara. Tenía cuerpo de mujer y eso a los hombres del curso les tenía las hormonas revolucionadas. Y yo, yo había empezado a envidiarla en silencio, y eso me apenaba.

Ese invierno recibí la visita de mi prima Francisca, hija del tío Alberto, el único hermano de mi papá, desde Australia. Con ella no sólo éramos primas hermanas, sino que primas-amigas y con el mismo apellido. Primas-amigas-hermanas. Y salvo mi estrecha amistad con Javiera en el pasado, nada podía superarlo.

Fran era atleta desde muy chica. Pero atleta de verdad, no como yo, que jugaba volley los fines de semana y el resto de los días ni me acordaba. Este año, además, ni siquiera me había inscrito en gimnasia rítmica los miércoles. Andaba floja para mover los huesos. En cambio, Fran tenía esa disciplina que desarrollan los deportistas, aunque sin control. Eso lo entendería con el tiempo.

Cuando aún vivían en Chile y Fran se quedaba a dormir en mi casa, o cuando ambas nos quedábamos

donde la abuela Toña los fines de semana, ella se levantaba muy temprano para salir a entrenar, y volvía cuando yo aún no abría un ojo, para tomar desayuno feliz de la vida. El deporte era su pasión. Además, era hermosa de verdad. Tenía los ojos más lindos y especiales que nunca vi, y una dulzura insuperable. Era diez meses mayor que yo, por lo tanto parecíamos mellizas, aunque físicamente no fuéramos parecidas. Con sus padres y su hermano Gonzalo, mi primo chico, se fueron a vivir a Australia, específicamente a Newcastle, hacía ya dos años, y al tío Alberto le estaba yendo muy bien allá. Su vasta experiencia en la industria del vino en el valle de Colchagua fue un trampolín fundamental para su aterrizaje en Hunter Valley, una de las regiones vitivinícolas más famosas de ese país.

Todavía me acuerdo que se fueron en enero, unos días después de que murió el Tata Lalo. Hacía mucho calor y fuimos a dejarlos al aeropuerto en caravana. Fuimos todos, menos la abuela Toña, que estaba acostada y muy triste. Recuerdo que nuestros papás andaban con traje negro y que sudaban mucho. Obvio. Era pleno verano. El verano en que nuestra familia se desarmó de repente. Y es que nadie esperaba que el Tata muriera así, durmiendo, sin estar enfermo de nada, sin avisarnos. Por esos días la familia entera hablaba del viaje del tío y su familia. Incluso a mi mamá se le ocurrió que lo mejor que podían hacer con sus cosas era una venta de garaje, que ella misma organizó. Vendieron todo, hasta los ceniceros.

Estaban muy contentos organizando la fiesta de despedida en la casa de los abuelos, cuando sólo tres días antes de su partida, nuestro Tata amaneció muerto, acostado en su cama. Cuando llegamos a su casa, mi mamá se quedó con Santiaguito en el jardín y yo me colé en su dormitorio, sin que nadie lo notara. Mi papá y la abuela estaban adentro, abrazados, y seguro no sintieron mi presencia. Me quedé parada a los pies de su cama y estiré mi cuello todo lo que pude para verlo. Quería mirar su cara. Comprobar si había sufrido y si quedaba algún rastro de ese dolor estampado en su rostro. Para mi sorpresa, sólo parecía que estaba durmiendo. Se veía tranquilo. Diría que casi feliz. Qué habría estado soñando cuando murió, pensé, y salí del dormitorio. Ésa fue la primera vez en mi vida que vi un muerto real, y debo reconocer que no fue tan terrible como pensaba. Fue triste, porque era mi Tata Lalo. Obvio.

La llegada de Francisca ese invierno calmó mi ansiedad, aunque no sospechaba lo que estaba por ocurrir. Al llegar, sus noticias eran excelentes. Había quedado seleccionada entre cuatrocientos deportistas para ir al Campeonato Juvenil Golden Coast; tenía un pololo gringo llamado Michael, y una amiga mexicana llamada Guadalupe que vivía en la misma villa que ella. Ya se había adaptado a esa nueva vida, aunque nos extrañaba mucho, igual que nosotros a todos ellos. Y a pesar de que la tía Clara no había logrado aceptar del todo su nuevo rol de dueña de casa, acostumbrada a su puesto de

gerenta en una importante empresa privada chilena, no se había quedado atrás y había montado una fábrica de empanadas, con operarias y todo. Y aunque nunca en la vida la vi entrar a la cocina más que para pedir a sus empleadas que le sirvieran algo, ahora las cosas habían cambiado. Se levantaba muy temprano, después de dejar a los primos en el colegio, y partía a comprar los ingredientes necesarios para la producción diaria de empanadas. Se pasaba la mañana entera recibiendo pedidos, organizando despachos y controlando su fábrica, que había montado en el garaje de la casa. Según Fran, la tía se encontraba tan feliz que ya estaba pensando en ampliar el rubro a comida chilena típica y en arrendar una casa especialmente para eso, cerca de la suya. Durante sus vacaciones en Chile le pediría varias recetas a Elena, la eterna nana de la abuela Toña, dueña de la mejor mano para cocinar empanadas de todo tipo, pastel de choclo, humitas, cazuela y todo lo que oliera a comida casera chilena; aunque conociendo a Elena, no le daría los secretos. Ésos se los daba sólo a sus elegidas, a aquellas que ella quería de verdad, y la tía Clara no estaba precisamente en esa selección.

Y es que Elena era cosa seria. Llegó a los quince años a trabajar a la casa de la abuela Toña, cuando mi papá tenía tres años y el tío Alberto sólo un par de meses. Venía de Temuco. Su mamá, Hortensia, había trabajado en la casa de la abuela Toña, pero cuando ésta aún era soltera y vivía con sus padres

y su hermana Jacinta, en San Fernando, en la Sexta Región. A Elena la crió su abuela materna, y cuando cumplió quince años, la mandaron a trabajar a la casa de mi abuela Toña ya casada, pues necesitaba ayuda con sus hijos y la casa. Por lo tanto, era como una hermana mayor para mi papá y el tío. Era toda una vida dedicada a la familia.

De ascendencia mapuche, Elena era morena, de pelo negro y lo usaba bien corto. De contextura gruesa, en su metro cincuenta no le faltaba ni le sobraba nada. Su nariz era como un resbalín, y yo siempre imaginaba que si tiraba una bolita desde su ceño, ésta saldría volando hacia arriba al pasar por la punta. Era de pocas palabras, pero cariñosa a su manera. Aunque pocos se daban cuenta de eso. Era muy rígida y seria. No sonreía jamás, a menos que mi papá o el tío Alberto le hicieran alguna gracia que le arrebatara una sonrisa de dientes blancos y parejos. Leal hasta el final y orgullosa como pocas, durante los primeros años se ocupaba del aseo y de los niños, ya que en casa de mis abuelos la cocina estaba en manos de Clementina, la vieja ama de llaves que mi Tata Lalo se trajo a vivir cuando se casó con la abuela Toña.

Así las cosas, con el correr de los años Clementina y Elena se hicieron inseparables. Cada una tomó un rol en esa relación, y Cleme se transformó en una especie de mamá de Elena, que aún era una niña. De ella heredó esos secretos culinarios que pocos años después Clementina se llevó a la tumba, y que

Elena se guardó sólo para ella. Tanto, que cada vez que alguien le celebraba alguno de sus platillos, ella se limitaba a decir "Agradézcanse a la Cleme. Yo no tengo na' que ver en este entierro". Por eso, cuando Francisca me comentó que la tía Clara pensaba pedirle las recetas a ella, me limité a sonreír. Eso no pasaría.

Al día siguiente de la llegada de Francisca nos fuimos a almorzar a la casa de la abuela Toña. Obvio. Queríamos acompañarla un rato, y aprovechar esa privacidad para conversar solas y tranquilas. Además, claro, de comer un buen plato de cazuela de vacuno preparada por Elena, esa comida que tanto extrañaba mi prima-amiga, ahora extranjera.

Después del plátano con miel de palma, dejamos a la abuela viendo la teleserie brasilera del 13, y partimos a la pieza de juegos, que había sido la de mi papá antes de casarse, y que la abuela había redecorado para sus nietos. Rápidamente nos pusimos al día. Me confesó que le había llegado la regla en marzo, y que el acelerado ritmo de crecimiento de sus pechos la estaba angustiando, pues según ella le estorbaban para entrenar. Que incluso había hecho una manda y había prometido no comer chocolates en un año si la cosa se detenía. Cuando me lo contó, casi me desmayé. No podía creer que eso que yo tanto anhelaba, a otra persona tan cercana y querida le estorbara. Era una locura. Yo sufría ante la posibilidad de quedar flacuchenta y despechugada para siempre, y ella, por lo que le sobraba.

Mi prima-amiga se quedaría un mes y medio en Santiago, y con los tíos y Gonzalo se alojarían en un apart hotel amoblado, en Providencia, para no perturbar a la abuela ni enojar a Elena, reacia a recibir visitas por más de una tarde.

En esas heladas semanas, Javi había bajado su popularidad desde que otras compañeras también se empezaron a desarrollar. Por lo tanto, el tema en los recreos era el sostén: "Que mira el mío tiene dibujos de la Barbie; pero el mío es de mujer grande, como los que usa mi mamá, porque tengo más pechugas que tú; que no es cierto, lo que pasa es que tu sostén tiene relleno y el mío no; es que tú usas push up y eso es una trampa..." Y en eso se lo pasaban. Y como a mí no me había llegado la regla, y estaba más plana que una tabla, no me quedaba otra cosa que conversar con las del quinto B y rezar en silencio para que la famosa mancha roja apareciera por fin en mi calzón. Si hasta mis barbies tenían más volumen que yo. Lo juro.

Como Fran se quedaría hasta fines de julio, por las tardes me juntaba con ella y conversábamos largas horas, o nos íbamos al Apumanque a vitrinear o a la casa de la abuela Toña a almorzar las delicias de Elena, aunque últimamente había notado que la idea de comer donde la abuela cada día le gustaba menos a la prima, que había empezado a pedir porciones más pequeñas y se saciaba con cantidades mínimas de comida. Seguramente el cambio de horario y su entrenamiento estaban influyendo.

Conversamos mucho, y me contó que sus papás habían tenido momentos muy malos cuando llegaron a Australia, con peleas, llantos de la tía y mucha angustia flotando en el aire de la casa. Que a partir de esa crisis matrimonial de sus padres, la tía Clara había montado la fábrica de empanadas, seguramente por si se separaban. Pero que ahora que la cosa estaba más calmada y que de nuevo se respiraban aires de tranquilidad, todos estaban más contentos, y la fábrica, imparable.

La lluvia de esa tarde me trajo toda empapada del colegio. El hombre del tiempo anunció nubosidad parcial la noche anterior y ni siquiera pronunció la palabra precipitaciones, así que me fui sin paraguas esa mañana y ahora venía tan mojada que cada vez que daba un paso, mis zapatos soltaban burbujitas. Mi mamá me recibió en la puerta con una toalla, suponiendo que venía mojada. Después de anunciarme las sopaipillas pasadas que tenía calentitas en la olla, me contó que Francisca me esperaba arriba, en la pieza. Me advirtió que estaba triste. Subí los escalones de dos en dos y entré rápidamente a mi pieza, pero no estaba. Salí, me devolví por el pasillo y sentí ruidos en el baño. Giré la manilla y ahí la encontré, arrodillada y abrazada a la taza del baño. Estaba vomitando. Le pregunté si quería que la lleváramos al doctor con mi mamá, mientras la ayudaba a incorporarse, y me dijo que no era necesario, que seguramente el charquicán del día anterior, en casa de la abuela, le había caído mal.

que tenía una colitis imparable y muchas náuseas, pero que ya se le pasaría.

Después de cambiarme de ropa, me puse una toalla en la cabeza para absorber la humedad del pelo y bajamos juntas hasta la cocina. Ahí nos esperaban humeantes los platos con sopaipillas pasadas en chancaca, sobre la mesa del comedor de diario. Javiera se excusó con aquello de su malestar y mi mamá aprovechó la oportunidad de aplicar sus conocimientos hierbateros en ella. Le preparó una infusión atómica para calmar sus males. Mezcló varias flores de manzanilla romana con un par de hojitas de paico y una pizca de ruda para el dolor, y unas dos hojas de menta piperita para el sabor, y se lo dejó humeante frente a sus ojos sobre la mesa, con la cara llena de ansiedad por ver los resultados de su menjunje. Y a mi prima-amiga no le quedó más remedio que tomárselo y decir que se sentía mucho más aliviada. ¡Pobre!

Ese día Fran se quedó a dormir en la casa y antes de acostarnos me contó que en la mañana había chateado con Michael, tal como habían quedado por e-mail, y que él le había dicho que no quería seguir el pololeo, que no estaba seguro realmente de lo que sentía por ella y le pidió un tiempo para pensarlo. En el fondo, la pateó. ¡Y por MSN! Francisca estaba muy afectada y rompió en llanto mientras me comentaba que sentía muchas cosas nuevas por él que nunca antes había experimentado. Que pensar en él la emocionaba y que lo extrañaba

mucho; que tenía ganas de estar con él todo el día; que cuando se despidieron en su casa, antes de partir al aeropuerto, lo encontró raro, muy indiferente y que quedó preocupada. Hasta que hoy en el chat confirmó sus dudas y la relación terminó, dejando a mi primita muy dolida y desilusionada, con ganas de vivir tantas cosas que no alcanzaron a ocurrir. Pero al rato, cuando la pena fue reemplazada por anécdotas y algunos ataques de risa pasada la media noche, me confesó que con Michael habían llegado incluso a besarse en la boca, y con lengua. ¡Qué asco!, pensé. Intercambiar baba ajena con el tipo que te gusta debía ser horrible. Pero según ella era emocionante. Aunque reconoció que la primera vez no sintió nada, y que incluso le había cargado un poco, pero que no se atrevió a decírselo para no parecer más chica frente a él. Michael tenía tres años más que ella, más experiencia y cuatro ex pololas en su corta vida. ¡Vaya galán!

Al final, terminamos la noche muy tarde, fantaseando con un futuro marcado por cuentos de hadas y príncipes azules montados en caballos blancos, prometiéndonos amor eterno y en un palacio muy elegante donde vivir. Con los años entenderíamos que aquello distaba mucho de la realidad que nos esperaba a la vuelta de la vida.



**E**mpezaba a masticar mi segunda empanada de pino ese domingo de junio en casa de la abuela Toña, con una sensación maravillosa de estar comiendo algo exquisito, mientras afuera la lluvia inundaba el patio y convertía en barro la tierra de los rosales que tanto cuidaba el Tata Lalo cuando aún vivía. Almorzábamos en silencio, un silencio concentrado y hogareño, con el olor de las empanadas inundando el comedor y el calor del horno en las mejillas de Elena, cuando la voz de la tía Clara nos sobresaltó a todos, increpando a la prima porque no había

tomado desayuno esa mañana y ahora no había probado nada: "con lo ricas que le quedaron las empanadas a la Elena esta vez, mijita". Al segundo, y muy asustada, la prima-amiga le explicó que había salido temprano a entrenar y que luego se le juntaron la hora del desayuno con la del almuerzo, y prefirió esperar al segundo. Acto seguido, tomó una empanada y se la llevó a la boca con un gesto que yo conocía muy bien. Ella no quería comerla, lo estaba haciendo obligada. Se demoró en terminar su empanada todo lo que duró el almuerzo, con postre y café incluidos, y se levantó silenciosamente de la mesa.

Yo la seguí asustada, con la panza repleta a más no poder. El pastel de chodo, aunque estaba hecho con chocio congelado, le había quedado maravilloso a nuestra Elena. Tanto, que preferí no comer la leche nevada de postre para conservar su sabor intacto en mi paladar, explicación que llenó de orgullo a Elena, que me tenía en su lista de favoritos. Caminé por el pasillo detrás de ella, hasta que se metió al baño y cerró la puerta con llave, dejándome afuera. Ahí me quedé esperándola, hasta que empecé a sentir los vómitos. Entonces me devolví por el mismo pasillo y me metí a la cocina para ayudarle a Elena con los platos. Me sentí angustiada. Intuía que algo pasaba con Francisca y no sabía bien qué era ni cómo ayudarla.

Ya estábamos en julio, y la próxima semana salía de vacaciones de invierno y con Francisca queríamos

pasar unos días en el campo de su abuela materna en Los Andes, Quinta Región. Doña Griselda, la mamá de la tía Clara, era una viuda de mucha plata, dueña de media ciudad y con una debilidad especial por Francisca, su primera y única nieta mujer, a quien había mandado a construir una pista atlética para que ella entrenara, un gimnasio totalmente equipado, y, además, dispuesto la piscina temperada para cuando llegáramos. Con el correr de las semanas entendería que esa preferencia por mi prima era muy a su manera y no precisamente la mejor.

Ese domingo el olor a pan tostado subía de un modo maravilloso hasta el segundo piso, mi papá preparaba desayuno para todos abajo en la cocina, mi mamá mudaba a Santiaguito sobre su cama y yo veía Animal Planet, canal de cable que influyó en un cien por ciento en la decisión de mi papá para contratar el servicio. En eso, sonó el teléfono. No eran más de las nueve de la mañana. Era doña Griselda, la famosa abuela de Fran, que llamaba para invitarme formalmente a pasar unos días con ella y su nieta en su campo. Corrí a avisarle a mi mamá, que bajó con mi hermanito en brazos a atender a la señora. Y entre los gritos de Santiaguito, que lo único que quería era arrebatarme el teléfono a mi mamá para chuparlo, y mis caras de insistencia por su aprobación, ella finalmente accedió. Partiríamos el sábado siguiente, que era el primer día de vacaciones. El chofer de la señora Griselda nos pasaría a buscar a las nueve en punto. Estaba muy emocionada. Era la primera

vez que viajaríamos solas con mi prima-amiga a alguna parte. Me sentía grande, aunque aún no lo era. De eso no cabía duda alguna. Francisca estaba muy ansiosa por irse a ese campo, donde según ella podría entrenar sin que nadie la controlara y descansar cómodamente.

El último día de clases armamos un grupo del curso y nos fuimos a la casa de Paty a ver una película para grandes: *Sexo con amor*. Cada uno llevó algo para picar y preparamos todo en la salita de estar que ella tenía en el segundo piso de su casa. Mi mamá, como siempre, hizo sus famosos sándwiches de pan integral con mozzarella, tomate, sésamo y aceite de oliva, mientras la mayoría llevó papas fritas, ramitas, cheezels, cabritas para microondas, coca-colas y fantas. A pesar de la vergüenza que siempre me daba tener que llevar este tipo de picoteos, misteriosamente todos esperaban ansiosos los envíos de mi mamá y los devoraban en cinco minutos.

Gabriel conversaba con Francisco, Rodrigo y otros compañeros, pasándose la caja del DVD de la película de mano en mano; Pancha me ofrecía su brillo labial de sandía una y otra vez, "ya verás el olor maravilloso que tiene", y Javiera hablaba de su pololo, un tal Ignacio no sé cuánto a todo volumen, como para que la escucharan en Singapur, cuando al fin decidieron poner el DVD para ver la película. Estaba nerviosa y no sabía bien por qué. Lo entendí cuando vi a Gabriel caminar hasta mí y comprobar que no venía a buscar nada sino a sentarse conmigo.

Se me cortó la respiración. Estaba tan nerviosa que mis rodillas comenzaron a temblar.

Todo parecía perfecto, hasta que Javiera se acomodó al otro lado de Gabriel con esa manera de sentarse y de moverse que tienen los modelos que salen en los comerciales de champú. Me sentí chica en dos segundos. Una niña al lado de ella, que por supuesto venía muy arreglada, maquillada y, sobre todo, ajustada. Y cuando digo ajustada, ya saben a lo que me refiero. A sus enormes pechos muy bien destacados. Comenzó a hablarle a Gabriel de un grupo de música que yo no conocía, mientras movía sus manos y cruzaba sus piernas una y otra vez. Por suerte, Gabriel no parecía interesado y cada cierto rato se giraba y me preguntaba tonteras como la hora, con quién había venido, quién me iba a pasar a buscar esa noche y cosas así. Aunque Javiera no se rendía, ya que a la menor pausa, atacaba otra vez. Yo empecé a inquietarme más, mis rodillas ya no temblaban, sino que prácticamente se ejercitaban. Entonces, la idea de un temblor se cruzó veloz por mi mente. Algo así alarmaría a todos, los haría saltar de sus asientos y al fin alejaría a Javiera de nuestro lado. Aunque, al pensarlo mejor, un movimiento telúrico podía provocar un efecto contrario y lanzar a esta bruja maquillada sobre los brazos de mi galán, en un muy legítimo intento de búsqueda de protección frente a la adversidad. Rogué en silencio que algo así no pasara justo ahora. Desechada la idea del temblor, empecé a ordenarle mentalmente

a Francisco que apretara el botón de play lo antes posible, cosa que por supuesto no ocurrió, hasta que al fin Paty apagó las luces en señal de que la película estaba por comenzar.

Uno a uno se fueron acomodando todos, hasta que quedaron Ximena y Carola sentadas en una pera de terciopelo morado; Rodrigo, Paty y Francisco en el sofá blanco; Mariana, Javiera, Gabriel y yo, en el azul, y finalmente Pancha, Emilia, Gustavo y el Pelao Martínez en el suelo. Cuando la película empezó, Gabriel estiró su brazo derecho, el que daba justo a mi lado y lo dejó caer en el respaldo del sofá, detrás de mi espalda. Era una especie de abrazo que no caía sobre mis hombros, sino en los del sofá. No puedo negar que esa cercanía con él me emocionó. Tanto, que durante la película esperé ansiosamente que pasara algo, que me mirara o se me acercara un poco más. No sé por qué quería algo así, tampoco sé realmente qué esperaba que pasara, pero su cercanía me hacía respirar más rápido. Me tenía muy nerviosa. Y a mis rodillas también.

Lo único especial que ocurrió fue que, de tanto en tanto me iba convidando de sus cabritas, que aunque eran saladas y me cargan, me las comí igual. Nunca tan mañosa. De la película ni hablar. No recuerdo nada, salvo algunas partes para adultos que me avergonzaron demasiado y me dejaron congelada. Especialmente la de la lavadora. Cuando terminó, todos la comentaron, y yo no pude articular una frase, porque moría de vergüenza. Algunos

compararon a la actriz que hace de profesora con la miss de Educación Física y rieron a carcajadas, pero no entendí por qué. Finalmente, nos fuimos caminando hasta una heladería que quedaba muy cerca, a dos cuabras de la casa de Paty. No habían pasado dos minutos, cuando Gabriel apareció con un ticket para dos helados y me invitó a la vitrina a escoger el mío. Yo me sonrojé. Lo sentí. Percibí ese calor subir por mis mejillas. Él era tan dulce, tan tierno, y me estaba mirando a los ojos. Juraría que le brillaban. Qué iba a ser de mí, pues al día siguiente comenzaban las vacaciones de invierno y estaría sin verlo dos semanas, y aunque no entendía bien por qué tendría que sentir algo especial por el tiempo que no lo vería, lo sentía. Cuando empecé a caminar junto a él, mis ojos pasaron sobre los de Javiera, que me miraban con una expresión que yo ya conocía. Apenas pude tomar el helado, y eso que era de manjar. Me dolía la guata y cada cierto rato sentía que mi cuerpo temblaba sin control, especialmente mis rodillas. Ya eran casi las doce de la noche cuando volvimos a la casa de Paty. Después, calabaza y cada uno partió a su casa. A mí me llevó el papá de Pancha, junto a un grupo de compañeros que vivimos cerca. Fue una noche extraña, ya que por un lado sentí a Gabriel muy cerca, pero por otro, a Javiera marcándolo, con un interés muy nuevo en él. Esa mezcla de sensaciones me tenía muy agitada, incluso cuando ya estaba acostada en mi cama, con la luz apagada. No pude dormirme hasta muy

tarde, tratando de recordar la cara de Gabriel que me miraba a través de la ventana, parado en la vereda mientras el auto partía.

Al día siguiente, mi mamá me despertó un poco antes de las nueve, hora en la que el chofer de la abuela de Francisca me pasaría a buscar. Me levanté tan feliz que pensé que hasta la regla me llegaría ese día. Pero no ocurrió.

El viaje fue corto. Más de lo que esperaba. Además, el CD de RBD nos tuvo tarareando todo el camino. La casa era espectacular, parecía un hotel de esos que salen en *Travel & Living*. Al llegar a la pieza que nos asignó Roberta, la nana de la casa, yo me tiré sobre una de las camas con los brazos abiertos por varios minutos. Pude observar que la tela de las cortinas de la enorme ventana era la misma de los dos cubrecamas y la misma de la banqueta que había para sentarse frente al tocador. Era blanca con unas diminutas flores de un color parecido al burdeo, pero más claro. Frente a las camas había un enorme televisor con un parlante a cada lado, y en el velador que estaba entremedio, una fuente de vidrio con tapa, repleta de bombones envueltos en papel plateado y dorado, que me robó la primera sonrisa. Algo me decía que mi estadía en esa casa iba a ser inolvidable. Y no me equivoqué. Lo que no sospechaba era por qué.

Francisca no alcanzó a dejar su bolso en la cama, cuando ya se estaba vistiendo para ir a entrenar a la nueva cancha. Como a mí eso de correr a toda

velocidad me fatiga desde siempre, me puse el traje de baño, destapé la fuente maravillosa de vidrio, tomé tres bombones, una toalla y partí a la piscina temperada. Igual, nadar sola tiene sus ventajas. Puedes pensar en aquellas cosas que muchas veces no tienes tiempo cuando estás rodeada de gente. Incluso, puedes cantar y desafinar sin que nadie te oiga. No estaba nada de mal el panorama, aunque nada de eso ocurrió, porque cuando entré al agua empezó a sonar Shakira a todo volumen, no sé para quién, porque no había nadie más que yo en la piscina. Si te vas, si te vas, si te marchas, el cielo se hará gris... y yo braceaba hacia un lado; le pido al cielo sólo un deseo y que en tus ojos yo pueda vivir... y braceaba hacia el otro.

Cuando el disco empezaba con el tema número uno por quinta vez, me salí del agua, tomé la toalla y caminé hasta la pieza para darme una ducha. Seguro que ya sería hora de almorzar. Lo más loco fue que mientras me alejaba de la piscina, la música se apagó. Raro. Ya en el baño, debajo del chorro de agua caliente, me imaginé a un DJ fantasma vigilando la llegada a la piscina de cualquiera de nosotras, con el CD listo para apretar play. Seguramente sería un jorobado feúcho con cara de ardilla, tímido y bien sapo, dispuesto las veinticuatro horas del día para musicalizar nuestras braceadas. Tal vez dormía ahí mismo, al lado del equipo, en un saco de dormir. Y quizá la misma Roberta le llevaba comida durante el día para que no dejara el puesto vacío. A lo

mejor era el hijo oculto de Roberta, ese típico hijo clandestino del que nadie conoce su existencia, con padre desconocido, al que le dan un trabajito para mantenerlo entretenido, por el cariño que le tienen a la nana de toda la vida. Seguramente cuando no había visitas, el DJ fantasma mantenía la piscina, limpiaba y barría la cancha, aseaba las máquinas del gimnasio. Quién sabe. Todo podía ser.

Cuando salí de la ducha estaba Francisca echada sobre la cama, haciendo zapping con el control remoto en la mano. Estaba sudada entera. Me dijo que demoraría cinco minutos en bañarse y que su abuela ya nos esperaba para almorzar en la terraza. Qué bueno, pensé. Estaba hambrienta. No había comido nada desde el apurado y escuálido desayuno que alcancé a tomar antes de salir de mi casa esa mañana. Los bombones no contaban. Obvio.

El menú era exquisito, aunque un poco sofisticado para mi paladar educado por Elena de Chile. La entrada de salmón ahumado con queso parmesano y alcaparras estaba deliciosa. La verdad, era la primera vez que probaba algo así. Pero parece que a la prima-amiga no le gustó. Ni siquiera lo tocó. Se dedicó a revolver todo en el plato, a separar porciones que nunca se llevó a la boca y finalmente juntó todo a un lado y cruzó el plato con los cubiertos en señal de término. El segundo era lasaña de verduras con salsa blanca y queso derretido. Muy rico. Me faltó pasarle la lengua al plato, que, por lo demás, traía porciones bastante enanas. Parecían muestras médicas de esas

que el tío Pedro, el pediatra de Santiaguito, le regala a mi mamá cuando va a la consulta.

Francisca revolvió y desordenó nuevamente algunos trozos que cortó, pero sin comerlos. Esta vez me fijé con detención en ella. Del postre ni hablar, era un mousse de chirimoyas con una salsa ácida de frambuesas exquisita. Todo muy elegante y encantador. Yo quedé tan feliz que me fui derecho a una de las hamacas que colgaban debajo de un sauce, con mi MP5, a dormir una merecida siesta escuchando *Don't Speak* de Gwen Stefani en mis oídos. Francisca, que obviamente no probó tampoco el postre, se tomó el resto de su vitamina de naranjas recién exprimidas especialmente para ella y partió derecho a la cancha a entrenar, ya que estaba obsesionada con romper su marca. Cada día estaba más demacrada, comía menos y entrenaba más. Ahora entendía por qué había querido venir al campo. Quería libertad y tranquilidad para entrenar sin que nadie la molestara con la comida y las horas que le destinaba al deporte.

Cuento aparte era la famosa abuela, la doña ésa. Mimaba a la prima pero sin mirarla. Le daba el gusto en todo de una manera muy especial, sin control, como si dar en extremo bastara. Nunca se preocupaba por ella: si su plato se iba tal cual como llegó a la mesa, si dormía o no, daba lo mismo. No le exigía, no la contradecía, no la incomodaba en nada. Su manera de ser con ella era como la de una máquina para atrapar peluches. Le metes y le metes

monedas sabiendo que no vas a recibir ningún muñeco de vuelta, ya que calculas perfectamente que el peso de los monos peludos es demasiado alto para que esas pinzas escuálidas puedan levantarlos. Pero igual fantaseamos y lo volvemos a intentar y volvemos a meterle monedas, aunque sabemos que nunca vamos a recuperar nada, ni las monedas ni los muñecos. Extraño.

Al cuarto día, yo ya me sabía de memoria el CD de Shakira, me topaba con la prima sólo en las comidas, donde yo aprovechaba de comer y probar cosas nuevas, y el resto, me aburría sin parar. Incluso llegué a pensar que el DJ fantasma podría ser una entretención real para mí. Cuando ese pensamiento pasó por mi mente, me di cuenta de que algo no estaba bien.

Francisca ya llevaba dos días a puras sopas y fideos, porque según ella estaba mal del estómago, con diarreas y fatiga. Y yo ya quería volverme a Santiago. Estaba desilusionada del viaje. Me sentía sola en un campo de ricos y famosos, y no tenía con quien compartirlo. Ni siquiera los bombones a granel me agradaban tanto como el primer día. Además, me estaba empezando a asustar la actitud de Francisca. Ya casi no conversábamos, no me contaba sus cosas y la palabra Michael le ponía los pelos de punta. Qué genio.

Al quinto día, al volver de la piscina como todas las mañanas tarareando a Shakira contra toda mi voluntad, entré a la pieza pensando en la ducha que

me daría, cuando vi la ropa de entrenamiento de Francisca tirada en la alfombra. Por el ruido del baño me imaginé que estaba bañándose, así que encendí el televisor para ver si daba con Los Simpson en el cable. No los encontré. Obvio. Sólo di con Zona Latina y un especial de una cantante que nunca había escuchado ni visto en mi vida. Era una rockera que cantaba o más bien gritaba en español y usaba una chaqueta de plumas blancas como alas de ángel. Se llamaba Alejandra Guzmán y, por lo que dijo la conductora que se escondía detrás de unos lentes de sol más grandes que su cara, era mexicana. Cuando apareció Enrique Iglesias me di cuenta de que estaba muerta de frío y me paré para apurar a la prima. Necesitaba ducharme o me iba a resfriar. Pero para mi sorpresa aterradora, entré al baño y la encontré desmayada en la tina. Casi me muero del susto. Cerré la llave del agua caliente y traté de levantarla, pero no me la pude. Apenas podía verla. El vapor que se había condensado en el baño era asfixiante. Salí corriendo, busqué a la abuela, pero sólo encontré a Roberta, la nana. Juntas la dejamos sobre la cama y llamamos al doctor Fanolli, el doctorcito de los ojitos de color, como lo llamó la mujer. La abuela no estaba, por lo tanto entre Roberta y yo nos hicimos cargo de todo. Una hora después llegó el médico con uno de esos maletines gordos y negros, igualitos a los que aparecen en las teleseries venezolanas. Francisca ya estaba despierta, acostada en su cama y tapada hasta la nariz, porque según ella hacía mucho frío

en la pieza, cuando en realidad la casa tenía una calefacción sofocante. El doctor la examinó y le preguntó si se estaba alimentando bien. Le dijo que la colitis la tenía muy fatigada y que además le parecía desnutrida, y le pidió a Roberta que se preocupara de alimentarla con un buen par de cazuelas, nada de verduras de color verde, ni siquiera cocidas, ya que con lo flacuchenta que estaba podía agarrarse cualquier cosa. Le entregó una receta a Roberta con las indicaciones y bajó, seguido por ella, que le ofrecía un frasco de mermelada de alcayotas con nueces de chuparse los dedos, para doña Carmencita, la esposa del doctor Fanolli.

Esa tarde, mientras el pan se estaba cociendo en el horno y la casa empezaba a oler rico, Roberta apareció con Tencha en la pieza, una amiga curandera de por ahí, que venía a quebrarle el empacho a Francisca. "Seguro tenía algo pegado en el estómago", afirmó Roberta. Y muy a pesar de Fran, en menos de lo que canta un gallo, la mujer la puso boca abajo sobre la cama y rápidamente sacó del bolsillo de su delantal una lata de mentholatum oxidada llena con cenizas, las que esparció con sus dedos gordos y cortos por la espalda desnuda de mi prima, con movimientos circulares, a la altura de la cintura; y cuando ya estuvo lista para tirarle la cola, tomó con esos dedos un buen pedazo de cuero de la espalda, con ambas manos, y lo tiró hacia ella tres veces, hasta que escuchamos algo parecido a un palo seco quebrarse. ¡Pobre prima!, no recuerdo haber escuchado un

grito como ése, nunca. Y listo. La mujer le dijo que ya podía darse vuelta. Tapó su lata con cenizas, la guardó en uno de los bolsillos de su delantal y le recomendó una agüita de raíz de paico en ayunas, para que le corriera el cuerpo a la chiquilla.

Cuando la abuela llegó a la casa, Roberta le contó lo que había pasado, pero ella no dijo nada. Ni siquiera se acercó a Francisca para preguntarle lo que había pasado o si necesitaba algo, ni la visitó en la pieza tampoco. A la hora de onces, o del té, como decía su abuela, Roberta armó una mesa en nuestro dormitorio para que mi prima no tuviera que levantarse y bajar hasta el comedor. "Con lo delicada que está esta niña no se nos vaya a caer de la escalera y ahí sí que la hacemos de oro", dijo con picardía.

Hasta allí llegó la abuela para acompañarnos con su silencio. Los panes dulces y las palmeritas con mermelada estaban maravillosos, aunque a Elena le quedaban mil veces mejor. El pan amasado con mantequilla parecía de comercial de la tele. Con un olor... inolvidable. Con el correr de los años, ese olor a pan amasado sería lo único agradable que recordaría de ese paso por Los Andes.

La abuela tomaba su té en silencio, mientras Francisca me miraba comer una medialuna tras otra con cara de asco. Entonces, terminé una de las que me devoraba, la cuarta creo, tomé el último trago de leche con chocolate caliente, muy espeso como todos los conchos, me limpié la boca, tomé aire como para



inflar un globo de cumpleaños de un tirón, y les dije que quería devolverme a Santiago; pregunté si había alguna posibilidad de que don Arturo, el chofer, me llevara a mi casa al día siguiente y me callé. Mi corazón latía tan fuerte que podía sentirlo palpar en mi sien. Y como si ambas oyeran hablar al locutor de noticias de la tele, ninguna dijo nada. Incluso llegué a dudar de haber pronunciado realmente la frase. Tal vez de tanto ensayarla en el baño esa mañana, mirándome al espejo, había imaginado que la había dicho y en realidad aún no verbalizaba nada. Mientras me preguntaba internamente si había pronunciado o no la frase, de pronto Francisca se paró de la mesa, con su té puro intacto y sin probar, su plato de pan sin rastros de migas de ninguna masa, y se metió al baño. En ese mismo momento, la mujer se limpió la boca con su servilleta de género bordada igual que el mantel, pidió permiso, se paró y se retiró. Nunca más volví a verla. Ni siquiera estaba disponible para despedirme y agradecerle todo, cuando esa tarde, una vez que Roberta levantó la mesa y ordenó, volvió a la pieza para decirme que el auto me esperaba. Como yo no tenía planeado partir sino hasta el día siguiente, salté de la cama para armar mi mochila. Antes de salir de la pieza me giré con la intención de sacar algunos bombones para llevar a mi casa, pero desistí y corrí escaleras abajo. Francisca se quedó en el baño y no respondió a mis llamados, así que le dejé una nota con Roberta en una hoja que arranqué de mi agenda. La mujer la recibió y se metió a la cocina.

Cuando el motor del auto ya estaba en marcha, volvió a aparecer con un paquete envuelto en un paño de cocina para mí. Con una de sus manos me hizo un gesto para que bajara el vidrio de mi puerta y me lo entregó. "Llévele estos engaños a su familia, mijita, y que Diosito me la guarde. Por la señorita no se preocupe na", me dijo. Acto seguido retrocedió y se quedó parada, esperando que el auto partiera, cruzando su chal de lana de oveja sin teñir sobre su pecho. La tarde estaba muy helada. Don Arturo se despidió de la mujer y nos fuimos. El olorcito a pan amasado nos acompañó todo el trayecto. Cuando empezó a anochecer sentí mucha culpa por dejar a mi prima-amiga sola, pero no podía quedarme más tiempo en ese campo. Al menos se quedaba con su abuela y con Roberta, que la cuidaría o al menos intentaría hacerlo.

Cuando don Arturo dobló por Avenida Larrain y reconocí mi calle, me sentí nuevamente segura. Más aún cuando el auto entró al condominio y se estacionó frente a la puerta de mi casa. El ruido del motor se detuvo y apareció con más fuerza la voz de Beto Cuevas que gritaba en la radio: Y un nuevo día vendrá y cantaremos shala lulila, shala luli-lulá.

Fue mi papá el que abrió la puerta, y sin más explicaciones que un supuesto aburrimiento en un campo vacío y olvidado, me puse el pijama para comer con ellos. Mi mamá picaba lechuga costina en la cocina y mi papá le daba a Santiaguito su sopa de verduras anaranjada. Seguro tenía mucho zapallo.

Como la mesa ya estaba puesta, me senté en un piso cerca de ella para contemplarla. Aunque se veía muy agotada con los deberes de la casa, mi mamá estaba tan linda. Me sentí afortunada de que ella fuera mi mamá y de que ésta fuera mi casa, y de que la comida de esa noche fuera una ensalada de lechuga con brotes de alfalfa, lentejas con arroz, y manzana con miel. Mientras la observaba, me pregunté si alguna vez llegaría a tener alguna pizca de su belleza y, más aún, si sería capaz de formar un hogar, tener hijos, compartir con un hombre a mi lado mi casa, mi vida, y más encima verme tan feliz como ella. Las lentejas de esa noche me parecieron las más deliciosas que había probado en toda mi vida. Me encontraba otra vez en mi casa. Estaba feliz.

A la mañana siguiente, mi mamá subió después de las nueve hasta mi pieza con la bandeja del desayuno. La última vez que lo hizo fue el año pasado, cuando tuve hepatitis y no podía moverme más que para ir al baño. Ese pan amasado tostado con mantequilla y mi leche con manjar me parecieron un gran desayuno. Además, venía con una de las palmeras que nos mandó Roberta de regalo, junto con el pan. Estaba feliz. Y como era de suponerse, tanta amabilidad era sospechosa, y al primer mordisco se me instaló a los pies de la cama y me interrogó sobre mi vuelta adelantada del campo de la abuela de Fran. Al principio yo callé y sólo dije que me había aburrido. Pero ella guardó silencio unos segundos, que a mí me parecieron siglos, y luego me tomó

la mano y repitió exactamente la misma pregunta, pero en forma más lenta y pausada. Con su gesto yo entendí que ella me estaba dando una mano para desahogarme, y entonces la tomé y hablé. Acto seguido, cogió el teléfono y llamó al tío Alberto, ya que según ella la tía Clara era igual de rayada por las dietas que la estirada de su madre y su pobre hija, y le contó todo. Aquella tarde, los tíos partieron a buscar a mi prima-amiga al campo y se la llevaron directamente a urgencias de la Clínica Alemana para que la revisaran. Estaba deshidratada y con claros signos de desnutrición. Tanto así que quedó internada y estuvo en esa clínica todo el fin de semana. La angustia sólo se me quitó cuando mi mamá me hizo ver que ella estaba en realidad enferma y que mi información finalmente le había salvado la vida. Y me repitió varias veces que eso estaba lejos de ser una traición. Que eso se llamaba amor y que algún día mi prima lo entendería y me lo agradecería.

El lunes siguiente, Francisca volvió a su apart hotel. No quiso quedarse donde la abuela Toña bajo los cuidados alimentarios de Elena. ¡Yo habría pagado por eso! Varias veces la llamé, pero cada vez atendió la tía y se disculpó con que ella estaba durmiendo, descansando o en el baño. Entendí que Fran estaba enojada conmigo por haberla delatado. Y sólo esperaba que algún día me perdonara por esta aparente traición, y entendiera que lo hice porque la adoraba como a una hermana. Desgraciadamente, esa comprensión llegaría con los años. A partir de

aquel día y hasta el que se fueron, Fran nunca más quiso hablarme ni verme. Los últimos doctores que la vieron les explicaron a los tíos que ella tenía una anorexia incipiente, lo que significaba que estaba recién comenzando, lo que fue un alivio para todos, dentro de lo terrible que le estaba pasando a la prima. Ellos le comentaron a mi papá que en cuanto llegaran a Newcastle buscarían al mejor especialista en trastornos alimentarios para tratarla.

Ese viernes, el tío Alberto pasó a despedirse. Llegó después de las noticias, solo y con un impermeable negro y largo. Estaba lloviendo. Yo estaba acostada, haciéndome una pulsera de hilos para mi tobillo, cuando en eso mi papá me vino a buscar a la pieza para que bajara, porque el tío quería despedirse. Por unos segundos me dolió la guata. Todo lo que tenía que ver con mi prima-amiga me ponía muy nerviosa últimamente. Metí los pies en las zapatillas de levantarse de conejo rosadas, y bajé. Al llegar a los últimos peldaños, el tío me estiró la mano para ayudarme a saltar y me llevó a uno de los sofás para que me sentara con él. Nunca antes lo había hecho. Nunca antes lo sentí tan cariñoso conmigo. Se quedó mirándome unos minutos y luego me dio las gracias por salvarle la vida a su hija. Que lo que había hecho por ella era de incalculable valor, que no tuviera pena, que ella estaría muy bien cuidada por ellos, que no sintiera culpa y que entendiera que la actitud de enojo de su hija conmigo era porque estaba enferma, que con el tiempo todo volvería a

ser como antes. Yo sólo sonreí confundida.

En eso se paró, se acercó al impermeable y yo pensé que ya se iba, pero en vez de eso metió una mano a uno de los bolsillos y sacó un paquete de regalo diminuto. Se giró y con una mirada llena de lágrimas lo extendió para mí. Ante mi sorpresa y mis ojos súper abiertos se rió y me dijo que ése era un regalo muy especial. Lo tomé, lo abrí y apareció una cajita azul muy suavcita. Esto parecía la petición de mano de una de esas películas cebolleras que a veces veía con Elena en su vieja tele, mientras el horno estaba dale que dale en la cocina de la abuela Toña. Entonces abrí la cajita y aparecieron unos preciosos aros de perla. Algo que mis padres hippies nunca me habrían comprado. Y los encontré tan delicados, tan lindos. Nunca había tenido un par de aros de verdad. Bueno, en realidad, nunca había tenido un par de aros de ningún tipo, ya que no tenía las orejas perforadas. A mi mamá le pareció una práctica de caníbales cuando nací y se negó a hacerme ese daño tan chiquitita y recién nacida. No sé qué cara habré puesto, pero parece que de gran alegría, porque finalmente ambos, el tío y mi papá, se rieron. Me despedí y subí corriendo a mi pieza con mis aros nuevos y mis culpas olvidadas. Ahora sólo tenía que preocuparme de convencer a mi mamá de dejarme perforar mis orejas en el Apumanque. Era feliz nuevamente.

Al día siguiente, Francisca volvió a Australia con su familia, y no nos despedimos. Nunca más me

escribió, y no volvimos a conversar en persona ni por teléfono, ni siquiera en las siguientes vacaciones que se sucedieron, hasta el día del funeral de la abuela Toña, cuatro años después. Aquella sería una conversación decisiva.

5

**N**os vestíamos en el camarín, después de gimnasia, cuando Pancha se acercó con el pelo estilando y me preguntó si alguna vez le había dado un beso a alguien. Después de contestarle que no, mientras guardaba las zapatillas y la toalla en mi bolso, y sentía sonar las gotas de agua de su pelo chocar contra el cuero de sus zapatos negros y bien lustrados, le devolví la misma pregunta a ella, pero se sonrojó sin responderme. Entonces me di cuenta de que sí, que ella había besado a alguien y que eso seguramente le había pasado recién. Y aun cuando me moría de

curiosidad por saberlo todo, me quedé atrapada en mi realidad y no pregunté más. Si incluso Pancha había tenido algo cercano a un romance con alguien del sexo opuesto, por más feo y fome que fuera, ¿por qué yo no? No es que encontrara que ella no pudiera vivir algo así, sino que mi amiga Pancha era menos atractiva que la inspectora Díaz. O sea, digamos que no tenía ningún encanto especial, y con la llegada de su menstruación había engordado meteóricamente. Y no es por creerme gran cosa, pero al menos en el espejo de mi pieza, donde fui pegando las postales con koalas australianos que me mandaba Fran en nuestros buenos tiempos, lo que podía apreciar cuando me paraba al frente era a una chica nada de fea, digo, ninguna belleza de la pantalla grande, pero tampoco un cuco del que huir despavoridos. Tal vez mi aspecto aún infantil, flacuchento y despechugado tenía que ver. Esto de la famosa regla era una calamidad con la cual no se podía competir. Y a Pancha ya le había llegado. Obvio. Todas se paseaban luciendo orgullosas su busto, y yo no podía hacer nada frente a eso. Más de alguna noche imaginé algún plan para disfrazar mi actual condición y planeé comprar un sostén con relleno, pero después me pareció demasiado. Una vez vi una película donde una niña como de diez años, cuya hermana adolescente ya estaba bien desarrollada, decidía ir al colegio de su pueblo con pechugas. Y como si el truco fuera a resultar, se puso una mota enorme de algodón en cada pecho, por

debajo de su blusa y partió. Al llegar a su clase, la típica compañera envidiosa se sorprendió tanto con el cambio en su falsa anatomía que le preguntó en qué momento le habían crecido sus pechos y cuando comprobó que la niña en cuestión no tenía una respuesta clara, estiró su mano hasta uno de los pechos y se lo apretó. Al comprobar que el pecho se desinflaba se burló de ella delante de todos sus compañeros y compañeras. Ella salió corriendo y no quiso ir más al colegio. Yo no podía correr ese riesgo. Obvio.

Esa tarde, mientras terminaba las últimas páginas de Crónica de una muerte anunciada de García Márquez sentada a la mesa de la cocina, y mi mamá preparaba un charquicán con una receta de Elena, obvio, le pregunté a qué edad le había llegado la regla a ella, como para hacerme una idea del tiempo que tendría que esperar, y descartar con ello el sostén con relleno o las motas de algodón, y para mi fatalidad, contestó que a los catorce. Creí que me moría. No sé qué cara puse, pero acto seguido mi mamá me pidió que tuviera paciencia porque la naturaleza tenía sus ritmos y tiempos, y había que respetarlos. Ésas eran las frases hippies que no me gustaba escuchar en situaciones como ésta. ¡Pero si yo recién había cumplido doce el 8 de agosto! Sólo imaginarme dos años más en esa espera podía ser peor que cualquier tragedia griega. Era demasiado para mí. Eran veinticuatro meses más mirando y haciéndole guardia a la famosa mancha roja en mi calzón con

monitos y días de la semana, como los que odiaba Javiera. Veinticuatro meses más sintiéndome chica mientras mis compañeras ya pensaban en comprarse maquillaje y tacos para salir. Veinticuatro meses más escuchando datos de depiladoras, toallas higiénicas y pastillitas para el dolor de ovarios. No lo soportaría. ¿Qué sería de mí en esa larga espera? ¿Jugaría a las barbies para siempre? Sería el bicho raro del curso. Todos se reirían de mí, me inventarían sobrenombres y ningún compañero querría pololear conmigo. Obvio. Para qué decir de mi desarrollo físico. Cero. Entonces, llegaría a los treinta sin pechugas y sola, sin haberle dado un beso a ninguno, ni siquiera con el juego de la botellita. Podía verlo, la botellita indicando a Rodrigo, a Felipe o a Gabriel, y todos huyendo de mí, corriendo calle abajo sin parar para salvarse del castigo. ¡Esto era horrible!

Esa semana no pude evitar llevar la cuenta de cuántas compañeras ya lucían su desarrollo. Armé la lista en la última página del cuaderno de Lenguaje y Comunicación. De las diecisiete niñas, catorce ya habían menstruado y sólo quedábamos tres, Deby, Sandra y yo, cuál de las tres más flaca y con más cuerpo de niña. Sólo le pedía a Diosito que me llegara antes que a ellas. Nada más. No me dejes para el final, le rezaba cada noche antes de dormir, con la luz apagada y los ojos cerrados. No me dejes para el final.

La semana terminó con un seis coma cinco en la prueba del libro de García Márquez, y con la lista

de menstruadas aumentada a quince. Quedábamos Deby y yo como finalistas. Sandra nos ganó el partido y anunció la mancha en el recreo del almuerzo, masticando una manzana verde con la boca abierta y sus frenillos con la mitad de la manzana atrapada entre sus fierros. Esa cantidad alcanzaba para una papilla de Santiaguito. Qué asco.

Al lunes siguiente arranqué la hoja del cuaderno, total sólo quedábamos Deby y yo, y con la suerte que arrastraba últimamente, supuse que ella lo lograría primero. Esa tarde iría con mi mamá a perforarme las orejas al Apumanque de una vez, y aprovecharíamos de hacerle el primer corte de pelo a Santiaguito, que ya caminaba solo por todas partes.

Aquella noche, antes de acostarme y con las orejas ardiéndome como si un enjambre de abejas me hubiera picado en el mismo punto, saqué de la bolsa plástica Historia de una gaviota y del gato que le enseñó a volar, el libro de Luis Sepúlveda que había que leer ahora y que mi mamá aprovechó de comprarme en la Librería Andrés Bello del Apumanque. Y comencé a leerlo al tiro, tirada en mi cama. Después de lo bien que me fue en la prueba del libro de García Márquez, decidí seguir con la fórmula del éxito y continuar leyendo los libros yo misma y no recurrir más a los resúmenes de último minuto de Emilia. Leer me estaba empezando a gustar.

No había avanzado ni diez páginas cuando el sueño me atrapó. Marqué la página con una de las postales que Francisca me mandaba de Australia

cuando recién se fueron y que usé para el libro anterior, ésa donde aparece un koala subido en un árbol, mirando a la cámara con esos ojos negros tan brillantes y gordos como baratas, y apagué la luz. Antes de dormirme pensé en ella y me pregunté qué diferencia de horas habría entre Santiago y Newcastle. Traté de imaginarme a Francisca en su casa, en cómo era su hogar y cómo se movía ella adentro, cómo caminaba, cómo vivía, qué luz entraba por los ventanales, hasta que me dormí.

6

**F**iestas Patrias eran lo mejor de septiembre. En el colegio hacíamos ramadas para juntar plata para el campamento de verano en El Tabo; en mi casa empezaba la temporada de asados al aire libre y mi paladar ya se preparaba para degustar las decenas de empanadas de pino de Elena que comería este año. Era un mes sabroso y entretenido.

Los rayos de sol se filtraban entre las hojas de los plátanos orientales del patio del colegio y en clase de Arte recortábamos guirnaldas de papel volantín para decorar la ramada de Fiestas Patrias del colegio. Estaba muy

entretenida, cuando Gabriel se acercó hasta mí con una seguridad y tranquilidad nunca antes vistas en él, y me preguntó la hora. No uso reloj, le respondí y dejé de recortar de los nervios que sentí. Y luego me preguntó en qué barrio vivía, como si nada, como si me estuviera preguntando si yo pensaba que llovería esa tarde. Vivo en la Comunidad Los Sauces, en La Reina, ¿y tú?, le pregunté. Vivo cerca del Parque Padre Hurtado, también en La Reina, respondió. Entonces yo sonreí y me sonrojé, involuntariamente. ¿Y me das tu teléfono?, siguió. Claro, dije sin dudar y se lo anoté en un pedazo de papel volantín blanco. Dio las gracias, miró lo que yo estaba haciendo y luego lo hizo directo a mis ojos. Ahí mismo creí que me caía muerta de la impresión. Esa mirada me flechó, me atravesó el corazón y yo no supe qué hacer, si mirar para otro lado, si decir algo, hacer algún comentario chistoso, guardar silencio o darle un empujón en el hombro para romper el hielo. Lo último podía ser un poco brusco, así que me callé sin hacer ni decir nada. Muda como las novias en las fotos. Él se sonrió, guardó el papel en una billetera que sacó del bolsillo trasero de su pantalón gris, y se fue. Acto seguido y como si lo que acababa de vivir fuera cotidiano, me quedé pegada tratando de entender cómo es que algunas partes de mi cuerpo, como las rodillas, podían tener vida propia y moverse sin control. Porque por más que trataba de mantenerlas quietas, no podía. Incluso siguieron moviéndose y tiritando un buen rato más, cuando Gabriel ya se

había unido a su grupo de trabajo. Sin lugar a dudas, ésas fueron las guirnaldas más espantosas que hice en toda mi vida escolar. Nunca supe si realmente las colgaron o si fueron a dar a la basura.

*...Te queremos gaviota. Sentimos que también nos quieres, que somos tus amigos, tu familia, y es bueno que sepas que contigo aprendimos algo que nos llena de orgullo: aprendimos a apreciar, respetar y querer a un ser diferente. Es muy fácil aceptar y querer a los que son iguales a nosotros, pero hacerlo con alguien diferente es muy difícil y tú nos ayudaste a conseguirlo...* leía cuando mi mamá me avisó que tenía una llamada. Marqué el libro con la famosa postal y salté de la cama para llegar hasta el teléfono, que por cierto estaba en el primer piso, debajo de la escalera.

Después del clásico aló, vino la impresión. Era Gabriel al otro lado de la línea. Gabriel que me estaba llamando a mi casa, un jueves cualquiera de septiembre. Yo estaba impactada y por supuesto, ya ruborizada. Me giré hacia la cocina y encontré los ojos de mi mamá, emocionados. Ella entendió todo en cinco segundos y al parecer mi cara confirmó todo lo demás. Entonces, y como una manera de darme confianza, cerró la puerta de la cocina y siguió con la preparación de las onces.

Él volvió a decir aló como por tercera vez y recién entonces desperté del hechizo y pude articular otra palabra que no fuera ésa. Y no sé si tal vez a él le costaba tanto como a mí, pero la excusa de los ejercicios de matemáticas que no alcanzó a copiar fue perfecta para ambos. Le dije que me esperara para ir



por el cuaderno, y al pararme me di un tremendo golpe en la cabeza con el revés de la escalera. Medio aturdida, subí las escaleras y tomé el cuaderno. O al menos eso creí, porque cuando llegué hasta el teléfono y lo abrí para dictarle, era el de Comprensión del Medio Social. Horror. Entonces, a él le dio tanta risa que yo me relajé y volví por el de Matemáticas a mi pieza, esta vez sin azotarme la cabeza. Una vez dictados los ejercicios, el olor a pan tostado inundó el primer piso de mi casa y empezamos a conversar. Me preguntó si estaba leyendo el libro y yo le dije que sí; cada uno comentó en qué parte iba y luego, a pito de nada, me preguntó si tenía bicicleta. Le dije que sí, aunque me faltó comentarle un pequeño detalle, que mi bici estaba tirada en el patio del lavadero hace dos años, medio oxidada, con las llantas pinchadas y el sillín mordisqueado por el hámster de Florcita, la hija más pequeña de nuestros vecinos. Un detalle que en realidad no venía al caso confesar. Me estaba preguntando si tenía bici, no el estado de la bici. Eran cosas distintas. Acto seguido, me invitó a pasear al Parque Padre Hurtado el sábado en la tarde, y encontrarnos ahí mismo. Y no sé si sería el olor al pan tostado o los nervios, pero la arcada que me dio fue tremenda. Al menos pude controlarla, no como mis rodillas que volvieron a tiritar sin parar. Gracias a Dios que él no podía verme. Era todo un lamentable espectáculo. Un atado de nervios y emoción al mismo tiempo. ¿Sería normal? Tal vez no estaba preparada para estas cosas. Luego, me acordé de Pancha y su

romance con beso incluido, y me decidí. Quedamos en juntarnos a las tres, en la entrada más cercana a Av. Padre Hurtado. Se despidió y cortamos. Y ahí me quedé, lela como diría la abuela Toña. Lela de la impresión.

Como pude traté de pararme y de controlar mis piernas, y abrí la puerta de la cocina para encontrarme con mi mamá, que estaba calladita moliendo una palta. Nos sentamos a tomar onces, aprovechando que Santiaguito dormía la siesta, y le conté todo. Creo que por primera vez esto de tener una mamá hippie me vino bien. Para ella, la comunicación con los hijos era algo así como un mandamiento, y el primer amor de la hija bien valía la pena para ponerlo en práctica. Le conté quién era Gabriel, le hablé de sus ojos, de cómo me miraba, y ella sonrió con una dulzura infinita. Nos reímos a carcajadas con el descontrol de mis rodillas, y ella aprovechó la oportunidad para contarme cómo había empezado a pololear con mi papá, a los diecisiete años.

Mi mamá era la menor de siete hermanos. Se crió en el campo, en San Fernando, ciudad capital de la Provincia de Colchagua, en la Sexta Región. Mi abuelo, don Santiago Valdés, era un latifundista proveniente de una familia muy tradicional, que se enamoró de mi abuela materna Catalina, la hija de la cocinera, a muy temprana edad. Al principio fue un escándalo el que un joven de alta sociedad se enamorara y quisiera además casarse con la hija de la cocinera. Pero a pesar de todo, se casaron. Juntos

formaron un hogar numeroso y estable. Mi abuelo recibió varias hectáreas de su padre, dedicadas al cultivo del tabaco, tierras que trabajó y explotó para mantener a su familia, y así mi abuela Catalina –de ahí mi nombre– se entregó a la crianza de los hijos que tuvieron. Nada particular, hasta que un cáncer prematuro se la llevó, dejando a don Santiago solo, triste y con siete hijos que criar. Para ese entonces, mi mamá tenía apenas ocho años, y la tía Emilia, la mayor, dieciséis. Desesperado, el abuelo volvió a casarse, pero al parecer con cualquiera dispuesta a hacerse cargo de siete hijos ajenos. Fue así que conoció a doña Jacinta del Portal, una cuarentona soltera, que había perdido todas las esperanzas de formar un hogar, y que vio en mi mamá y sus hermanos la posibilidad de realizar esos sueños olvidados. Al mes de conocerse se comprometieron, y fue así como ella aceptó ese buque y capitaneó a estos siete marineritos de la mejor manera que pudo, dada su nula experiencia en esas cosas, y la adolescencia de al menos tres de los siete hermanos.

Doña Jacinta tenía una hermana adorada, doña Antonia del Portal, la abuela Toña, una hermosa mujer según mi mamá, la más hermosa hembra que vio en su vida. Casada y con dos hijos varones, Eduardo, mi padre, muy estupendo por lo demás, y el otro, Alberto, más parecido al Tata, la famosa doña Antonia se transformó en la nueva tía de todos los hermanos Valdés, incluida mi mamá. A partir del matrimonio de don Santiago y doña Jacinta, ambas,

familias comenzaron a visitarse, y fue así como mi mamá conoció a mi papá. Primero, jugaron como primos que no eran, y con los años, en la adolescencia, se enamoraron y pololearon a escondidas, y luego públicamente, hasta que se casaron, cuando mi papá se recibió de arquitecto.

Los ojos llenos de ilusión de mi mamá iluminaban la cocina aquella tarde de recuerdos. Luego, y como para terminar la conversación, porque el intercomunicador nos avisaba que Santiaguito ya estaba despertando, me tomó las manos y me pidió un solo favor: que disfrutara esta etapa con tranquilidad y buena memoria, porque según ella, sería única e irrepetible, por más pololos que tuviera el resto de mi vida. Salió de la cocina y yo me quedé pegada en la ventana, tratando de recordar la voz de Gabriel en el teléfono. Entonces, como movida por las manos de un titiritero, salté de la silla y corrí al lavadero a ver el estado de mi bici. Era una calamidad, una verdadera chatarra oxidada. Tenía mucho que hacer y sólo dos días para dejarla como nueva.

Ese sábado, me sentía nerviosa y tan impaciente que no lograba avanzar en el libro. Mi papá se había llevado la bicicleta temprano para arreglarla donde el turco, un amigo que tenía una tienda y un taller de bicis en el barrio alto. Me aseguró que la traería a la hora de almuerzo, y yo me quedé con esa frase, tratando de leer. Como no pude lograrlo, decidí bajar a ayudar a mi mamá con la tortilla de quínoa y champiñones que estaba preparando.

Mi favorita. Mientras batía los huevos y mi mamá estilaba la quínoa, empecé a sentir esos nervios que se mandan solos. Era un poco más de mediodía y esas tres horas que restaban me tenían mal. Ni siquiera había decidido qué me pondría para ir. No podía ser muy producido, porque nadie anda tan arreglada para salir a pasear en bici. Tampoco en buzo, porque podía parecer que no me importaba andar desarreglada. No sabía nada. ¿Y si me soltaba el pelo? En septiembre no hace tanto calor, de hecho estaba bastante nublado. En eso pensaba cuando sentimos el auto del papá. Corrí hasta la puerta y ahí venía, con mi bici enchulada, totalmente renovada, con sillín nuevo y llantas infladas. El óxido del marco venía bastante disminuido y había reaparecido el rojo original con el arreglo. Estaba perfecta y al parecer todo en orden para el encuentro. Ahora sólo tenía que subir a mi pieza, elegir la ropa, arreglarme un poco, almorzar en familia y listo. No había para qué alterarse. Estaba todo bajo control. Eso creía yo.

Nos sentamos a almorzar a la una en punto y no fui capaz de comer. La ensalada de rúcula con lechuga y dientes de dragón sabía a papel picado para manualidades. La tortilla olía maravillosa, pero masticarla me costaba más trabajo que nunca. Para qué decir... tragarla. Finalmente, mordisqueé una manzana y subí a arreglarme. Después de probarme todo el clóset (que aunque no era de lo más abundante, era digno) escogí mis jeans de siempre, una polera blanca de manga larga estampada con

Lisa Simpson, y mis únicas converse, moradas con verde. Me lavé el pelo rápidamente, me lo sequé en un dos por tres y me lo dejé suelto; antes de salir del baño, cepillé mis dientes unas tres veces seguidas, me puse un brillo labial con olor a kiwi, que me trajo de regalo mi mamá de una de sus idas a la farmacia (y que aún estaba sin estrenar) y un poco de mi agua de colonia de jazmín Naturset, que empecé a usar el año pasado. Tomé mi MP3 y bajé. Al salir, mi mamá me persiguió por todo el antejardín con las manos con esa espuma para las puntas del pelo. "Mira que se te ve tan lindo, te veo y no puedo creer lo hermosa que estás, igualita a tu abuela, ella estaría tan orgullosa de ti, qué pena que se muriera tan joven, pero no te muevas tan rápido mira que te voy a terminar echando en los ojos; mi niñita y su primera cita, quién lo diría si ayer eras mi guagua", me decía hasta que me subí a la bici y partí. Antes de doblar hacia la calle principal del condominio giré la cabeza para comprobar si ella aún estaba observándome o si ya se había entrado, y ahí estaba, cada vez más pequeña, mirándome desaparecer.

*Volverte a ver es todo lo que quiero hacer, Volverte a ver para poderme reponer...*, cantaba a todo chanco escuchando a Juanes en mis oídos, cuando doblé por Av. Padre Hurtado para bajar por Av. Francisco Bilbao. Unos cincuenta metros antes de llegar, pude distinguir a Gabriel montado en su bici, parado a la entrada del parque. Inmediatamente se me quitaron las ganas de seguir cantando. Me puse tan nerviosa que casi

hago el loco al esquivar una botella y por poco me estrello contra un árbol. Por suerte, Gabriel no me estaba mirando. Tenía la vista puesta en sentido contrario a mí. Seguramente pensaba que yo subiría por Bilbao. Como pude, volví a controlar la máquina con pedales y recordé entonces por qué había dejado de usarla. Demasiados porrazos y moretones. La última vez terminé incrustada en el parachoques de un auto estacionado y por suerte el ruido no fue lo suficientemente fuerte como para que salieran los dueños a mirar qué pasaba. La bicicleta quedó tan chueca que tuve que llevármela a mi casa caminando.

Finalmente, los metros se acortaron y logré llegar. Por poco lo mato de un infarto cuando le dije hola, estacionada detrás de él. Hasta perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer al suelo, con bicicleta y todo. Pobre. Claramente me esperaba por el otro lado.

Recuperado del susto, decidimos empezar el paseo. No recuerdo cuánto rato pedaleamos, pero no fue poco. En un comienzo ninguno hablaba. De vez en cuando nos mirábamos, yo me sonrojaba y él desviaba la mirada hacia el camino. Una hora habría pasado cuando me propuso tomarnos un helado. En eso me di cuenta de que había salido sin plata de la casa y le dije que no tenía ganas, que lo acompañaba a él. Me dio vergüenza decirle que se me había quedado la billetera. Se compró un chocolito, guardó la billetera en uno de los bolsillos traseros de su jeans, y después, como movido por un control

remoto externo, la volvió a sacar y compró otro, sin preguntarme nada. Nos tiramos en el pasto y nos tomamos el helado. De vez en cuando hablábamos del colegio, pero la mayor parte del tiempo estuvimos callados. A esas alturas, yo empezaba a creer que era una lata y que Gabriel estaba aburridísimo conmigo al lado. Entonces, se quedó mirándome, estiró una de sus manos hasta mi cara y yo creí que me desmayaba ahí mismo, y antes de tocarme, estiró más aún su dedo índice y me sacó un pedazo de chocolate de la cara. Cuando me mostró el chocolate pegado en su dedo me reí, y él también lo hizo. Diría que ése fue el momento en el que logramos relajarnos. El resto de la tarde conversamos como viejos amigos, nos miramos y nos sonreímos sin vergüenza. No podría decir que lo disfruté, porque estaba toda nerviosa, pero después del helado todo estuvo mejor.

La tardé cayó de pronto y empezó a atardecer. Entonces, decidió acompañarme hasta mi casa, así sabría dónde vivía por si alguna vez necesitaba pedirme algún libro o una tarea. Además, no me iba a dejar sola a esa hora en La Reina. "Te puede pasar cualquier cosa, además vivimos cerca", me dijo. Fue así que pedaleamos hasta el condominio. Yo iba con la esperanza de que nadie notara mi llegada, despedir a Gabriel rápidamente y entrar. Pero para mi desgracia, al doblar por la calle principal figuraban mi papá, mi mamá y Santiaguito caminando hacia la casa, con la bolsa del pan. No pude escapar y tuve que presentarles a Gabriel. En eso, a mi mamá se le

ocurrió la brillante idea de hacerlo pasar a la casa e invitarlo a tomar onces. Horror. En un solo día tuve que apechugar con mi primera cita (como dicen en las comedias gringas del cable) y con la presentación de mis padres-hippies a Gabriel. Todo de una vez y sin anestesia. Esa noche caí rendida en los brazos de Morfeo. Había sido demasiado. Y eso que la regla no me había llegado.

**D**espués de lo fome que fue la fiesta que se hizo en la casa de Paty a principios de año, no tenía muchas ganas de ir a la que se haría en casa del Guatón Felipe, salvo porque sería la última fiesta del año antes de irnos de campamento a El Tabo, en enero.

Ese sábado, después de levantar la mesa, mi mamá me ofreció zapatillas nuevas, pero le dije que no. En realidad, no era necesario. No tenía ganas de arreglarme. Además, no estaba segura si Gabriel iba a ir a la fiesta. El viernes se lo pregunté y me contestó que no sabía, que tal vez se iría a pescar con su familia ese fin de semana.

La fiesta era de nueve a doce y a eso de las ocho empecé a arreglarme, mientras mi mamá plantaba almácigos de albahaca afuera, con Santiaguito. Cada año, cuando ella lo hacía, comenzaba a imaginar el olor de las hojas en una ensalada de tomates del huerto. Ésta no fue la excepción. Me dio lata lavarme el pelo, así es que no me lo solté. Me puse los jeans verdes con las converse moradas con verde, una polera de hilo de colores abrochada por detrás del cuello y partí. En el auto me acordé del agua de colonia de jazmín, pero ya era tarde. Estaba segura de que Gabriel no asistiría a la fiesta. Al llegar, mi papá me dijo que irían al cine con mi mamá aprovechando que la tía Laura estaba en la casa este fin de semana, y que a la salida pasarían a buscarme. Laura era una de las hermanas mayores de mi mamá, y como sus hijos estudiaban en Santiago, ella viajaba desde San Fernando varias veces al año a visitarlos. Entonces, prefería quedarse con nosotros, ya que el departamento en el que vivían mis primos era un desastre. "Linda, imagínese que cada vez que llego tengo que caminar esquivando la ropa que queda toda repartida por el suelo. Seguro que no se pasa una aspiradora jamás. Para qué decir la de platos que quedan tirados en la cocina. Imposible de soportar", decía. Para mis papás, el desastre de los sobrinos significaba una posibilidad real de salir al cine o a comer por ahí, ya que la tía se quedaba con nosotros en la casa.

Al bajar del auto, me encontré con Pancha en el

antecorral. Venía llegando igual que yo. Cuando me vio me preguntó por qué venía con esa cara. Le manifesté que estaba segura de que Gabriel no iría, entonces para qué arreglarme. "Qué es eso", me dijo. "No tienes que arreglarte para él. Hazlo para ti primero, ésa es la regla de oro", sentenció. Entonces, me miró el pelo, agarró mi pinche de siempre y me lo sacó de un tirón. Con su mano derecha me arregló el pelo y sonrió. Luego, se metió la mano al bolsillo y me pasó un brillo de labios con olor y gusto a frutilla para que me lo echara antes de entrar. "Nunca se sabe", agregó. Igual bien grasiento el brillo. Los labios se me quedaban pegados unos segundos cuando pronunciaba letras como la pe y la eme. Pero igual me lo dejé. *Nunca se sabe*, como decía Pancha.

En la calle se escuchaba música tecno a todo volumen. Al entrar a la casa no nos recibió nadie. Era la primera vez que ambas íbamos a la casa del Guatón y no sabíamos hacia dónde caminar, pero llegamos hasta el living imaginando que ahí estarían todos. Y no fue así. Ese lugar estaba vacío. Con Pancha nos miramos y sin decirnos una palabra empezamos a avanzar hacia la terraza. Ahí estaba medio curso bailando. Lo primero que hice fue buscar a Gabriel con la mirada, pero no lo encontré. Entonces, nos acercamos a saludar a las demás compañeras y a picotear unas papas fritas, cuando de pronto sentí unos golpecitos en mi hombro izquierdo. Me giré y era Gabriel, que se quedó sonriéndome como si yo fuera el regalo de cumpleaños que estaba esperando.

Cinco segundos habían pasado y él seguía mirándome sin decir nada, entonces ahí mismo me arrepentí de lo poco que me había arreglado. Él me estaba mirando tan de cerca y yo ni siquiera me había lavado el pelo. Para colmo de males, empezaron de nuevo mis rodillas a temblar. Un desastre. Bailemos, me dijo. Yo le sonreí y lo seguí. El volumen de la música estaba tan alto, que no podíamos hablar. No nos escuchábamos. Así que cada vez que él me hacía una pregunta tenía que repetírmela como cinco veces, hasta que al final nadie entendía nada y terminamos riéndonos. Al rato me dijo que iba al baño, y yo volví al grupo donde estaba Pancha para conversar un rato. Y en eso estábamos, escuchando la declaración de amor que le hicieron a Ximena el fin de semana pasado, mientras yo llenaba un vaso con Fanta, cuando se acercó Rodrigo y como si nada me hizo cosquillas en la cintura con los dedos. Mi susto fue tan grande que se me dio vuelta el vaso, me manché las zapatillas, chorreé la mesa y una de las fuentes con papas fritas, que quedó convertida en algo así como una sopa de papas, con varias de ellas flotando. Todo mal. Muy mal. Le dije que su broma había sido muy pesada y que se corriera, pero algo le pasaba ese día, porque en vez de irse, empezó a tocarme el pelo y a decirme que se había dado cuenta de que yo era bonita. ¿Bonita? Si era la única de la fiesta que no llevaba sostén, pensé. Era la única con aspecto de personaje de Disney, cuando todas las demás parecían de enseñanza media. Pero Rodrigo

insistía, y cuando trataba de abrazarme apareció Gabriel con una cara de apestado que yo no había visto nunca. Sentí que estaba como celoso. Miró fijamente a Rodrigo y me preguntó si estaba bien. Le dije que sí, pero que había dejado la embarrada en la mesa, que quería conseguir un paño para limpiar. En eso, Rodrigo se acercó hasta mí y me abrazó por la cintura, delante de todos y de Gabriel, y yo lo empujé para que me dejara tranquila. No entendía por qué estaba haciéndome eso, si ni siquiera éramos amigos. Y parece que eso bastó para que Gabriel se enojara, porque se paró delante de mí, como protegiéndome, y calmadamente le dijo que me dejara tranquila. Entonces, Rodrigo se rió y le preguntó si acaso era mi pololo que me defendía tanto, y él le dijo que sí. Y no supe por qué mi cerebro dio esa orden, pero no pude quedarme un segundo más ahí y partí a la cocina a buscar un paño. Eso que estaba escuchando no podía ser verdad. No podía estar ocurriéndome. Pero por otro lado, era lo que yo más quería, aunque en realidad no sabía qué significaba decir que alguien era tu pololo. Tal vez lo había dicho para que me dejara tranquila y no siguiera molestándome. O quizá era lo que él quería, ser mi pololo. Qué terrible. Por qué estaba viviendo eso. Quería estar en mi casa, en mi camita, pero estaba en una cocina desconocida, buscando un paño desconocido, para limpiar una mesa desconocida. Cuando al fin encontré uno, lo estrujé y me di la vuelta para salir de la cocina, cuando vi a Gabriel. Pero esta vez no pude mirarlo.

Sabía que mis rodillas se estaban preparando. Le dije que iba a limpiar y volvía, sin levantar la vista, pero él me tomó de los hombros y me paró. Ahora temblaba entera. Menos mal que lo hizo, pensé, así no notaría que incluso mis hombros y hasta mis orejas tiritaban. Haberme desmayado como en las películas me habría salvado de la situación, pero no ocurrió, por más que lo invoqué. En eso, me pidió que lo mirara y me preguntó si quería ser su polola. Yo me quedé muda, mirándolo, con ganas de decirle que sí, pero que primero me explicara bien de qué se trataba eso y qué obligaciones tendría que cumplir, cuando de un dos por tres se me acercó y me plantó un beso sin esperar la respuesta. Yo ya sentía el desmayo venir. Sólo le pedía a Diosito que no me dejara hacer el ridículo y que el brillo de la Pancha no funcionara como pegamento, porque sería terrible. En eso, se echó hacia atrás y volvió a mirarme y a sonreírme. Ya éramos pololos.

Salimos al jardín y nos pusimos a conversar de todo un poco, sentados en el escalón de la terraza. Rodrigo se quedó en el grupo de Pancha, donde la Fanta seguía chorreando, mirándonos con curiosidad. Entonces, Gabriel me dijo que para las vacaciones de verano se iba con sus papás y sus hermanos a una casa que tienen en Concón. Yo le conté que con mis papás siempre hacíamos algo distinto y que no teníamos casa en ninguna parte. Igual me dio lata explicarle que mis papás eran medio hippies y que les gusta la aventura y viajar a la Carretera Austral

en la camioneta, con bidones de agua, de leche, de bencina y de detergente, pero algo le adelanté. Además, él ya los había conocido cuando salimos a pasear en bici, y supongo que se dio cuenta de su estilo. En todo caso, me gustó que conversáramos después del beso y todo eso del pololeo. Me relajó y me encantó. Lo encontré tan tierno, tan dulce... no sé, sus ojos brillaban cuando me miraba y a mí se me caía la baba. La única lata fue que como a los diez minutos vino Pancha a decirme que mis papás me estaban esperando afuera. Qué mala pata, pensé, justo en un momento tan importante de la vida. Le dije que iba al tiro y ella me cerró un ojo y se fue. Entonces lo miré con cara de me tengo que ir, y él me miró con cara de qué lata que te tienes que ir, y nos paramos y ninguno de los dos hizo nada y le dije chao y él me sonrió y se despidió. Salí de la casa y pude ver que Pancha entretenía a mis papás por la ventana del auto. Las rodillas me temblaban, el corazón estaba que se me salía por las orejas, me tiritaba hasta la pera. Es real, la pera se movía sin control. Creo que fue el día más feliz de mi vida. Me vine en el auto con los ojos cerrados, con su cara en mi mente y me dormí pensando en él, soñando con él. Esa noche, acostada en mi cama, con la luz apagada, me pregunté si eso que estaba sintiendo era amor. Seguro que sí. Mi primer amor.

El lunes siguiente, cuando entré a la sala, Gabriel estaba sentado en su puesto. Yo no sabía si acercarme o no. Tal vez lo del pololeo se le había olvidado o



en una de esas estaba arrepentido. Justo levantó su cabeza y me vio entrar. Yo avancé por el pasillo hasta él y nos reímos de la nada. Como nerviosos. Me preguntó cómo había dormido el sábado y le dije que bien, muy bien, a pesar de lo mucho que me costó lograrlo. ¿Y tú?, le pregunté. Lo mismo, respondió. Que había tenido que contar ovejas. Nos reímos de nuevo. Luego, me pidió que lo incluyera en el último trabajo de Comprensión del Medio Social, y que nos juntáramos en las tardes esa semana para hacerlo, eso sí tendríamos que incluir a Francisco, su amigo y compañero de banco, y a Pancha. Obvio. Y así fue.

Esa semana tuvimos que hacer un climograma por regiones en papel milimetrado, así que nos juntamos en mi casa todas las tardes para hacerlo. Mi mamá andaba tan contenta que nos preparó unas onces increíbles que sorprendieron incluso a mi compañera, acostumbrada a trabajar en mi casa y a probar los panes integrales con cuanto grano venden en el mercado. Pero no todo fue trabajar para Sociedad. Mientras tomábamos onces hablábamos de otras cosas, y fue así que planificamos una ida al cine los cuatro para ese sábado. Mi papá nos dejaría en el mall a las tres de la tarde y Francisco llamaría a su hermano grande a la salida para que nos fueran a buscar. Era el único que tenía celular de los cuatro. Francisco era el intelectual del curso. Su papá trabajaba en una embajada y su mamá era escultora. Lo que más llamaba la atención de él era que siempre opinaba en clases, aunque estuviera

equivocado. Le gustaba dar sus puntos de vista y discutirlos. Además, se pasaba largos recreos leyendo obras clásicas, mientras sus amigos chuteaban la pelota en la cancha. No digo que él no lo hiciera, pero no con tanta obsesión como la mayoría de los hombres. Estaba loco por Javiera y no lo ocultaba delante de nadie, aunque ella estaba lejos de hacerle caso. Tenía un hermano gemelo, Domingo, idéntico a él y siempre los veía caminar juntos a la salida del colegio. Por suerte, Francisco tenía un lunar en el borde de su labio superior, debajo de la nariz, que nos servía a todos para identificarlo cuando estábamos en el patio. Era un chico tierno, de esos que siempre son los protagonistas en las películas.

Llegó rápidamente el sábado. Una vez sentados en las butacas del cine, jugamos a adivinar las respuestas del cuestionario que ponen en la pantalla grande antes de que empiece la película. Francisco se las supo todas y Pancha lo miró con admiración. Lástima que en ese entonces él no tuviera más ojos que para Javiera. Pero las cosas cambiarían con el tiempo. Eso ninguno de los dos lo sabía aún. Cuando la película estaba por comenzar, Gabriel levantó su mano y la dejó caer sobre la mía. El calor de su piel me encantó, y no supe si tiritaba de la emoción o porque el aire acondicionado de la sala estaba demasiado alto. En todo caso, yo no me atreví a mover la mano y pensé que si Gabriel decidía dejarla allí para siempre, pronto se me empezaría a dormir. En eso estaba, sin saber qué decir o cómo, cuando

la levantó y la metió al paquete de cabritas saladas. Algo me decía que terminarían gustándome.

Ese domingo Gabriel me llamó en la tarde y estuvimos conversando de todo un poco, incluso me invitó a verlo jugar un partido de básquet en la semana. Antes de cortar, me preguntó si Javiera estaba pololeando. "Hace tiempo que no sé nada de ella", le dije, y luego le pregunté por qué quería saberlo. "Es por Francisco", me contestó. Después, me preguntó si quería chatear más tarde, pero le expliqué que el único computador que había en mi casa era de la época de Pedro Picapiedras y que no estaba conectado a internet. Se rió a carcajadas y me preguntó por qué. Entonces, tuve que recordarle que mis padres son hippies y explicarle que mi papá opina que *la modernidad destruye las emociones del hombre y mata el romanticismo de las comunicaciones interpersonales* o algo así. O sea, que en el fondo no le gusta todo esto de internet y ver a los jóvenes pegados a la cajita idiota, como la llama él, que antes era la tele y ahora internet. Que con suerte lo estaba convenciendo para que me comprara un celular con tarjeta, por último como precaución y seguridad. Y que tenía que darme con una piedra en el pecho, ya que al menos tenía cable y podía ver Animal Planet. Volvimos a reírnos y después cortamos. Gabriel me caía bien.

"¿Has pensado qué quieres hacer cuando seas grande, amorcito? ¿Qué quieres estudiar en la universidad?", me preguntó mi papá esa tarde, en la casa de la abuela Toña. Con medio huesillo en la boca, lo miré y le dije que en realidad no, que no sabía. Que a veces pensaba que ser actriz y actuar en el cine podía ser maravilloso, pero a la vez me daba susto, especialmente después de ver *Sexo con amor*. Que ese día me había preguntado: ¿Catalina, serías capaz de sacarte la ropa delante de tanta gente para filmar una escena de sexo en el cine o para actuar en el

teatro? Y me respondí que no. Aunque seguramente a mi edad Sigrid Alegría también habría dicho que no, y con la madurez y los años de estudiar teatro cambió de opinión.

"¿Cuándo vieron esa película?", me preguntó mi papá sorprendido. Hace meses, le contesté, en la casa de Paty, una compañera. Se quedó mudo y me preguntó si había pensado en alguna otra alternativa al teatro. Pero le dije que no.

Antes de acostarme, escuché que mi mamá cantaba en el baño. Eso era señal de que se estaba dando uno de sus relajantes baños de tina, así que entré a conversar un rato. El baño olía a lavanda, una de las esencias preferidas de mi mamá, que practicaba este ritual al menos una vez a la semana, y para el cual tenía un arsenal de esencias y aceites especiales, con los que lograba calmar, activar y sanar su cuerpo y su mente. Bastaban quince gotas para convertir esa tina en un oasis de sanación.

Tomé la toalla que estaba sobre la tapa de la taza, la abracé como a una guagua, me senté y le pregunté si ella creía que yo podría ser actriz cuando grande. Se sonrió y me dijo que yo podía ser cualquier cosa, que lo importante era buscar una profesión que me hiciera feliz. ¿Qué crees tú?, le pregunté. ¿Podría sacarme la ropa para grabar una escena de sexo? Yo creo que ni siquiera podría darle un beso a un niño que no me gusta... menos sacarme la ropa y dejar que me toque. ¡Qué asco! ¿Y si es hediondo? ¿Y si no se lavó los dientes o tiene un tufo horrible? ¿Y si

almorzó algo con ajo o tiene olor a pata? ¿Cómo le pones carita de amor a un hombre con mal aliento? Me dieron arcadas de puro imaginármelo y ella se echó a reír; me dijo que no era necesario ir tan rápido. Que con los años me llegaría esa claridad.

Más tarde y mientras me cepillaba los dientes en el baño, con el pijama puesto, pensaba que si me casaba con Gabriel, a él no le gustaría que medio país me viera en la cama con un tipo, por muy actores que fuéramos los dos. Me sequé las manos, me miré al espejo y me dije: en realidad, no tengo que decidirlo ahora. Apagué la luz y me fui a acostar. Dicen que los grandes se hacen grandes con el tiempo, y que a nuestra edad tampoco sabían qué serían cuando grandes. Yo sólo esperaba que esa claridad llegara algún día. Y que la regla también. Por favor.

Ayer estaba ordenando las poleras que me regaló mi mamá esta Navidad en el clóset, y me acordé del Tata Lalo y sentí una pena tan grande. Me acordé de las Navidades el día veinticinco en su casa, cuando llegábamos las dos familias y nos juntábamos debajo del damasco a abrir los regalos. El Tata Lalo era muy chistoso y siempre hacía de animador, organizaba juegos y adivinanzas; la abuela Toña se reía y nos preparaba limonadas, mientras los nietos abríamos paquetes como enfermos de la cabeza.

Cambió todo cuando el Tata murió. Este

año, como siempre desde que nació, fuimos a su casa el día veinticinco, igual que todos los años, pero todo estaba tan triste. Faltaban él y el cincuenta por ciento de la familia: el tío Alberto, la tía Clara, Francisca y Gonzalo.

Tocamos el timbre varias veces y como nadie abría la puerta, mi papá sacó su copia de la llave y entramos. No se escuchaba ningún ruido. Tal vez no había nadie, pensamos. Nos asomamos a la pieza de la abuela y ahí estaba, recostada en su cama, muda. Me senté en la sillita que estaba al lado de la puerta, mientras mi papá le hablaba bajito, muy cerca de su oído y le explicaba que le habíamos traído unos regalos. Al parecer, ella no lo oyó, porque no hizo ningún gesto. Tal vez dormía con los ojos abiertos. Recordé el día que vi al Tata Lalo muerto en su cama y me parecieron exactamente iguales, salvo que la abuela Toña tenía los ojos abiertos y el Tata los tenía cerrados. Dormidos. Entonces, mi papá me hizo un gesto y salí de la pieza. Me fui al jardín de atrás, donde mi mamá jugaba con Santiaguito. Al rato llegó mi papá, muy triste. Inmediatamente se borró la sonrisa de la cara de mi mamá, que entendió que mi papá extrañaba al Tata, igual que la abuela. Se abrazaron largo rato, y mientras él lloraba tan amargamente, tomé a Santiago en brazos y lo llevé al damasco para que tomara algunas frutas. Ya estaban maduras. En eso apareció Elena, que venía llegando con la bolsa del pan. Nos ofreció pan de pascua y con Santiaguito la seguimos hasta la cocina para probarlo. Antes de

salir, les dejamos a la abuela y a ella sus regalos en el pino que apenas decoraron y pasamos a despedirnos a la pieza, pero fue inútil. Nos miraba como si no nos conociera, como si quisiera estar sola para poder encontrarse con el Tata.

Elena nos acompañó hasta la puerta y le dijo a mi papá que no se preocupara por la abuela, que ella no se movería de su lado por nada del mundo. Nos dio un paquete con pan de pascua y mermelada de damascos y se quedó parada en el antejardín, mientras nosotros nos subíamos al auto y nos alejábamos.

De vuelta a la casa, mientras mi papá manejaba y sollozaba, me puse a pensar y me pregunté: si yo me casara con Gabriel, ¿llegaría a amarlo tanto que su falta me haría estar muerta en vida? Qué terrible es amar tanto, porque tarde o temprano uno de los dos debe morir, dejando al otro solo. Entonces, si la falta del otro es tan terrible, ¿por qué nos pasamos la vida entera buscando a ese otro, si algún día su ausencia nos hará morir de pena? ¿Por qué decidimos vivir en pareja, formar una familia y amar tanto a la pareja, si tarde o temprano todo se va a terminar, dejando al sobreviviente destrozado? ¿Por qué criamos hijos durante tantos años si después nos vamos a morir y los vamos a dejar solos, sabiendo que ellos van a sufrir por nuestra ausencia? ¿Acaso nadie pensó en eso? ¿Por qué los grandes no han hecho nada para cambiar la historia? ¿Por qué nos tenemos que morir?

Esa tarde quedamos muy tristes. El único que metía ruido era Santiaguito, que apenas balbuceaba. Me dio una angustia enorme imaginar la muerte de mis papás o incluso la de Gabriel, si nos casábamos. Obvio.

El 4 de enero partiríamos con mis compañeros de curso al campamento de verano en El Tabo. Y estaba segura de que viviría momentos inolvidables con mis amigas y, especialmente, con Gabriel. Un nuevo año estaba por comenzar.

## 10

Ocupaba el asiento de la ventana, en la última fila del bus que nos traía de vuelta a Santiago. El campamento había terminado al fin. Venía con mi MP3 en las orejas, pensando en la abuela Toña. Gabriel y Javiera estaban un par de asientos más adelante, conversando animadamente con el resto. Pancha dormía a mi lado, y adelante Pablo y Paula peleaban a grito limpio.

Me vine pensando en mi abuela. Recordándola cuando el Tata estaba vivo. ¡Cómo lo miraba! Si parecía que se le iba a caer la baba en cualquier momento. Siempre

me impresionó ver cómo, después de tantos años de casados, ella lo seguía mirando y admirando así, como si lo viniera conociendo recién. Con la misma cara que me imagino le ponía yo a Gabriel. Si hasta puedo verla corriendo hacia la puerta desabrochándose el delantal en el camino y ordenándose el pelo cuando sentía su auto estacionarse. Y cómo lo atendía cuando llegaba del trabajo, con su infaltable aperitivo, esos trozos de pan baguette y esas aceitunas moradas y amargas que aprendí a comer en su casa, en la misma bandeja de siempre. Podía estar parada a su lado eternamente, preguntándole si le faltaba algo más y advirtiéndole que la comida estaría en un minuto y que era su plato favorito. Y cómo la retaban mi papá y el tío Alberto: "hasta cuándo malcría a este viejo, mamá: siéntese con nosotros y tómese una vaina usted también". Y mientras la recordaba esa tarde que comenzaba a oscurecerse, miraba las luces del camino. Las luces de esas casas aparentemente tan pobres. Y me vine toda triste, imaginando las vidas de las personas que viven en esas casas, mientras en el bus todo era alegría y fiesta. Especialmente para Gabriel y Javiera que venían tomados de la mano, conversando animadamente con Rodrigo, Paty, y ese grupito. ¿Cómo pasó todo esto? ¿Cómo es que no soy yo la que va de la mano de Gabriel en vez de Javiera?

El primer día de campamento fue perfecto. Gabriel nos ayudó a armar nuestra carpa y después, cuando nos tocó lavar los platos a las mujeres de la carpa

ocho, él nos ayudó. Yo pensé que nuestro pololeo era todo un éxito, pero parece que estaba equivocada.

Al día siguiente, todo anduvo bien. En las competencias deportivas nos miramos mucho y él se hacía el payaso conmigo, un verdadero tony, súper divertido. A esas alturas había varios compañeros que ya sabían que nosotros éramos pololos, y parece que no era necesario confesárselo a los demás, porque ya todos lo notaban. Incluso, Roberto le echaba tallas a Gabriel cuando lo veía haciéndose el payaso conmigo.

A la hora de almuerzo se sentó a mi lado. Me miraba todo el tiempo y se ponía rojo cuando yo lo sorprendía y le sonreía, no sé si de calor o de emoción. Yo andaba en las nubes, pero nerviosa igual. No sé, me daba miedo que llegara el momento de estar solos y más juntos, que me dijera algo romántico o me tratara de dar un beso. ¡Estaba aterrada! Pero a la vez quería que pasara todo eso.

Esa noche, a la caminata nocturna nos fuimos juntos. De hecho, varios compañeros se empezaron a referir a nosotros como *la parejita*. Que diganle a *la parejita* que camine más rápido. Que *la parejita* esto y *la parejita* lo otro. Y si alguien nos preguntaba si estábamos pololeando, nosotros nos reíamos y decíamos que sí. Yo era su polola, a pesar de la cara rabiosa con la que me miraba Javiera en cada oportunidad en la que estábamos solas.

Cuando llegamos a las carpas, de vuelta, varios compañeros partieron con sus bolsitos a lavarse los

dientes al baño del camping. Y durante todo ese rato Gabriel y yo nos quedamos conversando apoyados en una roca enorme. Cuando empezó a hacer frío, me puso las palmas de sus manos en mis mejillas y yo casi me desmayé. Sus ojos brillaban igual que ese día de la fiesta en la casa del Guatón Felipe cuando me pidió pololeo. Me dijo que yo era linda y me preguntó si alguna vez había pololeado. Yo empecé a temblar. Le dije que no, aunque le mentí, porque cuando tenía como ocho años un vecino de mi antigua casa me pidió pololeo y le dije que sí, aunque nunca me dio ni la mano ni me tocó un pelo. De hecho, nunca más hablamos de estar pololeando y a ambos se nos olvidó. Pero no iba a entrar en ese tipo de detalles infantiles en un momento de tanta pasión y formalidad. Entonces, comenzó a acercarse y cuando veía venir el beso, apareció Javiera con su voz de pito preguntando si alguno de nosotros tenía pasta de dientes para prestarle. ¿Por qué me pasan este tipo de cosas a mí?, pensé. Gabriel se alejó unos centímetros y le respondió que no, y que estábamos ocupados. Con la cara que puso ella, pude entender que estaba indignada con la respuesta. Se dio media vuelta y se fue. Y nosotros también. El beso no llegó.

¿Y qué pasó al día siguiente? No sé, porque la forma como se dieron las cosas a partir del tercer día en adelante no tiene explicación lógica para mí. Nos levantamos temprano, como los días anteriores, ordenamos los sacos, barrimos la carpa, nos bañamos,

nos arreglamos y partimos a tomar desayuno a la zona del pic-nic. ¿Y Gabriel? Ese día empezó una metamorfosis, igual que en el libro de Kafka que leímos para Lenguaje. Gabriel se convirtió en una asquerosa e irreconocible cucaracha. Y aunque mi inocencia estaba en retirada, no sospechaba que la peor parte estaba aún por venir. Gabriel me evitó toda la mañana, no sólo en el desayuno, sino después en las actividades deportivas e incluso en el almuerzo. Yo ya empezaba a sentirme triste a esas alturas, pero tenía la esperanza de que fuera algo sin importancia y que todo volviera a la normalidad. No tenía idea de lo que pasaba en realidad. Era inimaginable, al menos para mí.

Esa tarde de playa, el sol brillaba sin ninguna nube que lo opacara sobre nuestras cabezas. Y como toda diva que se precie de tal, Javiera fue la última en bajar. En ese momento no lo sabía, pero estaba claro que quería impresionar a los hombres del campamento y acaparar la atención perdida últimamente. Por eso hizo un verdadero show para sacarse la ropa y quedar en traje de baño. Entre la bajada de la mini y la sacada de la polera, pasaron como cinco minutos en los cuales todos los compañeros se fueron sentando uno al lado del otro, como a la espera de un espectáculo real. ¿Y qué recibieron a cambio? A Javiera y su bikini diminuto todita para ellos. Y como yo soy la tonta de las tontas, ni me preocupé de Gabriel, que por supuesto se sumó al grupito. Me fui a nadar con Pancha,



esperando que él se metiera al mar, pero nunca llegó.

Al atardecer y como cada día, nos juntamos en la fogata a escuchar a Jano y su guitarra. Cantaba *Te doy una canción* de Silvio Rodríguez. Volví a sentirme tranquila. Al fin estaba sentada al lado de Gabriel. Conversábamos con él y Felipe sobre bichos, y Gabriel nos contó que había encontrado un palote enorme dentro de su saco cuando lo estiró esta mañana. En eso estábamos, concentrados escuchando los detalles del palote, con la música de fondo, cuando Javiera se acercó hasta nosotros y le pidió a Gabriel, delante de todos, que la ayudara con su cámara porque no encendía, y que justo se le había quedado en la carpa. Si era tan amoroso y la acompañaba. Al escucharla, Gabriel se puso muy nervioso. Recién ahí empecé a sentir que algo podía estar pasando entre ellos, aunque me negaba a creerlo. Fue como un chillido que pasó por mi mente, una voz de alerta que no escuché lo suficiente. ¡Sorda! Y como si nada, Gabriel se paró, me dijo vuelvo al tiro sin mirarme a los ojos y la siguió hacia la zona de las carpas, mientras Jano hacía cantar a los demás el éxito de la Oreja de Van Gogh, *Vestido azul*.

Esa noche esperé largos minutos a Gabriel, y cuando estaba por unirme al grupo que ya había empezado la caminata, apareció. Se disculpó diciendo que estaba enfermo de la guata y que la colitis no lo dejaba caminar, que se sentía débil. En eso, apareció Javiera y avisó que se sentía mal, que esto de enfermarse era terrible, que le dolían

los ovarios y que necesitaba acostarse temprano. Cuando partíamos a la caminata, la mirada de Gabriel pasó un segundo por sobre la mía y ambos supimos que estaba mintiendo. Me di cuenta de que lo suyo era una excusa para quedarse con ella. Y en ese miserable segundo sentí un nudo en mi garganta, duro, doloroso, y tuve enormes ganas de llorar y de gritar, pero no pude hacerlo, porque estaban todos ahí, moviendo sus pies, alejándose del camping. Y mis pies tuvieron que hacer lo mismo, empezar a caminar, a moverse para no perderse del grupo.

Esa noche caminé por inercia. Mi cuerpo se movía solo, sin que mi cerebro lo comandara. Mi cabeza y mi corazón estaban con Gabriel. Con Gabriel y Javiera, que mientras nosotros caminábamos no sé por dónde, ellos seguramente estaban juntos, tal vez besándose. ¿Por qué sentía esos celos? ¿Por qué imaginaba que se habían quedado juntos y solos si Gabriel y yo éramos pololos? Sentí una pena enorme. Lo único que quería era estar sola para poder pensar. ¿Qué pasó? ¿Qué hice mal? Si la noche anterior estaba tan romántico y amoroso... Pancha me abrazó y caminamos juntas largo rato.

Al día siguiente, y para sorpresa de todos (y especialmente para mí) llegaron los dos de la mano al desayuno, y en un segundo sentí varios pares de ojos clavándose en los míos. Escuché murmullos y preguntas en voz baja, tales como: ¿La parejita no era con Cata? ¿Qué onda, Gabriel? Entonces, comprendí que mis sospechas eran ciertas y que Gabriel y

Javiera estaban juntos. Que tal vez ya eran pololos. Aprendí, además, que los príncipes azules no existen, de ningún color, que son del mismo grupito del Viejito Pascuero, el Ratón Pérez, el Conejo de Pascua y la Cigüeña.

Y así fue como tuve que hacerme la fuerte durante el resto del campamento y soportar la cara de triunfo de Javiera todos los días. Y no sólo eso. Verlos caminar de la mano, abrazarse, y a veces hasta besarse delante de todos. Y aunque no pude manejar la situación como hubiera querido, sí decidí que no volvería a sentir esto nunca más en mi vida. Si eso era el amor, prefería renunciar a él desde el inicio.

Mi único consuelo era que ya estaban por comenzar las vacaciones de febrero en el sur con mi familia, a la que extrañaba tanto últimamente y con la que esperaba poder olvidar a Gabriel y este primer y amargo amor.

## Gabriel

## 1

Cuando la vi entrar a la sala esa primera mañana de clases quedé hipnotizado. ¿Acaso esa hermosa niña que venía entrando era Catalina Anguita, la misma del año pasado y del antepasado y de todos los años anteriores? No podía creer lo que veían mis ojos. Estaba impresionado del cambio que podía experimentar una persona en tan sólo tres meses de vacaciones. Y mientras la contemplaba desplazarse por la sala, reencontrarse con sus amigas y decidir cuál sería su puesto, no fui capaz de dimensionar lo que el impacto de su imagen provocaría

en mi vida. Y es que nunca, durante todos los años de colegio, me había fijado en ella. En ella, ni en ninguna otra.

Al principio no supe qué era. Lo único que sentí fue algo especial y revolucionario. Tal vez era su sonrisa. Algo en su sonrisa era nuevo, completamente nuevo para mí. Y aunque está claro que su sonrisa era la misma de tantos años, ahora me provocaba algo parecido a un estremecimiento, un impacto eléctrico, que traté de esconder como pude delante de mis compañeros.

Lo cierto es que en toda esa mañana no pude quitarle los ojos de encima. Me sentía idiotizado. Y creo que ella se dio cuenta, ya que cada vez que giró su cabeza y clavó sus ojos en los míos, no hice nada por evitarlos. Todo lo contrario, nada podía emocionarme tanto como mantener mi mirada sobre la suya. Así, mirarla, contemplarla, se transformaban para mí en una especie de vicio, de adicción en la que estaba dispuesto a caer sin poner obstáculo alguno, pero con cierto temor; no podía negarlo.

Catalina se convertía con el correr de los días en una especie de motor de mis emociones. Y si no asistía, me faltaba esa alegría, la ilusión con la que empezaba cada nuevo día. Esto, por cierto, no podía conversarlo con mis compañeros. Podían burlarse eternamente de mí. Tampoco con David, mi hermano mayor, ya que lo usaría como herramienta para extorsionarme con cualquier pretexto. Claramente, tenía que ser algo mío, muy mío.

Los días de clases comenzaron a correr y yo no dejaba de mirarla, esperando el encuentro visual. Y en aquellas coincidencias, cuando finalmente nos mirábamos, experimentaba un sentimiento nuevo, parecido al dolor, que a la vez me provocaba un placer desconocido.

Pasaron marzo y abril, y por más que tratara de evitarlo, de concentrarme en otras cosas, de seguir con mi vida de siempre, no podía dejar de observarla, de esperar el contacto entre sus ojos y los míos. Me sentía raro. A veces, ni siquiera recordaba que estaba en clases y la voz del profesor se desvanecía en el espacio. Más de alguna vez hice el ridículo delante de todos, mientras el profesor esperaba una respuesta a alguna pregunta que yo ni siquiera había escuchado. *Maturana, anda en la luna*, me decía, y yo me sonrojaba, callado.

Puede sonar absurdo, pero después de haber sido compañeros desde pre-kinder, de haber coincidido en juegos, deportes, grupos de estudios, fiestas y campamentos, ahora era incapaz de acercarme a ella con naturalidad.

La primera vez que cruzamos palabra ese año fue en clase de Ciencias. Me tocó estar en su grupo en el laboratorio. Teníamos que observar el comportamiento de una rata blanca encerrada en una caja de cristal. Ella miraba fijamente a la rata, agachada, esperando la reacción del animal después de una dosis de no recuerdo bien qué químico. Yo estaba del otro lado de la caja, tratando de hacer lo

mismo o más bien fingiendo que lo hacía, ya que prestaba muy poca atención al experimento. Y en eso estaba, tratando de concentrarme en los inexplicables movimientos de ese pequeño roedor, cuando sentí esa fuerza sobre mí, seguida de un escalofrío y un estremecimiento que nunca había vivido sin razón aparente. Ni siquiera cuando convertía un triple en los partidos de básquet. Quietos, sin mover la cabeza, sólo levanté la vista. Y a través del cristal pude ver a Catalina mirándome. Cuando mis ojos coincidieron con los suyos, ella sonrió. Su sonrisa fue fulminante y como un balazo de escopeta, caí muerto. Mi corazón dio un brinco tan precipitado y violento que por unos instantes creí que ella iba a notarlo. Y eso no podía permitirlo. Rápidamente y como el mejor de los actores le devolví la sonrisa, como un robot, mientras trataba de recuperar mi frecuencia cardíaca.

Esa mañana, la sucesión de miradas, seguidas por aquel intercambio de sonrisas a través del cristal de la caja, me hicieron comprender que a ella le pasaba lo mismo que a mí. Y si no era lo mismo, al menos me había lanzado una cuerda imaginaria. Y si con aquella cuerda yo lograba construir un puente para llegar hasta ella, esa sonrisa sería mía.

Catalina Anguita no era una niña corriente. Tampoco era de las más lindas del curso. Había otras compañeras mucho más hermosas y que a esas alturas comenzaban a experimentar cambios impresionantes en sus cuerpos. Pero hasta el

momento no me inquietaban. En cambio, Catalina sí. Y aunque no lograba explicarme qué era ese algo que me atraía tanto, adivinaba que provenía desde su interior. Su belleza emanaba desde lo más profundo de su ser y escapaba por sus poros para envolverme y arrastrarme hacia ella. Y yo no me oponía en lo más mínimo. Años más tarde comprendería que eso se llamaba amor.

**A**quella tarde me miré al espejo tantas veces como es posible imaginar. Como jamás en la vida lo hice. Sabía que en un par de horas estaríamos en casa de Paty y me sentía ansioso, intranquilo. Ella había organizado una fiesta en su casa, sin estar de cumpleaños. Parece que festejaba algo secreto, porque lo cuchicheaban en el recreo sólo entre las mujeres.

Me bañé con toda calma y luego escogí con cuidado lo que me pondría esa noche, actitud absolutamente nueva en mí, acostumbrado a vestirme con lo primero que

encontraba mi mano en el dóset. Me costó mucho escoger. Toda la ropa que tenía era igual. Pero finalmente me decidí por mis jeans de siempre, la polera negra con la palabra MANU estampada en blanco, mi ídolo del básquet, y mis zapatillas.

Ya vestido, sentí que algo me faltaba para estar listo. Entré al baño de mis papás, y como si fuera algo natural y cotidiano, tomé uno de los perfumes de mi papá y me lo eché en el cuello. Polo, de Ralph Lauren. El olor rápidamente me cubrió por completo y me sentí como sumergido en una nube deliciosa. Tan masculina. Tan de mi papá. Es que ése era el olor de mi papá.

Cuando salía del baño pensé que tal vez había llegado el momento de afeitarme. Me devolví, estiré el espejo de aumento que mi mamá adosó a la pared, y luego de observar detenidamente si existía la necesidad de eliminar alguna masa importante de pelos en mi barbilla, desistí. Tal vez en un año.

Llevaba varios días sintiéndome extraño, como experimentando un cambio irreversible en mi vida. Como si fuera uno de esos *Transformers* con los que jugaba cuando chico y que de tanto usarlo ya no pudiera volver a su figura simple y original. Y es que de alguna manera yo dejaba de ser el *yo de antes*, y empezaba a ser, a pensar, a actuar y a desear como *otro yo*, uno parecido a mi *yo de antes*, pero diferente. Algo así como un *yo de transición*. Y lo más extraño pero excitante era que no sabía bien en qué terminaría convertido. Y esa duda me tenía asustado, pero muy

interesado en los resultados. Sin ir más lejos, esta repentina e incontrolable atracción por Catalina era algo tan ajeno a mi *yo de antes*, interesado en el básquet más que en nada, y en mis amigos, por supuesto, que de alguna manera tenía la extraña sensación de estar abriendo la puerta a un mundo nuevo donde las niñas, lejos de ser despreciadas y excluidas, empezaban a recobrar los espacios perdidos por años, y a tomar un protagonismo maravilloso. ¡Es que estaban hermosas! No lo podía desconocer.

Cuando mi mamá nos llamó a comer ese sábado, olvidé que pululaba envuelto en el aroma de mi papá y me senté a la mesa distraído. Y no fue sino hasta que David me lo comentó con su habitual tono de burla, que recordé aquello del perfume. Mi mamá preguntó si iría a la fiesta de Paty y mi papá se ofreció para llevarme y traerme, con una amabilidad casi sospechosa. Su niño de doce años se preparaba de manera especial para ir a una fiesta con sus compañeros y compañeras de curso. Seguramente adivinaban que a mis cortos años yo ya estaba interesado en alguna de ellas. Y no estaban equivocados.

Mientras mi papá sacaba el auto, lancé el balón muchas veces al aro que tenemos atornillado en la puerta del garaje, anotándolas todas. No lo podía creer. Mi efectividad era del cien por ciento. Me sentí un ganador.

Cuando nos estacionamos en la puerta de la casa de Paty, mi papá bajó el volumen de la radio. Y a pesar

de que el *We are de champions* apenas se escuchaba en la voz de Freddie Mercury, me inspiré y me bajé decidido. Aunque era una canción anticuada, me dio confianza. Esa noche conversaría con Catalina. Esa noche me sentía seguro. Me sentía un campeón.

El ruido del acelerador me sobresaltó inesperadamente y mi papá desapareció por Vicente Pérez Rosales hacia el sur. Sentí una angustia repentina y enormes ganas de irme en el auto con él, que ahora se perdía en la oscuridad. ¿Qué estaba haciendo en una fiesta de mujeres?, me pregunté. La reja del antejardín estaba abierta y en uno de sus barrotes de fierro color verde colgaban tres globos rosados y ridículos, amarrados con pitilla. Si al menos estuviera Francisco por aquí, entrar ya no sería tan difícil, pensé mientras avanzaba por el camino de piedra laja que serpenteaba hasta conducirme a la entrada principal. Pero no apareció.

Avancé por el hall en dirección hacia el living, donde un grupo de compañeros conversaba muy animado. Lo primero que hice fue revisar visualmente el lugar, como si mis ojos fueran algo así como radares, cuya misión fuera detectar la presencia de Catalina. Pero no estaba. Tal vez era temprano todavía. Volví a ejecutar la misma operación visual, por si acaso mis radares hubieran fallado. Pero nada, no había llegado aún.

Mientras la esperaba, noté que mis tripas estaban anudadas y no por hambre precisamente. No podía respirar. Los minutos pasaban y me costaba aún

más hacerlo. Cuando Pancha Gutiérrez, la amiga y compañera de banco de Cata, se me acercó a conversar, le pregunté si ella sabía si iban a venir más compañeros de curso, a ver si en una de esas me hablaba de Catalina, pero simplemente me miró como si le preguntara algo sonso, se encogió de hombros sin pronunciar sonido alguno, y siguió moviendo uno de sus pies de un lado para el otro, como los limpia parabrisas del auto de mi papá, al son de *Los Prisioneros*. *Ya viene, la fuerza, la voz de los ochenta. Tata-tata-tata-tata- tata-tata-tata...* Las fiestas siempre empezaban con esos clásicos, pensé. Y adiviné que en el repertorio vendrían Soda Stereo y Pink Floyd. No fallé.

*Can't find a better man* sonaba a todo volumen, cuando llegó un grupo de compañeras. Se hacían notar desde el antejardín. Eran las doce y media ya, y traían un bullicio perceptible a varios kilómetros. Mis radares volvieron a encenderse. Así, una por una fueron apareciendo por el living; primero Ximena, que venía riendo como si fuera hija de Coco Legrand y éste la hubiera dejado en la puerta de la casa de Paty después de contarle la última y más graciosa rutina de chistes. Atrás venía Emilia, tan tímida como siempre. Se notaba que enfrentarse a todos y saludar a la concurrencia era un acto complicado para ella. No hizo más que asomarse, comprobar nuestra presencia y su rostro enrojeció al instante. Se encendió como una ampolleta. Emilia Lira era la típica buena amiga a la que acudíamos todos cuando faltábamos



a clases y necesitábamos recuperar materias. Era la que contaba los resúmenes de los libros que nos hacían leer en Lenguaje justo antes de las pruebas, en el recreo de la hora de almuerzo. Ahí partíamos todos a sentarnos en la banqueta del patio, debajo del sauce, tan apretados que podíamos olerlos y escuchar la respiración del otro. Y ahí estaba Emilia, contando la historia del libro de turno, con su voz tan baja y delgada, que nos obligaba a permanecer callados para no perdernos los detalles. Emilia era linda, aunque ella no lo sabía. Tenía un rostro muy armonioso, lo mismo que su cuerpo. Pero le faltaba algo. No sé, quizá esa chispa que hace a las personas especiales aunque no sean perfectas. Seguramente la tenía, sólo que yo no era capaz de verla. O tal vez esa chispa no era para mí. Era una niña muy sencilla, de gustos discretos. Era muy calmada y rara vez levantaba la mano para dar alguna respuesta en clases, aun cuando de seguro la sabía. Recibía sus notas con humildad, y sin hacer ningún alarde las guardaba rápidamente en su mochila. Se sentaba sola en clases, en la primera fila, delante del mesón del profesor. Nadie quería ocupar el puesto vacío que quedaba a su lado. Sentarse allí significaba renunciar a cuchicheos con amigos, a una buena pestañeada cuando la clase estaba muy fome, y a recibir mensajes o papeles de algún otro aburrido también. Sentarse allí implicaba un diálogo tácito con el profesor, quien muchas veces, al no encontrar eco en los ojos de los alumnos, lo hallaba en quien ocupaba ese puesto. Lo

encontraba en ella. Esa Emilia de la básica era una gran amiga, la mejor que uno podía tener. Años más tarde me llevaría una desagradable impresión con ella. Pero en ese momento ni siquiera lo sospechaba. Siempre me pregunté cómo una niña tan tímida podía contar los libros delante de sus compañeros con tanta naturalidad y claridad, pero era incapaz de enfrentar su llegada a una fiesta y las miradas de sus compañeros. En eso pensaba esa noche, mirando su rostro enrojecido frente a todos, cuando detrás de ella apareció Catalina. Venía preciosa. Traía el pelo suelto y algo diferente. No era el mismo de siempre. Se veía hermosa. Catalina era excelente para mí. Sin duda, podía ver su chispa y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por conquistarla.

Ahí, sentado en aquel rincón del living de la casa de Paty, esperé que me buscara con la mirada. En silencio. Observando cada uno de sus movimientos, anhelando cada una de las sonrisas que repartía entre los demás, con una ansiedad y una sensación de pánico insólitas. Y es que estaba preciosa. Finalmente, sus ojos pasaron sobre los míos y se devolvieron. Ella se quedó ahí, parada, observándome. Quizá su mirada duró tres segundos, pero me parecieron cien. Me sonrió y yo le sonreí. Entonces, bajó la vista y caminó hacia su grupo de amigas. Mientras, sentía que mi corazón se me escapaba del pecho.

Francisco se dejó caer a mi lado cuando yo trataba de recuperar el aliento, y me comentó que Javiera Urzúa venía convertida en una diosa, que

lo acompañara al grupo en el que se encontraba, aunque fuera sólo para verla de lejos. Le dije que no un par de veces, pero su insistencia fue tan grande y sus ruegos tan sentidos, que comprendí que si no lo acompañaba, no dejaría de hostigarme en lo que quedaba de fiesta. Cuando lo seguí hasta el comedor, inevitablemente pasamos por el lado del grupo de Catalina. Traté de caminar lo más lento posible por si se daba alguna conversación. Me miró, mientras yo pasaba frente a ella, y me sonrió. Juraría que mi cara enrojeció y seguramente me veía muy ridículo, más que Emilia, pero no me importó. Le dije hola, prácticamente sin pronunciar la palabra. Como una mímica. Ella volvió a sonreír sin emitir ningún sonido. Me saludó con sus ojos y yo recibí esa mirada con un gusto infinito. Seguí a Francisco con el pecho hinchado. Aquello era todo un avance para mí.

Esa noche me sentí seguro de que nuestro incipiente intercambio de miradas y sonrisas se transformaría en uno de los recuerdos más bellos de mi adolescencia, y tuve una extraña sensación de miedo, de estar viviendo un tiempo que jamás volvería a vivir. Miedo a que con el correr de los años situaciones tan puras e infinitamente naturales como éstas no se repitieran nunca más. Que aquello que se producía tan espontáneamente y que tal vez dábamos por sentado recibiríamos por el resto de nuestras vidas no se presentara más que contadas veces.

Cuando al fin nos acercamos al grupo de compañeros que conversaba con Javiera, entendí el

por qué de la insistencia de Francisco. Javiera estaba... definitivamente espectacular. De hecho, no era ni la sombra de Javiera Urzúa, nuestra compañera de curso. Para nada. Se veía tan mayor, tan mujer. Parecía alumna de enseñanza media. Y como moscas en un plato con azúcar, uno a uno empezamos a caer rendidos a sus pies, hipnotizados por su encanto, por sus actitudes y por su escote. Especialmente por su escote. Y es que nunca, hasta ese día, había notado que nuestras compañeras de curso tuvieran algo con lo que llenar un escote. ¿En qué momento había pasado todo esto que no lo notamos?

No sé cuánto tiempo habremos estado conversando con ella, lo cierto es que cuando la conversación comenzó a aburrirme y el humo de los cigarrillos que todos se devoraban mi hizo sentir náuseas, decidí pararme y buscar a Catalina. Me incorporé y crucé el comedor hacia el living, pero ya no quedaba casi nadie. Los vasos a medio llenar amontonados en las mesas laterales parecían de una fiesta antigua. En uno de los sofás más apartados pude distinguir a Pablo y a Paula besuqueándose, mientras *Crazy in love* de Beyoncé sonaba para nadie desde ese equipo abandonado.

Activé nuevamente mis radares para encontrar a Catalina, pero fue inútil. Se había ido.

Salí hasta el patio, para ver si la encontraba por ahí, pero nada. Mi último intento fue en el antejardín, pero sólo estaban las mellizas Rojas, las primas de Paty, peleándose a todo volumen por un cinturón de mostacillas horroroso. Cansado, me senté en los

peldaños de la entrada de la casa y me quedé en silencio, esperando que apareciera el auto de mi papá. Entonces, automáticamente me puse a tararear *we are the champions, my friend. And we'll keep on fighting till the end...* con la imagen de Catalina hermosa, sonriéndome. Qué desperdicio de noche, pensé. Mañana tenía partido y necesitaba dormir.

## 3

Catalina estuvo muchos días ignorándome. Sin mirarme. Actuaba como si yo no existiera. Y por más que la mirara y la llamara con mi pensamiento, ella no se volteaba a verme. ¿Acaso ya no le interesaba? ¿O tal vez estaba enojada conmigo? Hasta donde yo sabía, no había pasado nada que justificara su actitud. Pero lo cierto es que su indiferencia me tenía absolutamente alterado. Desconcertado. No sabía cómo manejarlo y la situación comenzaba a enojarme. No podía preguntarle por qué no me miraba, si nunca nos comprometimos a mirarnos. En

ninguna parte y en ningún lugar estaba escrito que Catalina Anguita tenía que mirarme. Es sólo que me había acostumbrado a sus ojos, a su mirada. A que su sonrisa me alegrara el día, cada mañana. A que su presencia me llenara y tranquilizara como nada ni nadie. En aquella época, Catalina le daba sentido a mi existencia y yo comenzaba a sentirlo, pero con terror. Empezaba a sentir el peso que la presencia de las mujeres podía llegar a adquirir en mi vida. Y eso era definitivo. Era cadena perpetua.

**M**ueve la pelota para Funes, buen tapón de Nathan y no lo logra. El marcador dice noventa para el uruguayo Defensor Sporting y sesenta y ocho para el argentino Boca. Minuto cincuenta y ocho del partido y dos tiros libres para Uruguay, que encestan con éxito. Dos puntos más. Ingresa Antúnez a la cancha, Alloatti sale a buscar esa pelota. Pelota para Sartorelli. La estadística no ha sido buena con los lanzamientos para el equipo argentino. Hace control del balón el equipo uruguayo. Rebota, saca la pelota para Robinson, falta. Infracción en una clara

y contundente victoria del equipo uruguayo frente a Boca, campeón argentino. Dos tiros libres. San Miguel metiendo la pelota a la pintura. Sartorelli. Se va San Miguel, entra Martínez. La llegada y... falta. Pase de Álvarez a Jackson. Noventa y dos, setenta y dos. Veinte puntos de diferencia y faltan veinte segundos para que termine el partido. Antúnez que va al canasto. Suena el pito y ha terminado el partido con veintiún puntos de diferencia a favor del equipo uruguayo. Los comentaristas de Fox Sports comienzan el análisis de este partido de la Liga de las Américas, y mi papá empieza un sutil interrogatorio. Adivino para dónde va la cosa.

¿Qué película van a ver en la casa de esa compañera... Paty?, pregunta al fin. Sexo con amor, le contesto, y espero su reacción haciéndome el loco, con los ojos clavados en la pantalla. ¿Esa?, me dice con ese tono que tan bien conozco yo. ¿Que no es para mayores de 18?, continúa. No sé, le respondo, y sigo tratando de escuchar los comentarios del partido. Entonces me da risa sentir su incomodidad, y luego ver cómo se las arregla para proponerme alternativas con el objetivo de hacerme desistir de nuestra elección. Los títulos van saliendo uno tras otro, como conejos del sombrero de un mago. Que ya está en arriendo Matrix Recargado, seguro que es tan buena como la anterior; que Los Ángeles de Charlie 2 también, con la estupenda Cameron Diaz. Nunca la vimos. Que lo más seguro es que no entendamos la película que escogimos, que en una

de esas Todopoderoso es entretenida. Ese Jim Carrey lo hace magnífico. Tan simpático que es. Si yo tuviera tu edad, fijo que me decido por ésa. Bla, bla, bla.

Antes de salir de la casa, paso por el baño de mi papá y me echo de su Polo en el cuello. Nos subimos al auto y *Like a bridge over troubled water, I will lay me down*, de Simon & Garfunkel inunda el silencio, como un tarro de pintura impactado sobre una tela. Siempre maneja escuchando esos clásicos. Queen, The Beatles, Electric Light Orchestra y Simon & Garfunkel, sus grupos favoritos. Cuando éramos más chicos, tocaba sus temas en la guitarra. Se los cantaba a mi mamá. Ahora, con don Venancio, su jefe, el repertorio había variado y no era raro escucharlo tocar algo de bossa nova.

Mi papá trabajaba para una importante fábrica de tetra packs. Ocupaba el cargo del Gerente de Marketing y al parecer era muy respetado por los demás. Su jefe, don Venancio, era un brasileño cincuentón, casado, con dos hijas más o menos de nuestra edad. La más hermosa era Dejanira, pero le decían Nira, y la menos linda, Oliveira y la llamaban tal cual. Bastante seguido mi papá organizaba asados en la casa, especialmente cuando dejaba de hacer tanto frío, y ahí llegaba el jefe, don Venancio, con sus hijas y doña Josefina, su estupenda y parlanchina mujer. Se quedaban hasta tarde tirando carnes a la parrilla, tomando vino y canturreando, mientras mi papá hacía lo que podía con la guitarra. Por lo general, David y yo invitábamos a las niñas a ver

televisión o a jugar play station al segundo piso. Y cuando ya nada nos entretenía y los viejos aún no se daban por aburridos ni daban indicios de querer ponerle fin al asado, nos íbamos a encestar al garaje. Ahí me tocaba hacerme el lindo a mí, especialmente delante de Nira. Abusaba de mi espectacular estilo y efectividad, y tiro que lanzaba al tablero lo convertía. Uno tras otro iba anotando puntos y dándole paliza a David. A veces, las niñas jugaban y hacían equipo con nosotros. Yo siempre con Nira.

En ese tiempo, mi hermano y yo nos peleábamos la atención de Nira, aturdidos por su belleza y su encanto. Y es que Nira era realmente hermosa. Su piel tenía un tono tostado muy atractivo. Su pelo, como una manta de piel de oveja, pero negra y brillante, que le daba a ella un aire muy exótico. Su rostro era realmente muy armonioso. Y es que cada uno de sus rasgos ocupaba el lugar exacto, con las dimensiones apropiadas, para convertirla en una persona muy atractiva para cualquiera, no sólo para mí.

Nira tenía trece años y su cuerpo había dejado de ser el de una niña. Eso saltaba a la vista. Oliveira tenía quince, y aunque estaba bien desarrollada, no poseía ni la mitad de la belleza de su hermana, ni el encanto ni la simpatía. Nada en su rostro me parecía bello en verdad. Nada. De hecho, era más blanca que Nira, que era una auténtica mulata. Su nariz era demasiado grande para su cara. Sus ojos parecían de pez, y por más maquillaje que usara para hacerlos

agradables, finalmente eran los mismos ojos de pez, pero maquillados. Sus labios finos distaban una enormidad de los de Nira, carnosos y oscuros, tan sensuales, que hacían resaltar sus dientes tan blancos como nuestro refrigerador. Y aunque sus pechos eran enormes y atractivos al lado de los de Nira, algo en su aspecto total me desagradaba. Sin duda era su rostro. En cambio, el de Nira era dulce. Dulce y sensual. Una extraña mezcla, tan caribeña. Tan diferente de lo que habitualmente estábamos acostumbrados a ver.

En esos días había comenzado a recordar a Nira en momentos aislados. Y aunque Catalina provocaba en mí emociones profundas, incomparables con lo que Nira podía producirme, ahí estaba su imagen. A veces aparecía cuando menos la buscaba. Otras, pasaba semanas sin recordarla. El hecho es que Nira ya tenía un espacio en este *yo de transición*, un espacio cubierto de deseo, de olores y sensaciones placenteras que empezaban a gustarme y a hacerse necesarias en mi nueva vida.

Esa noche, mientras íbamos en el auto camino a la casa de Paty, mi papá me anunció que al día siguiente vendrían don Venancio y su familia a almorzar. Entonces, la imagen de Nira se me vino a la mente como un flechazo. Pensé en su piel morena y sentí un estremecimiento inusual, distinto del que me provocaba Catalina. No sé por qué las comparaba, pero lo hacía. Ambas ocupaban un lugar de importancia en mi vida, cada una en su justa dimensión.

Cuando me desabroché el cinturón de seguridad del auto, mi papá estiró la mano hacia atrás donde yo iba sentado, y me pasó un billete de cinco mil pesos. Cerrándome un ojo me dijo: "Invítale un helado". Yo me sonrojé, tomé la botella de Coca-Cola que me tocó traer y cerré la puerta del auto molesto. Agradecido pero molesto a la vez.

Las palmas de mis manos estaban húmedas y mojaban el billete que mantenía apretado en la mano derecha. En unos minutos vería a Catalina y quizá, si las cosas se daban como esperaba, podríamos conversar. Conversar y mirarnos un buen rato. Con eso me bastaba para sentirme campeón.

Subí de dos en dos los peldaños de la escalera de la casa de Paty con la Coca-Cola y el billete rojo, hasta llegar a la sala de estar del segundo piso. Ahí estaban el Pelao Martínez, Francisco, Rodrigo, Ximena y Paty, leyendo la caja del DVD de la película. Me acerqué a ellos. Hacía mucho calor y yo ya estaba sudando. No sabía bien si por la inminente llegada de Catalina o por el calor, que de seguro superaba los veinticinco grados en esa casa tan calefaccionada.

Con una fuente de nachos en una mano y la botella de Coca-Cola en la otra, el Pelao Martínez se sentó frente a Francisco y a mí, y nos comentó que esa mañana le había llevado a Javiera el resumen de *Este domingo*, el libro de José Donoso que teníamos que leer esa semana. Y que ella lo había recibido en pijama. En eso estábamos, escuchando los detalles del encuentro, y del diminuto pijama, cuando escuché la

voz de Catalina a mis espaldas. De inmediato sentí el rubor subir por mi cara. Tan fuerte que no me atreví a voltearme para comprobar que se trataba de ella. Qué ridículo me sentí.

Con una actitud desconocida hasta entonces, Catalina saludó a cada uno de los compañeros con un beso en la mejilla, con una seguridad que se agradecía. Detrás de ella venían Emilia, Pancha y Gustavo. Cuando me tocó el turno del beso a mí, tenía las manos empapadas de sudor. Ella se acercó con naturalidad y me besó en la cara. El olor que salía de su pelo era delicioso, aun cuando no pude distinguirlo ni identificarlo con exactitud. Sólo pude reconocer que era ácido. Me besó, se echó hacia atrás y mirándome directamente a los ojos me dijo hola. Y aunque traté de responder a su hola con otro igual, moví los labios, pero mi voz no salió. Me sentí muy tonto, pero al parecer nadie lo notó. Sin saber qué hacer, guardé el húmedo billete en uno de mis bolsillos delanteros y la miré alejarse y caminar por la salita, conversando con sus amigas y riendo con los demás.

Una vez que se devoraron los sándwiches que mandó la mamá de Cata, todos empezaron a acomodarse en los sofás y peras de la salita. Y como si se tratara de otro y no de mí, muy decidido crucé el lugar para sentarme a su lado, con una fuente de cabritas saladas para compartir con ella, que se sonrió cuando me vio desplomarme a su lado. Al parecer, un *nuevo yo* estaba desplazando al *yo de transición*, al

ridículo, aventajadamente. Todo parecía perfecto, salvo por Javiera, que se sentó a mi otro costado, sin que nadie la invitara. No dejó de transmitir durante la película, y tuve que hacerme el loco para no verle la cara de decepción a Francisco, que habría pagado un año de mesadas por estar en mi lugar, al lado de Javiera.

La película era muy buena, aunque en ciertas partes era bastante avanzada para nosotros. Especialmente en las escenas de sexo. Catalina veía la película muy atenta. Olía tan rico. Ese aroma le quedaba perfecto a ella, que respiraba a mi lado, tan cerca, por primera vez. Podía sentirlo desprenderse de su pelo cada vez que movía su cabeza. Entonces, supe que ese olor me acompañaría siempre.

Traté de ver la película, pero sólo tenía en mente tomarle la mano a Catalina. Hice varios intentos, le ofrecí de mis cabritas, ella me miró repetidas veces con esa sonrisa inolvidable, pero no fui capaz. No me atreví. Y no me lo explico, porque yo sabía que ella lo estaba esperando, sin que nadie me lo dijera.

Cuando terminó, nos fuimos caminando a una heladería que queda muy cerca de la casa de Paty. Entonces, recordé la frase de mi papá y compré dos tickets para invitarle un helado. Ella aceptó sorprendida. Pidió de manjar. Yo, de chocolate con almendras. Nos reímos con las aventuras de Felipe y su bici, y cuando ya eran casi las doce, nos devolvimos a la casa de Paty, ya que a varios compañeros los pasarían a buscar a esa hora. En eso llegó el papá

de Pancha en su van y se llevó a Catalina y a varios más. Antes de subirse al auto, Catalina se giró hacia mí, me miró unos segundos y sonrió. Y yo devolví esa sonrisa y permanecí de pie, frente a ella, hasta que se subió al auto y desapareció. Temblaba entero y, para ser sincero, tuve hasta ganas de llorar. Los demás comenzaron a caminar hacia el paradero para tomar el colectivo hacia la casa del Pelao Martínez, que tenía unos CD nuevos de Metallica que querían escuchar y tocar en su guitarra eléctrica. Y es que el Pelao era músico, pero músico de verdad. Tenía una guitarra eléctrica y tomaba clases dos veces por semana en Balmaceda 1215, al costado de la Estación Mapocho, con un famoso guitarrista de un grupo también famoso. Era algo así como el ídolo del curso y no había nadie que se resistiera a escucharlo. Número fijo de cuanto evento inventaban en el Centro de Alumnos del colegio, siempre nos invitaba a su casa para escucharlo tocar. Incluso nos prestaba la guitarra. Era el músico más chico del colegio y para todos era asombroso verlo y escucharlo tocar.

No recuerdo qué pasó por mi mente en ese instante, sólo sé que ellos comenzaron a caminar después de varios intentos por invitarme, y que yo no me pude mover más de ahí. Seguramente estaba ocupado tratando de recuperar el olor de Catalina para grabarlo en mi disco duro. El grupo se despidió y yo permanecí inmóvil por al menos una media hora más. Hasta que la operación finalizó con éxito y emprendí el regreso a casa caminando. No eran más de quince cuadras.



Las vacaciones de invierno ya habían comenzado.

Esa tarde de domingo, Nira se veía preciosa. Llevaba una polera amarilla de manga larga con un estampado en el centro que decía Brasil, en verde. No llevaba sostén. Lo podía notar por la protuberancia de sus senos pequeños a través de la tela. Cuando mi papá me pidió que le fuera a comprar carbón al almacén porque se le estaba consumiendo, Nira se ofreció para acompañarme.

Salimos de la casa en silencio. La tarde estaba muy helada. Yo no sabía de qué hablarle. Nunca habíamos estado solos. Pero ella quería salir conmigo, o al menos eso parecía. Cuando doblamos hacia el poniente, Nira me preguntó si tenía novia. Yo me impresioné y negué con la cabeza, tontamente, como un niño al que han sorprendido en algo malo y niega con la cabeza para no verbalizar una mentira. La verdad, no esperaba una pregunta como ésa. Entonces, antes de que alcanzara a pensar en una respuesta adecuada y convincente, ella se detuvo y se giró frente a mí. Yo la miré sin entender lo que quería y entonces ella rodeó mi cuello con su brazo derecho, se acercó a mí lo suficiente como para asustarme y me besó en la boca. Yo respondí su beso con terror. No sabía qué hacer. No sabía cómo se daba un beso, pero ella sí que sabía y lo hizo muy bien. Movía sus labios de un lado para el otro, con un vaivén perfecto, casi musical. Olía a algo dulce, como a la chancaca de las sopaipillas que hace Gladys cuando llueve. Rico. Todo en ella olía así. Estuvo varios segundos

haciendo lo mismo, hasta que empecé a sentir un calor subir desde mis pies hasta mi estómago. Creo que aquella fue la primera vez que sentí una erección en compañía de una mujer real, digo, de carne y hueso, junto a mí.

Cuando volvimos del almacén yo temblaba. La experiencia con Nira en la calle me dejó excitado, inquieto. Aterrado. Quería volver a besarla, quería continuar lo que ella empezó, pero a la vez tenía miedo. Qué era esto tan raro que me estaba pasando.

Le entregué el carbón a mi papá y me di cuenta de que Nira ya no estaba por ahí. Como pude me hice el lesa y poco a poco me fui alejando del jardín, en dirección a la casa. Pasé por el living, donde Oliveira jugaba con Trini, mi hermana chica. Subí al segundo piso y una vez arriba, busqué a Nira por todos lados, pero no la encontré. En eso, sentí girar la manilla del baño a mis espaldas. Me di vuelta y la puerta se abrió. Nira estaba en el baño y me hacía señas para que entrara con ella. Como si fuera algo de lo más normal, entré al baño y cerré la puerta, con Nira adentro. Ella tenía una sonrisa llena de picardía pintada en su cara y yo me sentí en verdadero peligro, como si estuviera robando la caja fuerte del vecino. La miré a los ojos y me quedé congelado. Confieso que mi apariencia podía parecer muy decidida, pero por dentro temblaba. Por primera vez en mi vida estaba a solas con una mujer de todo mi gusto, dispuesta a mucho más de lo que yo imaginaba. Esto parecía un regalo del cielo,

salvo que venía sin instrucciones. No sabía qué hacer. Rápidamente y como si nos quedaran los últimos segundos de un partido de básquet, Nira se lanzó sobre mí y nuevamente comenzó a mover sus labios sobre los míos, los que permanecieron inmóviles en un principio, hasta que se relajaron y siguieron el juego. Volví a sentir ese olor dulce y aunque seguía aterrado, algo me decía que ese sentimiento cedería a la emoción y a la pasión. De pronto, Nira introdujo su lengua dentro de mi boca y no entendí de qué se trataba todo aquello, hasta que sin darme cuenta, la mía estaba ahora dentro de la suya, moviéndose como una lagartija enjaulada. Estuvimos largo rato en eso, abrazados, besándonos, cuando de pronto ella tomó mis manos y las llevó desde su espalda, por debajo de su polera, hacia delante. En unos segundos tenía mis palmas sobre aquellos pechos que yo sabía estaban sin sostén. Eran pequeños, pero a mí me gustaban. Así, comenzó a gemir y yo a angustiarme. Por qué lo hacía, qué quería, qué me faltaba por hacer. Ella seguía con ese gemido animal, mis manos ahora transpiraban sobre esos pechos y mi lengua se movía cada vez más desesperada dentro de su boca, cuando en eso se abrió la puerta inesperadamente y apareció Oliveira. El susto fue tan grande que al incorporarme me golpeé la cabeza con el mueble adosado a la pared. Nira se limpió la boca con el dorso de su palma y le preguntó qué pasaba. "Putá", le dijo ella. "Sabía que estaban aquí haciendo porquerías", agregó la hermana, con cara de asco.

Se dio media vuelta y se fue. Con Nira quedamos impactados por escasos segundos, sin decirnos nada, hasta que se giró, se miró al espejo, ordenó su pelo y salió del baño. Yo traté de recuperar el aliento, estaba demasiado excitado para reaccionar. Me enjugué la boca tembloroso y salí. Aquella tarde tuve que soportar el desprecio de Oliveira por el resto del día, como si hubiera hecho algo imperdonable. Y aunque la sensación era contradictoria, ya que me sentía un desgraciado traidor, por otro lado algo me decía que esas vacaciones de invierno serían inolvidables en compañía de Nira.

**E**sa gélida mañana, Emilia resumía para nosotros Crónica de una muerte anunciada, de Gabriel García Márquez, debajo del sauce. Recuerdo que hacía tanto frío, que cada vez que ella pronunciaba alguna frase, de su boca salía un vapor blanco que se desintegraba y se fundía lentamente con el aire, hasta desaparecer, como el humo que sale de las chimeneas. Todos llevábamos nuestras parkas y chaquetas puestas, tratando de superar el frío para concentrarnos en la muerte de Santiago Nasar. Recuerdo la cara ceremoniosa de Emilia cuando comenzó:

"Santiago Nasar ya está muerto, y lo mataron los hermanos Vicario, para vengar el honor deshonrado de su hermana Ángela. El relato termina precisamente en el momento en el que Santiago Nasar muere. No lo olviden". Eso fue todo lo que retuve. Y que esos hermanos eran gemelos. Entonces, me desprendí del grupo y mi imaginación me llevó hasta Trini, mi hermana menor. Y me pregunté cómo actuaríamos David y yo si un desgraciado hiciera sufrir a nuestra pequeña. Recordé su cara, su pelo y me ref. Trinidad tenía seis años y era el payaso de la casa. Sus risitas eran livianas como plumas y se infiltraban como hormigas por cada rincón de la casa. Le gustaba cantar y se lo pasaba todo el día entonando sus canciones infantiles. A esas alturas reconozco que las del dinosaurio morado del cable rechinaban en nuestros oídos como el ruido de la tiza sobre el pizarrón, pero lo soportábamos todo por ella.

Cada tarde, mientras mi mamá daba sus clases de piano en el escritorio del primer piso, Trini se instalaba en nuestro dormitorio con sus hojas blancas y su caja de plástico roja repleta de lápices de colores para hacer tareas con nosotros. Lo más genial era que hablaba tanto, que finalmente nos era imposible concentrarnos en nuestras tareas. Terminábamos escuchando todo sobre sus peleas, sus compañeros de curso, haciéndole ejercicios de sumas con dibujos de manzanas y naranjas, cantando las canciones del abecedario y de los números. Las de Barney no. Estaban prohibidas en nuestra pieza.

La escena entre nosotros durante la semana era de mucha cercanía. Pasábamos largas tardes de invierno en nuestra pieza con ella. Yo, practicando mis lagartijas apoyado en las puntas de los dedos, para lograr un mejor control del balón, o estudiando para alguna prueba, mientras David y ella se lo pasaban coloreando sus dibujos. A él siempre le gustó pintar esos libritos desde que éramos chicos. En cambio, yo nunca pinté uno completo. Ya en primavera la escena familiar se trasladaba a la terraza y duraba hasta diciembre, cuando salíamos del colegio y armábamos la piscina.

El día del resumen, Catalina no llegó a la banca del patio. Tal vez había leído el libro y estaba de lo más tranquila almorzando en el casino. Quién sabe. Lo cierto es que la esperé ansiosamente, debajo del sauce, apretado en medio de ese grupo de compañeros que se aferraban a la banca como si se tratara de un barco zozobrado en medio del Atlántico. Teníamos que caber todos. Nadie podía caerse, podía ser fatal. Traté de concentrarme en las palabras que pronunciaba Emilia, pero la ausencia de Catalina y los comentarios de Francisco acerca de Javiera me lo impedían. La prueba estuvo muy difícil. No hubo resumen que nos ayudara a superar el cuatro. Al menos pude retener detalles generales, pero olvidé otros tan importantes como el nombre del marido de Ángela Vicario. Aquél que la golpea durante la noche de bodas cuando descubre que ella no es virgen. Mientras caminaba hacia mi casa, con

la prueba en la mano, reflexioné y pensé que ese animal no merecía que yo recordara su nombre. No me importó el cuatro.

## 6

**D**escargamos maletas y bolsos, mientras doña Josefina y mi mamá preparaban algo rápido para comer en la casa que arrendamos ambas familias en Pichidangui para pasar la última semana de vacaciones de invierno. Al entrar las últimas bolsas, David y yo comprobamos que sólo había tres habitaciones. Una para mis padres, la otra para don Venancio y doña Josefina, y la tercera con tres camas para Nira, Oliveira y nuestra pequeña Trini. Así las cosas, para nosotros quedaban disponibles los sofás del living.

Ya son las diez y Trinidad es la primera en caer rendida en los brazos de Morfeo. Los tíos y mis padres deciden salir a caminar, y nosotros, me refiero a las niñas, a David y a mí, nos quedamos viendo Mea Culpa en el living, donde está el único televisor de la casa.

En el capítulo de hoy, una mujer morena, más bien baja, de caderas anchas y piernas gruesas, gorrea al marido, un pescador artesanal de una caleta sureña, con su jefe. La escena es descarnada y muy explícita. Hacen el amor de manera desenfrenada en todas partes y a toda hora, aunque no lo muestran completamente. Ya en esta última escena, la mujer aparece con el torso desnudo, de perfil, y puedo ver el volumen de sus pechos, que son enormes, como imagino son los de Oliveira. Nira, que está sentada a mi lado, comienza a rozar su pierna con la mía y, una vez más, tengo una erección. Rápidamente siento cómo me ruborizo sin poder evitarlo. Me siento un tonto por eso. Y como si ella supiera lo que me está pasando, en los primeros comerciales me pide ayuda para sacar la basura. La sigo, escrutado por la mirada reprochadora de Oliveira, que seguramente conoce muy bien a su hermana y ya sabe que es una táctica para salir y estar a solas conmigo. David, en cambio, se levanta de uno de los sillones, saca de la despensa un paquete de Doritos y llena un vaso con Coca-Cola para volver al mismo sillón que dejó vacío. Seguramente está tan excitado como yo.

Una vez afuera, suelto la bolsa sobre el canasto

metálico oxidado que hay en el antejardín y miro a Nira esperando la señal, aguardando que baje el banderín para que comience la carrera. Entonces, ella me sonríe mostrando esos dientes que ahora, a la luz de los faroles, parecen más blancos que esta mañana cuando nos comimos esos hot dogs en el Pronto Copec de la carretera. Sonríe y me toma la mano para atraerme hacia a ella. Ahí estoy de nuevo, temblando. Después del primer beso, ella decide buscar un lugar seguro para estar solos. Recorremos el patio trasero de la casa, hasta dar con una casucha. Giramos la manilla, pero está con llave; parece ser la bodega de la casa de adelante. Así las cosas, encontrar la llave parece muy trabajoso para el escaso tiempo que tenemos. El olor a eucalipto es intenso y las ganas de besarla son por primera vez más nítidas y menos aterradoras. Nira apoya su espalda contra la frágil bodega y me atrae hacia ella con decisión. Entonces, por primera vez compruebo que mi *yo de transición* avanza galopante hacia *otro yo*, porque mis deseos por volver a tocar sus pechos se instalan con tanta fuerza en mi mente como nunca nada antes lo hizo en mi vida. Y aunque me asusta dar el paso para llegar hasta ahí, espero en silencio que ella tome la iniciativa para sentirme con permiso para tocarla.

Mientras las cosas se van dando como espero, me pregunto en silencio, mientras la beso y la acaricio, cómo será hacerle el amor a una mujer. Vuelvo a angustiarme.

Comenzó septiembre, y si bien mis citas con Nira empezaron a tener una frecuencia cada vez más lejana, comparado con lo intenso de nuestros encuentros durante las vacaciones de invierno en Pichidangui, y aun cuando no puedo negar que ella me atraía físicamente como ninguna otra mujer, y que lo que vivimos en aquella bodega, cuya llave logramos encontrar a los dos días de llegados a esa casa, seguramente formará parte de mis más incipientes acercamientos con el sexo opuesto, Catalina comenzaba a provocar en mí emociones nuevas, tan especiales y

tan profundas. Su presencia me perturbaba, podía notar y extrañamente quería sentirlo. Diría que íntimamente lo necesitaba. De pronto necesitaba a Catalina como a nada ni a nadie en el mundo. Y eso no tenía explicación lógica para mí. Me tenía absolutamente confundido y molesto a la vez. Por qué las mujeres invadían así mi vida, sin que yo pudiera controlarlo. Por un lado, estaba Nira y todo el deseo, y por otro, Catalina con toda esa ternura que me envolvía. Y es que las dos me atraían de maneras tan distintas, y no tenía claro por cuál decidirme. Tampoco sabía si era necesario hacerlo. Mal que mal, no tenía una relación formal con ninguna de las dos, y tampoco tenía claro si quería tenerla.

Esa clase de Arte fue el comienzo de todo lo que vendría después con Catalina. Aunque en ese momento no imaginaba que ese todo duraría tan poco. Y encima por mi culpa. Todavía no sabía que en materia de relaciones y mujeres tenía mucho por aprender y que, desgraciadamente para mí, lo lograría a partir de mis propios errores.

Esa mañana, Catalina se veía preciosa recortando papel volantín para las guirnaldas de las fondas del colegio. El sol entraba por la ventana de la sala y la iluminaba con una luz que la hacía ver hermosa. Parecía la protagonista de una película. Y sin saber realmente qué le diría, me acerqué y le pregunté la hora. Muy ridículo, pero es que cuando ya la tenía frente a mí, mirándome a los ojos, no se me ocurrió nada más original. Así, entre frases y preguntas,

descubrimos que vivíamos muy cerca, en La Reina. Le pedí su teléfono y lo escribió sin dudarlo en un pedazo de papel volantín blanco, que guardé en mi billetera. De pronto, y sin saber cómo, le pregunté si le parecía entretenido que fuéramos el sábado al Parque Padre Hurtado en bici. Ella aceptó y sonrió tímidamente. Por unos segundos, nos quedamos de pie, mirándonos sin decirnos nada, sonriéndonos, como si ambos hubiéramos estado esperando un contacto más personal. Hasta que la voz de la profesora nos sobresaltó y cada uno retomó sus deberes. Estaba tan feliz que no fui capaz de armar una sola guirnalda en el resto de la clase.

Esa tarde, mi mamá daba sus habituales clases de piano en el escritorio, David no estaba y Trini pintaba su librito de dibujos de Hello Kitty sobre mi cama, mientras en la tele un dinosaurio con dos cogotes y dos cabezas hablaba con unos niños. Aburrido y cansado de hacer lagartijas, decidí que era el momento perfecto para llamar a Cata a su casa. Con la excusa de pedirle unos ejercicios de matemáticas que no alcancé a copiar, marqué su teléfono. Al cuarto ring contestó la voz de una mujer más grande. Seguro era su mamá. Con mucha amabilidad me pidió que esperara. Mientras lo hacía, mis palmas empezaron a sudar. Más aún cuando al fin escuché su voz al otro lado de la línea telefónica. Era ella. Ella que después de escuchar la mía y de confirmar mi nombre, por unos segundos enmudeció. Después de su reacción, de los saludos de cortesía, torpemente le pedí los ejercicios



de matemáticas y ella me los dio, después de un par de chascarros con los cuadernos. Finalmente y antes de cortar, me atreví a recordarle que iríamos al parque el sábado y ella confirmó. Cata y yo saldríamos solos a pasear en bici. Nos encontraríamos a las tres en la puerta de Av. Francisco Bilbao.

Colgamos y yo me quedé mudo. Sin habla, con la mirada fija en los números del teléfono, emocionado como un niño con juguete nuevo, mientras mi mamá practicaba la sonata para piano *Claro de Luna*, de Beethoven, con su alumna de los jueves, lo que le dio un carácter aún más dramático al momento que estaba viviendo. Me sentí dentro de una película, imaginando la reacción de los espectadores en sus butacas, con la música de fondo y mi expresión emocionada. Pude ver a las mujeres derramando sus lágrimas, sonándose con sus pañuelos desechables, rogando que aquello que estaban viendo en la pantalla grande les pasara a ellas o reviviendo sus secretos de juventud y recordando a sus amores de infancia, con el desgarró en cada nota. En eso sonó el timbre y reaccioné. Venían a buscar a Florencia, la pequeña alumna de mi mamá.

Esa noche no pude ni comer. David fue el único que se alegró, pinchando con su tenedor mi wiener schnitzel<sup>1</sup> intacta, y devorándola en unos segundos. Mi mamá preguntó si me sentía enfermo, que en una de esas algún virus me tenía así, que debía ser

1 Escalopa alemana.

cuidadoso con esas cosas, y que tal vez ya era tiempo de llevarme al pediatra, aunque ya no seas un niño nunca está de más que te revise el doctor Matulic, que te conoce desde que eras una guagua y quién mejor que él, que sabe todas las enfermedades que has tenido. Eso es, no hay más que hablar, mañana mismo te pido una hora. Y como si oyera al viento cuando se filtra por las ventanas en invierno, sus palabras pasaron por mí, sin escucharlas realmente. Este sábado estaría solo con Cata y eso era lo único que me importaba.

Eran veinte para las tres y calculaba que el trayecto de mi casa a la entrada del parque no me tomaría más de cinco minutos en bici. Antes de bajar, apareció mi papá con un regalo. Sin decir una palabra, me entregó el paquete y sonrió, para luego desaparecer. Mi papá nunca hacía esas cosas. Era un hombre alegre y sociable, pero de pocos detalles. Hijo único, de papás profesores, había estudiado Publicidad gracias a su propio esfuerzo. En su casa, la situación no era suficientemente holgada como para pagar un instituto privado. Así las cosas, su realidad no le impidió alcanzar sus metas y pagó sus estudios pidiendo uno de esos créditos para estudiantes secundarios, deuda que pagó durante los primeros años de trabajo con lo que ganó en una agencia de publicidad de un conocido hombre de televisión. Para solventar sus gastos, durante sus años de carrera, trabajó por las tardes en la boletería del teatro de la Universidad de Chile, a la vuelta

de su casa, en Plaza Italia, barrio en el que nació. Fue ahí mismo, vendiendo entradas para un concierto de la Orquesta Sinfónica, que conoció a mi mamá, una estudiante de música del Pedagógico, hija de alemanes inmigrantes muy tradicionales. Él siempre cuenta que cuando la vio aparecer tras la ventanilla, una helada tarde de invierno, su belleza lo atontó. Era la mujer más hermosa que había visto en toda su vida. Y hasta el día de hoy, cuando cuentan esa historia, ella ríe diciendo que nunca se fijó en el tipo que le vendía las entradas. Pero él sí, tanto que esperó verla en cada nuevo concierto, porque quería conocerla. Y así ocurrió. Pasaron los meses y mi papá empezó a adivinar cuáles serían aquéllos de su preferencia y fue acertando en cada uno de ellos. Cada vez, ella apareció detrás de la ventanilla muy bella, a comprar su entrada. Hasta que un día, mi papá le pidió al administrador que lo cubriera por unos minutos, y la esperó en el hall de entrada del teatro. Quería verla completamente, ya no sólo a través de la ventanilla. Además, deseaba que ella lo viera. Esa tarde la esperó, imaginando que el *Concierto para piano y orquesta N°2*, de Chopin, sería de su preferencia, pero ella no llegó. Pasaron los días y ella no volvió a aparecer. La última noche que presentaban ese concierto, mi papá esperó verla y estuvo pendiente de ella toda la tarde, pero nada. Muy desmotivado, pensó que no volvería a verla más. Las semanas pasaron y una tarde, mientras mi papá esperaba el metro en estación Baquedano en

dirección al centro, las puertas se abrieron y apareció ella: mi mamá. Tal fue el impacto de mi papá, que no pudo moverse ni entrar al vagón. Ella se dio cuenta de la sorpresa que causó en ese desconocido que la miraba con la boca abierta y se asustó. Era un absoluto extraño para ella. Así que comenzó a subir las escaleras rápidamente. Y mi papá, las subió tras ella. Empezó a caminar en dirección al teatro, y mi papá la siguió. Asustada, ella apuró el tranco, pues captó que el tipo del andén la seguía, y aunque no tenía pinta de ladrón, podía ser un loco cualquiera. Entró al teatro prácticamente corriendo y mi papá, corriendo tras ella. Entonces, don Abdón, el portero, la detuvo y le explicó que a esa hora el teatro estaba cerrado, que la boletería se abría más tarde. Justamente en eso apareció mi papá. Al reconocerlo, don Abdón lo saludó amablemente y mi papá le dijo que no se preocupara, que él atendería a la jovencita. "¿Conoces al portero del teatro?", le preguntó ella a mi papá con desconfianza. A esas alturas estaba muy confundida. "Es que yo trabajo aquí", le contestó él. "¿Eres músico?", preguntó ella con cara de emoción. "No", le dijo mi papá, avergonzado. "Sólo vendo las entradas en la boletería. No te asustes, me llamo Rafael. Rafael Maturana, mucho gusto". "Yo soy Inge. Inge Deje", respondió ella, más calmada. "¿Por qué me seguías?", le preguntó ella. "¿Por qué dejaste de venir a los conciertos?", replicó él. "¿Cómo sabes que dejé de venir?", continuó ella con cierta desconfianza. Y así, la conversación siguió en el restaurante que

está al lado del teatro, y luego terminó en el altar, dos años después, cuando mi papá se tituló.

Rompí el papel de regalo sin ningún decoro y me sonreí. Era un frasco nuevo de su perfume. Polo de Ralph Lauren. Seguramente pensó que ya era hora de que yo tuviera el mío y dejara de vaciarle el suyo. Abrí la caja, saqué el frasco y me eché un poco. Lo volví a meter en la caja y lo guardé en mi velador. David era un peligro con todo, especialmente con mis cosas. Bajé las escaleras, tomé la bici del lavadero y partí. No quería llegar después que ella.

Eran las tres con dos minutos y a lo lejos no se veía venir a nadie. La cuadra estaba desierta. En eso estaba, concentradísimo en detectar el movimiento de una bici a lo lejos, asustado con la idea de que no llegara, cuando su voz viniendo desde mi espalda me sobresaltó. El impacto fue tan grande que perdí el equilibrio y casi me caigo con bici y todo. No la esperaba por ese lado.

Después de recuperarme, decidimos entrar. Pedaleamos en silencio hacia el interior del parque. De tanto en tanto me volteaba a mirarla. Se veía radiante, tan llena de energía, de gracia. Yo me sentía feliz, como nunca antes me había sentido al lado de una mujer. Ni siquiera mis encuentros invernales con Nira se comparaban con lo que estaba sintiendo en esos minutos, que se transformaron en horas, ya que la tarde pasó volando.

Después de invitarla a un helado nos relajamos y pudimos conversar más tranquilos. Diría que casi

como viejos amigos. Ella era muy entretenida, y su rostro se iluminaba con cada anécdota, con cada historia que me contaba, y yo, para no ser menos, me hice el gracioso varias veces, y ella se rió y sonrió sin parar. Diría que aquella tarde fue inesperada. Me entretuve como nunca y disfruté de cada momento, de cada silencio, de cada mirada. Sus ojos me parecieron ventanas abiertas, a través de las cuales pude verla a ella como realmente es, y eso que vi me encantó, me hechizó.

Cuando empezó a oscurecer, la acompañé hasta su casa, y pude notar lo incómoda que se sintió cuando nos encontramos a pocos metros de la entrada con toda su familia. Más aún cuando sus padres me invitaron a tomar las onces con ellos. Ella prácticamente no comió. Yo, tampoco.

Esa noche teníamos la segunda fiesta del año, esta vez en la casa de Felipe. Y aunque realmente no pensaba ir, ya que mi papá nos había invitado a pescar con mis hermanos, las pintas en la guatita de Trini anunciaron una desastrosa peste cristal que nos agüó el panorama a todos. Así las cosas, a última hora mi papá se ofreció a llevarme. En cinco minutos me duché, vestí y perfumé por supuesto, y partí a la casa del Guatón Felipe. En una de esas, Catalina se aparecía por ahí.

Conversaba con Francisco sobre el partido de básquet que tendríamos a la mañana

siguiente contra el equipo del Compañía María de Apoquindo, cuando sentí un impulso superior que me hizo buscar a Catalina con la mirada. Activé nuevamente mis radares y no la vi. Al parecer, la ubicación en la que me encontraba, estratégicamente no era la correcta. Le dije a Francisco que iba por una bebida, y salí sin rumbo a buscarla por la casa. Finalmente la vi. Conversaba muy animada con Pancha y Xime en la terraza, y ahí me quedé, parado como una estatua humana, como esas que se paran en Providencia pintadas de plateado a la espera de unas monedas, contemplándola a la distancia. En eso estaba, cuando vi a Rodrigo observándola. Su actitud era la de un halcón que, posado en una alta roca o en pleno vuelo, detecta a su presa a la distancia y se lanza en vuelo picado para atacarla por detrás, en su ángulo visual muerto. Pude sentir la adrenalina que movía a Rodrigo a planear hasta Catalina, en picada y con el viento en contra. Pude percibir que aquello era una clásica captura en vuelo. Traté de calmarme. Me quedé mirando la escena, con la botella de dos litros de Canada Dry Light en la mano y un vaso plástico desechable en la otra, observando los movimientos del ave rapaz, hasta que finalmente atacó.

Como si se tratara de una Operación Daisy, dejé sobre la mesa la botella y el vaso y me acerqué rápidamente, pero sin aspavientos, hasta el grupo en el que se encontraba Catalina. Rodrigo la molestaba e intentaba abrazarla, y ella se mostraba francamente incómoda con sus movimientos. Yo los observaba

sin intención alguna de meterme entre ellos. Pensé que Catalina lograría zafarse y que luego Rodrigo entendería y se disculparía. Pero como ni lo uno ni lo otro ocurría, de manera inusual mi paciencia se colmó, enfrenté al falso galán y le exigí que la dejara en paz. Intercambiamos un par de frases irónicas y sin pensarlo le dije que Catalina y yo estábamos pololeando. Y como si hubiera dicho algo terrible, todos enmudecieron. Diría que se congelaron. No sé por qué lo hice, pero dio resultado, porque Rodrigo se apartó sin decir nada. En eso, me giré para ver la cara que ponía Catalina con tanta mentira, pero ya no estaba. Había desaparecido como un fantasma. Mis ojos buscaron explicación en los de Pancha, quien, estirando su boca en dirección a la cocina, me dio a entender el rumbo que ella tomó al esfumarse, así es que partí tras de ella. Al entrar a la cocina, Catalina estrujaba un paño, seguramente para limpiar la mesa chorreada de Fanta que accidentalmente derramó cuando Rodrigo la molestaba. En eso se volteó para salir, cuando me encontró. Pude ver lo nerviosa que se puso, y los colores subirse hasta su cara, a tal punto que bajó la mirada y trató de escaparse nuevamente. Y como movido por una fuerza especial, galáctica, la tomé de los hombros y le pedí que me mirara. Cómo explicar la emoción que sentí en la garganta cuando por fin sus ojos se clavaron en los míos. Diría que tuve ganas de llorar, pero de felicidad. Si alguien me hubiera contado que nos vio flotar, lo habría creído. Claro que sí. Flotábamos. Y con esa dulzura infinita

capturando mi presencia, le pregunté si quería ser mi polola. Y no sé si se movió el piso o si fueron sus hombros, pero sentí un temblor prolongado, mientras tímidamente nos dábamos nuestro primer beso. El más pausado, dulce y emotivo beso que seguro daré en toda mi vida.

Con cara de sospechosos de habernos robado las joyas de la corona inglesa, salimos de la cocina de la mano rumbo al jardín. No me importó que nos miraran ni que se dieran cuenta de que algo nuevo y romántico pasaba entre nosotros. Sólo quería tomarla de la mano, apretarla fuertemente y no soltarla nunca más en la vida. Al final, había comprendido que la brecha entre lo que ella y yo deseábamos y lo que realmente estaba ocurriendo se había acortado a tal nivel que prácticamente ya no existía.

Quería contemplarla por un largo rato sin hacerlo a escondidas, sin temor, abiertamente. Quería entrar a través de esos ojos y perderme en sus aguas cristalinas y puras. Quería estar con ella y disfrutar de ese momento intensamente.

En ese instante experimentaba un cúmulo de emociones y sensaciones que no lograba ordenar en mi cabeza. No encontraba el sitio ideal para cada una. Sólo quería que ella supiera que me importaba. Que su presencia en mi vida era tan necesaria como el aire que respiraba para vivir, pero confesarle algo así después del primer beso podía asustarla. Claro que sí.

Nunca había sentido que la brisa de la noche podía encantar a alguien. Ciertamente, la brisa de

esa noche, en el patio de la casa del Guatón Felipe, bailó para nosotros y festejó nuestra coincidencia, envolviéndonos en una magia irrepetible.

Esa noche no pude conciliar el sueño sino hasta muy tarde. La emoción me perturbaba. Quería llamarla por teléfono y conversar con ella. Pero a esa hora no podía hacerlo y ni siquiera sabía si tenía celular. Me moría de ganas de verla, pero recién amanecía en domingo y faltaban otras veinticuatro horas para que fuera lunes otra vez. Pronto tendría que levantarme para ir al partido y más encima llevaba varios días con dolor en la muñeca derecha. Como ya había amanecido, me levanté, fui al baño y saqué del mueble adosado a la pared mi Calorub, y me lo apliqué en la zona lesionada con la mano izquierda. Ahí me quedé, masajeándome la muñeca con la pasta esa que empezaba a provocar un rico calor, sentado sobre la tapa del W.C. Debo haberme quedado mucho rato, hasta que las pisaditas livianas de Trini sobre el parqué me sobresaltaron. Ya se había despertado y seguro venía al baño.

Ese lunes, cuando casi daban las ocho de la mañana, no pude despegar mis ojos de la puerta, a la espera de su llegada. ¿Se habría arrepentido del beso del sábado? ¿Estaría tan nerviosa como yo esta mañana de lunes? Me hacía mil preguntas, cuando en eso apareció, con su bolso verde de siempre. Yo la contemplé caminar, como si fuera modelo de pasarela, y ella me sonrió con complicidad. Listo, pensé, todo está bien, es mía. Intercambiamos un

par de preguntas entre risas nerviosas, y se sentó en su puesto de siempre, junto a Pancha. Quedamos en hacer el último trabajo para Comprensión del Medio Social juntos, eso sí, cada uno con su compañero de banco. Así que el grupo se armó conmigo, ella, Francisco y Pancha. Las reuniones para hacerlo serían en su casa, por las tardes. Genial.

Por esos días, en mi casa la curiosidad los tenía a todos presos. Querían saberlo todo. Que a qué hora saliste, a qué hora llegaste, con quién fuiste, ¿se juntan solos o con compañeras? Me imagino que no toman trago. ¿Estás fumando? Tú sabes que eso es cáncer seguro ¿Te gusta alguna compañerita? Por la cantidad de veces que te cambias de ropa antes de salir diría que sí. Y así, el interrogatorio no paraba más, especialmente a la hora de comida, cuando nos juntamos todos para conversar sobre lo que nos pasó en el día, con Trini incluida. Por supuesto. Nadie se perdía sus aventuras.

**E**l pan integral que hacía la mamá de Cata era de los mejores que había probado en mi vida. Los había de diversos sabores, con verduras, frutos secos, semillas, en fin, un manjar de dioses. Eran tan deliciosos como los Vollkornbrot<sup>2</sup> y el Weißbrot<sup>3</sup> que preparaba mi mamá. Aunque para mí, nada superaba el Käsekuchen,<sup>4</sup> que sólo teníamos la suerte de disfrutar en ocasiones especiales. Por suerte para nosotros, Gladys había aprendido a

2 Pan integral alemán.

3 Pan blanco alemán.

4 Kuchen alemán de requesón o queso crema.

prepararlos con una perfección asombrosa. Muchas veces no distinguíamos de quién era la mano a la hora de probarlos, si de ella o de mi mamá.

Esa tarde disfrutábamos unas ricas onces en casa de Catalina mientras hacíamos el último trabajo del año, cuando entre risas, sándwiches y leche con frutas decidimos ir al cine el sábado. Ellas querían ver una comedia romántica, pero finalmente aceptaron ir a ver una de acción.

El sábado en la mañana la lesión en la muñeca derecha me tuvo sentado y sin jugar en el Estadio Español. Por suerte ganamos igual y lo celebramos con unas bebidas en el casino.

Por la tarde, el papá de Catalina nos dejó en el cine un cuarto para las tres, así es que tuvimos que subir corriendo las escaleras, rogando que la cola para comprar las entradas no fuera larga. Lo era, pero por suerte avanzaba rápido. A las tres en punto entramos a la sala, cargados de cabritas saladas y bebidas, y una vez sentados en las butacas, y mientras Francisco se lucía con las respuestas de los cuestionarios de la pantalla grande, decidí que era el momento de dar alguna señal a Cata. Entonces, como que no quiere la cosa y sin pronunciar palabra, dejé caer mi mano suavemente sobre aquella que estaba más próxima a mí. Y ahí la dejé, por varios segundos, o minutos, no sé bien. A ratos me dieron ganas de acariciarla con mis dedos, de apretarla, pero no me atreví. Y lo más gracioso o tal vez ridículo, es que estaba seguro de que a ella le encantaba lo que estaba pasando.

Aunque igual me sentí avergonzado. No sé. Lo que sí sé es que el olor que salía de su pelo me tenía hechizado y que la proximidad de nuestros cuerpos en aquella oportuna oscuridad me hacía sentir más cerca de ella que nunca. Mucho más, y esa sensación me tenía emocionado. Finalmente, levanté la mano, pues no quería incomodarla. Y sin saber qué hacer con la mía, la llevé al paquete de cabritas y tomé un buen poco. Las saladas eran mis favoritas.

La película terminó y nos fuimos a tomar helados. Recordé aquella primera vez, cuando fuimos con todos los compañeros de curso y yo le compré uno a ella. Las cosas habían avanzado bastante en este tiempo. Por supuesto volví a invitarla.

El domingo andaba raro. Llegué tarde a almorzar a la casa, después de la paliza que le dimos al equipo del Liceo Alemán, donde no sólo jugué, sino que me lucí. Venía saboreando el triunfo en mi bici. Subí de dos en dos los escalones y me duché rápidamente. En cinco minutos ya estaba sentado con los demás a la mesa. Para sorpresa mía y de mi paladar exigente y agradecido, Gladys había dejado preparada una pastelera en greda maravillosa para hoy. Santa Gladys, pensé. La Trini se repetía el plato en sus diminutas vasijas plásticas del dinosaurio morado, mientras el olor a choclo nos envolvía a todos en este silencio tan apetitoso. Al fin estábamos en temporada de choclos.

Este domingo era mi turno con los platos, así es que los lavé rápidamente, empapando la esponja



amarilla con unas gotas de Quix. Los enjuagué, estilé y les eché agua recién hervida encima, igual como lo hace Gladys. Se supone que así se secan más rápido y solitos. No hay necesidad de pasarles el paño. Genial.

Mi papá y David veían un partido de fútbol en el living; mi mamá plantaba porotos verdes con Trini en el fondo del jardín, mientras yo me paseaba por la casa con ganas de ver a Catalina. No sabía qué hacer. Tal vez podía llamarla y preguntarle cualquier cosa, algo que me hiciera quedar bien. O simplemente saludarla porque la extrañaba y punto. Pero no. Eso sería demostrarle demasiado interés, y aún no tenía claro cómo comportarme con ella. Hasta dónde demostrarle mis sentimientos a una mujer. Así, ansioso como estaba, tomé una fuente plástica de la cocina y me fui al jardín a sacar los nísperos que estaban más arriba en el árbol. Estaba cada día más alto. En eso llegó Francisco. Venía vuelto loco a contarme que había visto a Javiera en el supermercado esa mañana y que ella lo había saludado muy simpática. Tanto, que quería saber si tenía pololo. Entonces, como caída del cielo, llegó la mejor excusa para llamar a Catalina. Francisco me rogó que averiguara el estado civil de Javiera con ella.

Marqué su teléfono y para variar mis manos transpiraban, pero tuve que hacerme el relajado delante de Francisco. Cuando escuché su voz, algo en mi interior finalmente se calmó. Le conté de mi partido y no sé con qué valentía y relajo la invité

para la final del campeonato que nos tocaba pelear con el equipo del San Ignacio de El Bosque en el Santa Rosa de Las Condes, el miércoles a las ocho. Ella aceptó encantada y yo estuve a punto de decirle que quería verla ese mismo día, que feliz tomaba mi bici y me dejaba caer en su casa en unos minutos, pero no lo hice. Y me arrepentí, porque básicamente no tenía nada que hacer esa tarde y el Audax Italiano iba perdiendo, así que no quería ver el partido. Al final, antes de cortar y frente a los ojos suplicantes de Francisco, le pregunté si Javiera pololeaba. Error. Por el cambio de su voz noté que mi pregunta la incomodó. Con el tiempo aprendería a conocerla a tal punto que un simple cambio en su tono de voz me hablaría de ella claramente. Me interrogó sobre mi repentino interés por ella y por su situación sentimental. Le expliqué que era Francisco el interesado y parece que esa respuesta la conformó. Antes de cortar le dije que chateáramos más tarde, pero su computador no tenía conexión a internet. Insólito. Nos reímos un poco y nos despedimos. Catalina me fascinaba. Teníamos una onda especial. Una confianza y una comunicación total.

Cuando desperté ya estaba oscuro. Francisco no estaba. Seguramente se fue cuando me quedé dormido en el entretiempo del partido, que al final se convirtió en nuestro gran panorama dominical. Estaba muy agotado. Y aunque últimamente siempre lo estaba, hoy lo sentía aún más. Escuché las voces y risas de todos abajo y como pude me incorporé,

aunque feliz me habría quedado acostado hasta el lunes por la mañana. Bajé las escaleras lentamente y adiviné que todos estaban en el comedor, tomando once-comida. Otra vez a la mesa. Vaya vida ésta.

## 10

Navidad se acercaba a pasos agigantados. Por esos días, Trini decoraba la casa con sus dibujitos y Gladys preparaba galletas de jengibre y stollen<sup>5</sup>. Es que Trini era la alegría de la casa. Y obviamente todo giraba en torno a ella, sobre todo en estas fechas.

Esa tarde, Trini le dictaba a David su carta para el Viejito Pascuero en nuestro dormitorio, mientras yo encestaba en el garaje. En eso sonó el timbre. Como mi mamá daba sus clases de piano, no lo sintió. Al parecer Gladys tampoco, así es que el

---

5 Pan de pascua alemán.

ding dong volvió a escucharse entre nosotros. Con el balón en mi mano corrí a la reja para ver quién era, cuando la imagen de la abuela Chela me dejó congelado. Mientras me acercaba a ella para abrirla la reja, traté de recordar cuántos años hacía que no la veía. Más de ocho, seguro.

"Soy Gabriel", le dije mientras me acercaba a darle un beso en su mejilla. Olía a crema Nivea y su pelo delgado, gris y escaso me entristeció. Estaba vieja. Muy cambiada. En su semblante no quedaba nada de esa mujer robusta, estirada y rígida que recuerdo de mi infancia y que aparece en las fotos de los álbumes familiares. Ésta, en cambio, se presentaba como una anciana dulce, casi de cuento, delgada y débil frente a mí. Incluso me parecía más baja. Me saludó con una vaga sonrisa, como tratando de escarbar en su memoria mi imagen de niño para hacerla coincidir con la que tenía enfrente. La hice pasar y mientras caminaba detrás de ella, en dirección a la puerta de entrada de la casa, la estela de olor a esa crema me envolvió como una bufanda. A pesar del calor, pude observar que usaba pantys y que sus piernas eran muy delgadas, lentas y torpes. Rápidamente recordé aquella Navidad cuando, estando en su casa, David y yo terminamos castigados después de descubrir una bolsa de regalos escondida en el garaje. Recuerdo su mirada dura y reprochadora, y la de mi mamá, defensora de sus pollos, nosotros, que no superábamos los cuatro y seis años cada uno.

Y es que ambas se toleraban, pero no lograron nunca estrechar lazos verdaderos. Más de alguna vez escuché a mi papá reprochárselo a mi mamá, argumentando que como hijo único quería mantener unida a su pequeña familia. Que entendiera a su mamá, una mujer especial, con un pasado muy doloroso. Hija única, criada por sus abuelos después de enfrentar la muerte accidental de sus padres cuando aún era una niña, en un accidente de tránsito en Temuco, ciudad natal de ella y de sus padres. Su historia familiar avalaba su carácter fuerte y manipulador, el que le habría permitido salir adelante y defenderse de sus propios miedos. Con los años se vino a Santiago y estudió Pedagogía Básica en la Universidad de Chile; dedicó su vida a enseñar en un colegio de Providencia donde conoció al Tata Memo, profesor de Historia en el mismo lugar. Ahí se conocieron, se enamoraron y se casaron. Las malas lenguas dicen que mantuvo ese carácter amargo que la distinguió desde pequeña a lo largo de su vida e incluso en su trabajo con sus alumnos.

Pero mi mamá no entendía razones y no había argumento alguno para ella que validara el carácter hosco y posesivo de su suegra, la abuela Chela. No lograba ver más allá de lo que su corazón podía ver. Y así se mantuvieron por mucho tiempo, políticamente correctas, hasta la muerte del Tata Memo, evento que la separó de nosotros para siempre.

Ese invierno, el abuelo había amanecido con una fuerte y sangrante tos. El teléfono sonó muy temprano para ser domingo y mi papá salió rápidamente en el auto. Estaba amaneciendo. Yo tenía cuatro años y sólo recuerdo que medio dormido me incorporé en la cama y estiré mi cuello hacia la ventana para comprobar que el que salía a esa hora de la casa era él. El auto desapareció en la neblina matinal y yo volví a dormirme. No recuerdo cuánto tiempo pasó hasta que mi mamá entró a la pieza y nos despertó con la calma y suavidad de siempre. El Tata Memo había muerto.

Vestidos y muy peinados, terminamos el desayuno en el comedor (como si fuéramos al colegio) y uno por uno dejamos nuestra taza y plato en la cocina. Salimos en silencio, cerramos la puerta y tomamos un taxi. Nuestro Tata ya estaba en la capilla, lo estaban velando. Al llegar, recuerdo como si fuera hoy la imagen de la abuela colgada del cuello de mi papá, lamentándose y suplicándole que no la dejara sola, que hablara con Inge. "Ella va a entender que no puedo quedarme sola, menos ahora que Guillermo se fue; vente a vivir conmigo a la casa, como antes, te acuerdas mi niño, cuando yo te cocinaba y lavaba tu ropa, cuando éramos una sola familia. No te voy a dar problemas, qué dices, yo puedo arreglarlo todo y hablar con Inge", le decía. En ese momento me dio mucho susto imaginarnos a todos viviendo en su casa con ella. Era como entrar en una pesadilla de cuento y tener a tu abuela de bruja. Pero a esos

cortos años no imaginaba que los planes de ella eran otros, y no nos incluían.

Los días pasaron y de mi papá poco y nada se sabía. Se lo pasaba el día entero en casa de la abuela Chela, que cada día enfermaba de algo distinto. A mi mamá empezaba a notársele un halo de tristeza en su mirada, absolutamente nuevo. Así pasaron semanas. Muchas. Una noche, sentí el auto de mi papá estacionarse afuera. Era muy tarde. David dormía en la cama del lado con la boca abierta y el pelo revuelto. Como siempre. En silencio, esperé acostado en mi cama con los ojos cerrados a ver qué pasaba. A los dos minutos lo sentí subir las escaleras, asomarse por nuestra pieza, y luego su voz confundida con la de mi mamá. Al rato, lo que empezó como una conversación tranquila terminó en una pelea. Mi mamá lloraba y mi papá gritaba. No alcanzaba a escuchar lo que hablaban, pero de vez en cuando la nitidez de algunas frases llegaba hasta mí como un regalo. "Tienes que entender que no la puedo dejar sola", repetía mi papá. "Está enferma, es mi mamá", lograba descifrar. Finalmente, bajó las escaleras, cerró la puerta y en pocos segundos su auto se puso en marcha otra vez. Cuando el ruido de su motor se desintegró en el silencio, me levanté y caminé por el pasillo hasta la pieza de mi mamá. Ahí estaba, sentada en su cama con su camisón celeste, llorando. No recuerdo bien qué fue lo que le dije, sólo tengo grabada en mi

memoria la angustia enorme que sentí al verla así. Recuerdo que lloré y que la abracé mucho rato, seguramente hasta que me dormí.

El invierno pasó y los tres ciruelos de la vereda florecieron al mismo tiempo. La primavera ya se anunciaba entonces. Cuando eso ocurría, mi mamá lo festejaba. David y yo corríamos a cortar ramas y mi mamá sacaba el florero de la despensa para decorar la casa con esas flores rosadas. En eso estábamos, cortando ramas aquel día, cuando sentimos el ruido del motor del auto de mi papá acercarse hasta nosotros. Era él. Se bajó del auto con un enorme ramo de flores, nos tocó la cabeza y entró. Con David nos miramos, nos reímos y seguimos cortando las ramas. Cuando ya teníamos suficientes como para decorar los floreros de todas las casas de la cuadra, entramos con la cosecha en los brazos, tambaleándonos por el peso. Al entrar, ellos se besaban y lloraban. Nosotros no entendíamos bien por qué. Sólo recuerdo que ese día el papá regresó a la casa y nunca más se movió. Lo más extraño es que no volvimos a saber más de la abuela Chela. Hasta hoy, que se presentaba así, sin previo aviso, de visita en un día tan caluroso como éste, quién sabe para qué.

Cuando mi mamá salió con Bertita, la última de sus alumnas de los jueves, del escritorio donde daba las clases, pude notar la impresión que en su rostro causó la presencia de la abuela en el living. Se despidió de la niña y de la madre que la esperaban afuera y volvió a entrar. Evidentemente incómoda,

la invitó a sentarse y le ofreció algo de tomar. Yo me ofrecí a traerles jugo y partí corriendo a la cocina, aún con mi balón en la mano. Cuando volví, noté que ninguna de las dos hablaba. El aire estaba para cortarlo con cuchillo. En eso, la abuela comenzó:

- Inge, vine hasta tu casa porque quiero conocer a la niña.

- ¿La niña? -preguntó mi mamá con extrañeza.

- Sí, mi nieta.

- Ah. Usted viene a conocer a Trinidad.

- Sí, a Trinidad. Mi nieta menor.

- Claro, está en el dormitorio de los niños, en el segundo piso. Voy a buscarla.

- No gracias, preferiría subir yo misma. ¿Puedo?

- Por supuesto, Graciela. Suba.

Entonces, la abuela se incorporó con bastante dificultad sobre sus pies y lentamente subió peldaño a peldaño la escalera. La escena era lamentable, se veía como una anciana. Acto seguido y movida por un pánico repentino, mi mamá subió detrás de ella rápidamente, adivinando el susto que la presencia de la abuela, una completa desconocida para Trini, podría provocarle a nuestra pequeña.

Los minutos pasaron pronto y antes de que hubiera encestado lo suficiente, aparecieron ambas en el antejardín. La abuela se despidió de mi mamá como quien lo hace con el técnico del cable cuando ha terminado su trabajo, y pude notar desde lejos que era una despedida final, algo así como esas despedidas de las películas, cuando con las palabras no dicen gran

cosa, pero con la mirada lo expresan todo. Al verla girarse sobre sí misma y caminar calle abajo, supe que no la volveríamos a ver más. Seguí encestando.

**P**ara Año Nuevo mis padres organizaron una gran cena con don Venancio y su familia. Y aun cuando invitaron a la abuela en un gesto reconciliador, ella no llegó. El inminente encuentro con Nira me tenía despreocupado, ya que por esos días la claridad de mis sentimientos por Cata me daba una seguridad nueva y placentera. Además, la última vez que Nira me llamó por teléfono me contó que estaba saliendo con un chico de su colegio, que iba en cuarto medio.

Gladys terminaba de hornear el pavo, mientras mi mamá revolvía su clásico

Apfelnuss<sup>6</sup> a fuego bajo en la cocina. El cerdo ahumado con chucrut, el queso con cebollas cruzadas aliñadas con aceite y vinagre ya estaban listos y reposando en fuentes de vidrio sobre los mesones; David y mi papá lavaban el auto y luego irían por los frankfurter kranz y Bethmämchen<sup>7</sup> que cada año le encargaban a una pastelería alemana que preparaba muy bien esos pasteles. Y es que era una tradición familiar comer comida típica alemana, especialmente de la región de Frankfurt, la ciudad de mis abuelos maternos, en cada cena de Año Nuevo. Esto, ya que para mi mamá era la mejor manera de recordarlos.

Por esos días la lesión de mi muñeca derecha se agravó a tal nivel, que si no la detenía seguramente no podría jugar la final del Campeonato Interescolar. Así las cosas, decidí vendármela para ver si se aliviaba.

La tarde pasó rápidamente y los olores de los ingredientes que se combinaban a la perfección en la cocina se paseaban engreídos por cada rincón de la casa; Trini cosechaba porotos verdes en el fondo del patio, y yo leía la última columna de *Manu* en su sitio en internet, cuando en eso sonó el teléfono. Estiré el brazo, levanté el auricular y después del clásico aló, escuché la voz de Catalina, del otro lado de la línea. La reconocí de inmediato. Era ella, que por primera vez me llamaba por teléfono. Fue una sorpresa

6 Puré de manzanas.

7 Pasteles alemanes típicos de Frankfurt.

mayúscula escuchar su voz aquella calurosa tarde de sábado. Como siempre, mis manos empezaron a sudar y a empapar el plástico del auricular, y mi estómago se hizo un nudo. Llamaba para saludarme, porque seguramente quería oír mi voz, porque tal vez era más valiente o más relajada que yo, y ante la necesidad o las simples ganas de escucharme, levantó el teléfono, marcó mi número y listo. Aunque también podía ser que la llamada fuera una victoria después de varios intentos fallidos, como los míos, por acercarse a mí, vencida por la vergüenza y el temor al ridículo. En fin, las opciones eran muchas, lo que importaba ahora era que estábamos conversando de la nada, de los planes familiares de cada uno para esta noche, de lo que estaban cocinando en cada casa, del calor que hacía, del campamento de verano que se aproximaba en unos pocos días en El Tabo, de sacos de dormir, mochilas y linternas, y de tantas otras cosas sin importancia. Cuando al fin se despidió sentí pena. No quería dejar de conversar. Catalina era muy entretenida y la sentía muy cercana. Antes de cortar me mandó un beso y su voz desapareció en el espacio. Y yo quedé tarado igual que Pepe Le Pew cuando se siente enamorado de la gatita pintada como zorrillo. Marcando ocupado. Atónito. Diría que me costó un buen rato reaccionar. Los segundos que pasaron inmediatamente después del llamado los dediqué a recuperar el tono de su voz para nunca más olvidarlo. Su dulzura, su ternura y esa paz que me transmitían sus palabras, sus silencios y

sus pausas al hablar me hicieron tan feliz. Si eso era estar enamorado, era fantástico. Estaba seguro de que el año que estaba por comenzar sería increíble para los dos y ni siquiera sospechaba lo que yo mismo terminaría por destruir.

La cena estuvo magnífica y las visitas se lo devoraron todo. Nira se veía muy atractiva esa noche, no podía negarlo. Llevaba una polera blanca con cuello subido y sin espalda, y unos shorts de mezclilla ajustados y deflecados, que hacían resaltar sus piernas largas y morenas. El pelo lo llevaba semi recogido en la nuca y sus mechones de ondas negras y brillantes caían por todos lados en su perfecta cabeza. Sus labios pintados de rojo la hacían ver muy sensual; bastaba ver la expresión de David para comprobarlo. Estaba embobado y con justa razón. Oliveira... en fin. Se había esmerado, eso no podía negarlo. Pero la elección de su vestuario parecía más bien adecuada para asistir a la inauguración de un hotel cinco estrellas. Llevaba un vestido de cóctel negro muy formal, recto y sobre la rodilla, con delgadas rayas blancas en los bordes, y encima una chaqueta blanca de corte clásico. Sus zapatos, que combinaban el blanco y el negro, eran elegantes, con tacos altos y puntudos. Sus aros dorados hacían juego con todo lo que llevaba puesto encima, anillos, collar, pulsera. Se había soltado el pelo y lo llevaba alisado y muy peinado. Se veía como esas mujeres distinguidas que aparecen en las revistas extranjeras que compra mi mamá para que las madres de

sus alumnas se entretengan mientras esperan que termine la clase. Ambas tomaron champaña cuando dieron las doce y a eso de las dos de la mañana bailaban sobre el pasto, sin zapatos y muy alegres. Y aun cuando no puedo negar que disfrutaba del espectáculo que ellas ofrecían, por dentro pensaba en Catalina y en las tremendas ganas que tenía de abrazarla y desearle, o más bien prometerle, que el año nuevo sería inolvidable para los dos. Al rato me despedí y ante la cara de sorpresa de todos, especialmente de mi papá, me fui a acostar. Estaba cansado. Quería estar solo con mis pensamientos. Quería estar solo para recordar la voz de Catalina, que con las risas, la música y la conversación, me fueron imposibles de recuperar.

Con la luz y el televisor apagados, miraba el reflejo de las luces de los automóviles avanzar de un extremo al otro, en el techo de mi pieza, cuando sentí que la puerta se abría. Giré mi cabeza y la vi. Era Nira descalza y graciosa, que venía a despedirse con la cara muerta de risa. Sin preguntas ni aclaraciones, se desplomó a mi lado y me plantó un beso en la boca lo suficientemente largo como para excitarme de verdad. Sin temor alguno a ser descubiertos, nos besamos y acariciamos con pasión, y algo en mí supo que ésa sería la última vez que estaría solo con ella. Era nuestra despedida. Y nada nos importó; nos dejamos llevar por la excitación y la emoción del momento. Sin pensar en nadie más, ni en Catalina ni en la inminente llegada de Oliveira, que nunca



apareció, por suerte para nosotros, nos estrechamos y besamos por mucho rato. Cuando finalmente Nira se paró de la cama para irse, mi erección era enorme y debí esperar a que ella bajara para entrar al baño y darme una buena ducha. Mi corazón palpitaba mucho más aceleradamente de lo normal y en mi boca aún sentía el sabor de sus besos.

Esa noche me di cuenta de que mi *yo de transición* se quedaba en el año que acababa de pasar y que mi *nuevo yo* comenzaba a vivir con más libertad a contar de ese día.

Antes de dormir, volví a masajear mi muñeca con Calorub. La vendé nuevamente y me acosté. ¿A qué descerebrado se le ocurriría que los hombres podíamos tener una sola mujer? Qué lamentable, pensé, y finalmente me dormí, haciendo un gran esfuerzo por no escuchar los acordes que mi papá interpretaba en su guitarra para los demás.

**E**se primer día de campamento fui el mejor galán de la tierra, al menos de la de El Tabo. Ayudé al grupo de Catalina a levantar su carpa y a lavar los platos de la improvisada cocina, después de la comida. Todo, con tal de estar cerca de ella. Habíamos trabajado mucho, así que estábamos muy cansados. Por la noche, al volver de la caminata, por primera vez sentí enormes ganas de abrazarla, antes de irme a acostar. No me había pasado antes. Deba vueltas y vueltas y no me decidía a despedirme. Y es que quería estar solo con ella un rato y conversar de cualquier cosa,

reímos y disfrutar, pero no sabía si estaba bien hacerlo. O sea, tenía las ganas, pero no adivinaba si a Catalina le pasaba lo mismo o si prefería acostarse de una vez. Así, esperé el momento ideal para estar solo con ella, cuando todos empezaban a acostarse en sus carpas. La noche estaba helada y ella tiritaba de frío. Apoyados contra una inmensa roca, le dije que me gustaba, que era linda y graciosa, y pude notar que estaba muy nerviosa, pero tan ansiosa como yo. Decidido, como cuando lanzo un triple sin saber si el resultado va a ser un gol o no, me acerqué lo suficiente como para notar que sus ojos eran de un color indefinido, que oscilaba entre el café y el amarillo, totalmente dispuesto a darle un beso, cuando inesperadamente fuimos interrumpidos por Javiera, que quería pasta de dientes o algo así. Muy molesto, la ahuyenté como pude y le pregunté si acaso no se daba cuenta de que estábamos ocupados. Cuando al fin se fue, muy enojada por lo demás, traté de retomar el momento en el que estábamos, pero el minuto millonario ya había pasado.

Con esa sensación de derrota, la misma que siento cuando hemos perdido un partido, nos despedimos y me fui al sector de los hombres a buscar mis cosas para lavarme. Al entrar a la carpa, no imaginé lo que estaba por ocurrir. Saqué de mi mochila el bolso con los útiles de aseo y la toalla, y al girarme para salir, choqué con Javiera que estaba detrás de mí, silenciosa. Mi susto fue tal, que se me cayó el bolso de las manos. Entonces ella, sin razón ni justificación

alguna, se lanzó sobre mí con un beso apasionado, al que primero no respondí, ya que hasta ese momento no había puesto mis ojos en ella jamás, pero al que cedí rápidamente cuando comenzó a tocarme y a gemir. No exagero si admito que el beso duró cinco minutos por reloj y que lo que sentí, si bien no se comparaba con mis experiencias con Nira, era bastante bueno. Lo cierto es que así como empezó terminó. Javiera se apartó de mí sin razón aparente, se acomodó el pelo y me invitó a continuar esta *experiencia* al día siguiente, en la noche. ¿Por qué de pronto las mujeres tomaban la iniciativa con tanta decisión? Al final y movido por mis deseos más que por mi cerebro, asentí con la cabeza y con una sonrisa, sin decir una sola palabra. No pude resistirme. Era demasiado bueno para ser real. Por supuesto, en ese momento no pensé en Catalina, sólo me dejé llevar por mi instinto y mis deseos.

Al día siguiente no tuve cara para ver la de Cata, menos para mirarla a los ojos. Tanto, que no me senté a tomar desayuno y preferí ayudar a prepararlo en la cocina. Prácticamente me desaparecí. Por un lado, tenía ganas de conversar con ella, molestarla y reírme como siempre, pero por otro, algo extraño, una nueva pasión se había apoderado de mí. Era como si un león hubiera nacido en mi interior y ya no pudiera pararlo... ni quisiera tampoco. Era literalmente "el despertar de la bestia". Seguro eran mis hormonas. Vaya despertar, pensé.

Por la tarde, la playa estaba para disfrutarla. Varios practicaban vóleybol y paletas, mientras Javiera se lucía con un bikini que muy bien podía llenar. Todos los hombres del campamento la mirábamos. Y ella, se sentía protagonista, se movía para nosotros. Y todos nos sentíamos agradecidos. Diría que casi premiados.

Al atardecer y mientras cantábamos en la fogata, al centro de la zona de las carpas, vi a Catalina acercarse hasta mí y sentarse a mi lado. Me sentí podrido, un verdadero canalla. Ella me sonreía como siempre y yo no era capaz de mirarla. La había traicionado. Sólo esperaba que nunca se enterara. ¿Sería capaz de contener mis ganas y negarme a la atractiva oferta de Javiera para esta noche? Pero ¡cómo resistirme! El espíritu de mi desaparecido *yo de transición* sospechaba que lo que estaba por ocurrir podía cambiar el curso de las cosas con Catalina en ciento ochenta grados, y no precisamente para mejor. Pero mi *yo actual*, ése libre y con la testosterona en su máximo esplendor, ansiaba la hora de estar a solas con Javiera y disfrutar de lo que ella me ofrecería en unas cuantas horas. Estaba confundido.

La fogata siguió su curso normal; yo trataba de disimular el impacto que en mí provocaba la actitud de Javiera, que estaba frente a nosotros, del otro lado de la fogata, con Francisco a un lado y Pablo al otro, mientras Jano tocaba con su guitarra las canciones de Silvio Rodríguez, y luego las de la Oreja de Van Gogh. *Con el vestido azul que tú me conociste, me marchó sin saber si me besaste antes de irte. Te di mi corazón y tú lo regalaste,*

*te di todo el amor que pude darte y me robaste...* cantaban o prácticamente gritaban las mujeres del campamento, y yo me preguntaba en silencio si me lo cantaban a mí. Era absurdo. En eso, Javiera se paró, caminó hacia mí moviendo sus caderas como la chica de un comercial de cerveza, y me pidió que le ayudara con su cámara digital, porque quería fotografiar la fogata y no le funcionaba. Me advirtió que la tenía en su carpa, que si era tan amoroso y la acompañaba. Cuando terminó de hablar, miré a Catalina, que nos observaba con atención, sin pronunciar palabra. A Francisco no tuve el valor de mirarlo. Daba su vida por estar en mi lugar, eso lo sabía.

Una vez en la carpa, tardó varios minutos en encontrar la cámara. Por fin me la pasó y pude comprobar que simplemente no tenía las pilas puestas. Estaba tomando el aliento para explicarle a Javiera lo que ocurría con su cámara, temiendo o más bien suponiendo que a ella no le importaba esa máquina en absoluto, cuando se lanzó sobre mí tan fuerte que caímos sobre los sacos. Yo comencé a temblar y no supe qué hacer. Estaba realmente asustado. Esta Javiera estaba loca de remate. Entonces acercó su boca y me besó intensamente, beso al que yo casi no respondí. Acto seguido, bajó el cierre de su polerón, tomó una de mis manos y se la llevó a uno de sus pechos. Como un niño torpe y sin experiencia, dejé la mano quieta sobre el sostén, sin moverla, mientras ella trataba de devorar mis labios, apasionadamente. ¿Acaso era yo el elegido?

Antes de salir de la carpa, se subió el cierre del polerón con esa tranquilidad que te da el saber que haz realizado correctamente un trabajo, y me propuso volver a la carpa más tarde, solos, cuando todos se hubiesen ido a la caminata. "Ok", le dije y me fui caminando en silencio hacia el grupo.

No recuerdo con exactitud cuál fue la excusa que di, pero lo que no olvidaré jamás mientras viva es la cara de desilusión de Catalina cuando la pronuncié. En sus ojos pude ver que ella sabía que estaba mintiendo. Pude sentir su dolor, pero no pude hacer nada. Yo era el elegido de la diosa y no podía desperdiciar esa oportunidad. No sabía bien por qué.

El grupo se alejó aquella noche tan estrellada y yo esperé hasta que sus figuras diminutas se mimetizaron con el bosque. Vi el polerón amarillo de Catalina hacerse cada vez más pequeño, hasta desaparecer. Recuerdo haber mirado hacia el cielo y haber experimentado la sensación de peligro. El peligro de ser aplastado por ese bloque de estrellas sobre mí. En ese momento no imaginaba que podía hacer sufrir tanto a alguien en la vida, de una manera tan irreparable. Y menos, a quien más amaba en el mundo. Esa noche, la figura de Catalina escuchando mis mentiras se grabó en mi mente para siempre, y me perseguiría con una culpa infinita por mucho tiempo. Lo peor de todo es que era consciente de eso, y lo hice igual.

Estábamos solos nuevamente Javiera y yo en su carpa. Estaba nervioso, pero menos que antes. Y aunque una sensación de náuseas potente se instaló en mi garganta, seguí adelante con la cita. Tenía que superarlo.

Ella se quedó mirándome, sentada sobre su saco de dormir rojo. Yo me di el gusto de contemplarla, era una Diosa de verdad. Recuerdo que la única luz que teníamos era la de una linterna que yo colgué desde el vértice más alto de la carpa con uno de los cordones de mis zapatillas, lo que le daba un toque muy íntimo a la atmósfera de esa noche. Javiera era muy atractiva para ser una niña. Su cuerpo era mucho más grueso que el de las demás compañeras no sólo por sus pechos hiper desarrollados, sino en general. Y estoy seguro de que ella lo sabía y lo explotaba. Al menos esa era la impresión que daba. Tenía un rostro de facciones muy armoniosas y nadie podía negar que era atractiva y que sabía arreglarse muy bien, empezando por su pelo, alocado y corto; su estilo provocativo a la hora de vestirse y de maquillarse, y su atrevimiento con el sexo opuesto. Sin lugar a dudas, era muy especial. Como pude, me acomodé a su lado y le pregunté si estaba nerviosa. "Sí -me dijo ella, pero si me besas se me quita", agregó. Entonces, el nervioso fui yo. Como pude, temblando entero, puse mi brazo detrás de su espalda y con la otra mano presioné delicadamente su hombro y la recliné hacia atrás. Antes de besarla, antes de comenzar lo que venía, ordené el pelo que

le caía por todas partes detrás de sus orejas, y le sonreí. Ella devolvió mi sonrisa con otra repleta de picardía y cerró sus ojos como en señal de entrega. Fue lo que estaba esperando para besarla. Por unos segundos recordé mis encuentros con Nira.

Cuando después de unos minutos de besarnos su lengua entró en mi boca pude sentir que mis calzoncillos estaban mojados. Pensé en escapar, avergonzado, pero temí parecer un niño frente a ella. Mis manos empezaron a sudar. Entonces, ella volvió a bajarse el cierre del polerón, como ya lo había hecho aquella tarde, pero esta vez no llevaba nada puesto debajo. Me impresionó demasiado. Nunca había visto pechos desnudos en vivo y en directo, y los de Nira sólo pude palparlos, nunca los vi. Impactado como estaba con la imagen de éstos frente a mí, los miré embobado y pensé que la emoción seguramente se me notaba en la cara, pero no pude disimularla. Estaba impactado. Moría de ganas de tocarlos, pero no sabía si la exhibición venía con permiso para hacerlo o si sólo debía conformarme con mirarlos. Entonces, como si adivinara mis pensamientos, tomó mi mano libre y la dejó caer directamente sobre uno de ellos. ¡Ay de mí, esto era mejor que ganar la lotería! En ese minuto comprendí que esto era lo más maravilloso que había vivido con una mujer.

Javiera fue muy generosa esa noche. Me dejó acariciarla y besarla hasta cansarme. Lo hice con la inquietud de quien experimenta algo nuevo por primera vez. Con ese interés de chico explorador

por conocer lugares nuevos, me dejé llevar por la pasión y disfruté cada centímetro de su piel, como si aquella mujer fuera a desaparecer al amanecer. Esa noche con Javiera pasé los límites alcanzados con Nira y aunque no hicimos más que besarnos y acariciarnos, comprendí que estaba a las puertas de aquel placer en torno al cual gira el mundo de los adultos. Y estaba ansioso por conocerlo y gozarlo tal cual era, aunque aterrado a la vez.

Catalina corría por la playa moviendo un gran pañuelo blanco de gasa. Bailaba y daba giros mientras su pelo largo volaba con el viento. Se veía hermosa. Yo trataba de correr hasta ella, pero algo me lo impedía. Al mirar mis pies, comprobaba que éstos estaban en medio de un basural y que a mi alrededor había como media decena de chanchos muy ruidosos tratando de comer de esa basura, impidiéndome el paso. Miraba a Catalina y miraba los chanchos, cuando un ronquido muy cercano me sobresaltó. Me incorporé y vi que era Javiera, que dormía a mi lado. Como la linterna estaba apagada, presioné el botón de la luz de mi reloj pulsera para ver la hora. Eran casi las once de la noche. Como pude y a tientas, me vestí rápidamente y me fui. Afortunadamente para mí, el grupo aún no regresaba de la caminata. Acostado al fin en la oscuridad de mi carpa, repasé la escena varias veces, aunque debo confesar que mi último pensamiento se quedó con Catalina en esa playa maravillosa, con sus giros, su pañuelo al viento y su sonrisa. Finalmente me

dormí. Aquella había sido una noche inolvidable, y estaba dispuesto a asumir las consecuencias que esa experiencia me acarrearía. Desgraciadamente para mí, en ese momento no pude dimensionarlas a cabalidad.

Al día siguiente, desperté con el sabor amargo que te dejan los caquis cuando aún están verdes. Verdes y ásperos. Catalina pululaba por el campamento y respiraba immaculada, como en el sueño, sin imaginar siquiera cuál era mi situación actual. Javiera y yo estábamos juntos desde la noche anterior, ya que entre besos y caricias le ofrecí el mundo entero. Así, toda mi historia, nuestra historia romántica con Catalina, no valía un peso esa mañana.

**S**e hizo de noche y el chofer maneja con mucha prudencia el bus camino a Santiago. Todos conversan animadamente y Jano toca su guitarra adelante. Javiera y yo vamos tomados de la mano; Catalina va conectada a su MP3, sentada en la última corrida de asientos, en un rincón, contemplando el paisaje por la ventana. La mirada de Pancha sobre la mía, marcándome como en un partido, me recuerda que soy un canalla. Catalina. Su tristeza, sus ojos perdidos en aquellas casas del camino sin esa luz que tantas mañanas escolares busqué para mí.

Sin esa sonrisa mágica capaz de abrir el mar rojo para dejarme pasar.

Miro mi reloj, marca las diez con cinco minutos. Es tarde y vengo molido. Lo único que quiero es estirar mis huesos. El chofer del bus se estaciona frente al colegio. Corro la cortina de la ventana y veo a varios de los autos de nuestros padres estacionados en la vereda, esperándonos. Uno por uno descienden mis compañeros, cansados y con sueño. Mientras Javiera avanza por el pasillo para bajar, espero que Catalina decida hacerlo también para poder coincidir con sus ojos y pedirle que me perdone. Pero es inútil. Permanezco varios segundos esperando que ella deje de observar por la ventana y al fin me mire, pero no se mueve.

Cuando ya no queda nadie más que ella y yo en el bus, decido bajar. Veo llegar el auto de mi papá y me despido de Javiera. Al fin, pienso. Lo único que quiero es desaparecer de este lugar y refugiarme en mi casa. Me siento un cobarde. Guardo la mochila en la maleta y me subo agotado, pero con esa extraña sensación de incertidumbre. Al alejarme del colegio, sentado en el asiento trasero del auto, veo a Francisco caminar hacia el auto de su mamá. Pienso en él y en nuestra amistad. Me echo hacia atrás, apoyando mi cabeza en el respaldo del asiento, y recién comprendo que la pérdida es enorme. Mi mejor amigo seguramente viaja dolido hasta su casa, igual que Catalina. Mi hermosa Catalina. Y esa certeza me produce un dolor físico absolutamente real. Una angustia tremenda. Y

es en ese instante, recién y no antes, que logro hacer la primera gran reflexión. Comprendo que si bien el poder de las hormonas es incalculable, finalmente somos los dueños de nuestro destino y responsables de nuestros actos. Y asumo por primera vez que cometí un error.

Pero el daño ya está hecho. Y lo único cierto es que mis actos tuvieron consecuencias lamentables. Perdí la confianza de mi mejor amigo, y Catalina vivió la primera desilusión amorosa de su vida estando a mi lado.

Mi papá detiene el auto en una luz roja. Miro a través de la ventana de mi puerta y en la esquina un matrimonio de abuelitos espera la luz verde para cruzar. Están tomados de la mano, y pronto comienzan a atravesarla frente a nosotros, con paso lento. Se nota que van paseando y que no tienen apuro alguno. Simplemente están disfrutando esta noche de verano tan estrellada. Pienso en Catalina y en Francisco, y asumo que recuperar ese amor y esa confianza será de las batallas más difíciles que me tocará librar en mi vida. Difícil, pero no imposible.